

El desarrollo urbano de Tepatitlán de Morelos



Armando Macías Martínez
José María Muriá
compiladores

Fe de erratas

Página 90: El cuadro 1 correcto es el siguiente:

Cuadro 1
Tepatlán de Morelos, características
de las unidades urbanas incorporadas entre 1968 y 1991

Tipología de vivienda	Superficie (Hectáreas)	Lotes	Viviendas	% de viviendas terminadas	% de viviendas desocupadas	Índice de ocupación
Autoconstrucción	143.18	3745	1927	64.3	18.4	51.5
Por encargo	137.20	3772	1093	50.7	39.8	29.0
Privada terminada	10.12	302	129	13.2	93.0	46.2
Oficial	5.00	245	227	99.6	3.5	92.7
Mixto	35.58	1012	842	56.4	14.1	83.2
Sin construcción	120.87	3306	3			
Total	451.95	12382	4221	59.5	24.6	34.1

El desarrollo urbano
de Tepatitlán de Morelos

El desarrollo urbano
de Tepatitlán de Morelos

Armando Macías Martínez
José María Muriá
compiladores



Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco

- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Universidad de Guadalajara
- Instituto Nacional de Antropología e Historia
- Ayuntamiento de Zapopan
- Ayuntamiento de Guadalajara
- El Colegio de México, A.C.
- El Colegio de Michoacán, A.C.
- Secretaría de Educación Superior e Investigación Científica-SEP

Primera edición, 2003

© El Colegio de Jalisco
5 de Mayo 321
45100 Zapopan, Jalisco

ISBN 968-6255-87-7

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Los Altos
Carr. Yahualica Km. 7.5
Tepatitlán de Morelos, Jalisco

Índice

Pentágono alteño <i>José María Muriá y Armando Macías Martínez</i>	9
Sociedad y medio ambiente: una revisión antropológica <i>Andrés Fábregas Puig</i>	15
La región centro-occidente de México <i>Esteban Wario Hernández</i>	35
Retrato sociourbano de Tepatitlán: producción de suelo urbano y vivienda 1968-1991 <i>Luis Felipe Cabrales Barajas</i>	67
Las políticas para el desarrollo de Tepatitlán de Morelos: moldes de amnesia y normas para la conquista ambiental <i>Miguel Ángel Casillas Báez</i>	93
Factores de la dirección del crecimiento urbano en Tepatitlán de Morelos, Jalisco <i>Fernando Navarro Ibarra</i>	127

Pentágono alteño

Los llamados “Altos de Jalisco” constituyen una región en verdad singular dentro del panorama nacional. Curiosamente, no obstante haber dado vida a un típico personaje, considerado representativo de toda la mexicanidad, como lo es el *charro*, en realidad es una tierra llena de excepciones respecto del resto del país: un verdadero garbanzo de a libra.

Entre otras cosas, debe subrayarse una escasa población indígena, poca agricultura por la flacura de sus tierras, predominio tradicional de la pequeña propiedad rústica —casi toda muy bien delimitada—, vocación ancestral por el ir y venir, una cierta hegemonía matriarcal, un generalizado y muy hábil uso del caballo y una fuerte endogamia. Por ello, no tiene nada de raro que, de un tiempo a la fecha, Los Altos de Jalisco hayan llamado poderosamente la atención de muchos investigadores dedicados al estudio de la sociedad y, muy especialmente, de quienes buscan rasgos sorprendentes de ella.

No es el caso, conviene decirlo, de que en Los Altos ocurran cosas que no suceden en otros lugares, sino de que se conjugan en tal meseta rojiza características que no se hallan fácilmente en el panorama de todo México y, menos aun, en las cercanías geográficas de los alteños.

Cierto es que no resulta fácil marcar de manera tajante los límites de dicha región, como no lo es hacerlo con cualquier otra del mundo. Finalmente, la regionalización, lo mismo que la periodificación, no son más que recursos un tanto arbitrarios para

segmentar un panorama o un lapso demasiado grande para su aprehensión. Sin embargo, es evidente que hay características climáticas, fisiológicas o humanas típicas de ciertos lugares, que los identifican y diferencian de los demás. Lo que sucede es que los alcances de las características que nos llaman la atención nunca son precisos, como sí deberían serlo, en cambio, las divisiones políticas o administrativas del territorio. Las particularidades de su idiosincracia se entremezclan siempre, en mayor o menor grado, con otras de naturaleza diferente.

En tiempos antiguos, lugares como Los Altos vivían apartados de las miradas forasteras, de manera que a su forma de ser y hacer, se incorporaban solamente utensilios y comportamientos traídos por sus propios hijos, dispuestos siempre a prescindir de ellos si eran motivo de rechazo por parte del resto de la comunidad.

“Tierra de hombres ausentes”, dijo de Teocaltiche uno de sus más dilectos hijos: Victoriano Salado Álvarez. De esta manera, el gobierno cotidiano de los alteños quedaba cubierto por naguas aguerridas y sotanas también dispuestas siempre a hacer valer, por encima de todo, lo mismo sus razones que sus obras.

Sin embargo, los alteños de criterio estricto dicen de Teocaltiche, de Yahualica y de Mexticacán que ya no es tierra alteña; no obstante, muchos elementos típicamente alteños están ahí muy claramente representados. “Pueblo de mujeres enlutadas”, dijo Agustín Yáñez de la yahualicense tierra de sus ancestros, lo cual podía aplicarse entonces a cualquier otro pueblo reputado como alteño, lo mismo en sentido amplio que en sentido estricto.

De igual manera podría hablarse de Nochistlán, Zacatecas. Aunque no haya tenido la felicidad de ser jalisciense, difícil es reconocer que no se trata de un pueblo de Los Altos, al igual que muchas localidades del antiguo partido de Nuestra Señora de la Ascensión de las Aguascalientes. En cambio, en Ojuelos y

compañía, por mucho que hayan pertenecido a la añeja alcaldía mayor de Santa María de los Lagos, no es necesario ni bajarse siquiera del coche para tener claro que se trata de un paraje más similar al de San Luis Potosí.

Sin ánimo de provocar sospechas entre los guanajuatenses de querer anexar a Jalisco Purísima de Bustos y San Francisco del Rincón, también puede decirse que, antes del reciente impacto de la modernidad, poco se diferenciaba su vida cotidiana de lo que sucedía arriba de la meseta vecina: en San Julián o San Diego de Alejandría, por ejemplo.

Pero aun la misma tierra “propriadamente alteña”, reconocida como tal incluso para los de criterio más estricto, deja de ser un paraje que albergue a una sociedad homogénea. Unos de sus pobladores “reconocen” a Lagos de Moreno, como el meollo de Los Altos, mientras a otros no les cabe duda que su cabecera natural es Tepatitlán de Morelos. La primera de estas ciudades logra sustentar su vitalidad en buena parte de su antiguo prestigio y prestancia, basada mayormente en su privilegiada localización: en una de las vías de la llamada “ruta de la plata”, que vio pasar miles de recuas hasta el tope de este mineral, en dirección a la ciudad de México, y muchos millones de pesos en mercaderías, que entraron de contrabando por la costa hoy tamaulipeca del Golfo de México y cruzaron transversalmente el país en dirección a Guadalajara y el puerto de San Blas.

Tepatitlán, en cambio, goza de una fuerte dinámica reciente, debida en gran medida a su cercanía con la mancha urbana del Valle de Atemajac.

Lagos, pues, crece más lentamente por el momento que Tapa, pues esta última lo viene haciendo desde hace algunos años a galope tendido, lo que ocasiona cambios aceleradísimos que están dando al traste con viejas y arraigadas costumbres, lo mismo que

aniquilaron ya muchas de sus más añejas y prestigiadas edificaciones. Si Lagos requiere de estudios concienzudos para promover su desarrollo, Tapa, en cambio, reclama análisis cuidadosos para organizarlo debidamente y que no se acabe revirtiendo en contra de la propia población.

Sin conocer a fondo la situación, resulta del todo imposible emprender las acciones más conducentes y que más benefician a los primeramente interesados: aquellos hombres y mujeres, “chiquillos y chiquillas”, de tan variadas condiciones que están y estarán en Tepatitlán de Morelos, Jal.

Coadyuvar a saber más para hacer mejor es lo que inspiró a reunir en la Casa de la Cultura de la propia ciudad de Tepatitlán, el 5 de julio del año pasado, a cinco destacados estudiosos de la realidad jalisciense y, en especial, de Los Altos de Jalisco: el antropólogo chiapaneco Andrés Fábregas Puig –a la sazón investigador de El Colegio de Jalisco–, el arquitecto Esteban Wario Hernández –de la Secretaría de Desarrollo Urbano del Gobierno de Jalisco–, el doctor Luis Felipe Cabrales Barajas –del Departamento de Geografía y Ordenación Territorial de la Universidad de Guadalupe, con sede en el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades–, el maestro Miguel Ángel Casillas Báez –de El Colegio de Jalisco– y el ingeniero Fernando Navarro Ibarra –presidente del Colegio de Ingenieros Civiles de Tepatitlán de Morelos.

Desde la diversidad de sus intereses y formación, cada uno abordó el tema de Tepatitlán a su manera, pero siempre con la coincidencia de su preocupación precisamente por el crecimiento acelerado de tal población, los problemas que ello implica y el ansia de contrarrestarlos.

Los resultados de los trabajos que presentó cada uno de ellos, después de haber sido ampliamente discutidos y de la reflexión y correcciones finales que tuvieron lugar, es lo que se reúne aquí, a manera de cinco caras diferentes de un mismo asunto.

Fábregas, quien se interiorizó en Los Altos desde 1973, cuando se apersonó en la región al frente de un grupo de entonces muy jóvenes estudiosos de la realidad social, para desarrollar un vasto y ambicioso proyecto de investigación, establece bases teóricas para el estudio, aquí y donde quiera, de lo que se denomina la ecología-cultural.

No es el caso analizar aquí su contenido. Baste decir que resulta difícil hallar una mejor síntesis de lo dicho por grandes pensadores de la evolución social. Podrá suponerse quizá que desentona frente a la puntualidad y focalización de los demás trabajos, pero deberá de reconocerse que embona perfectamente con la intención de prohiar una mejor comprensión del complejo fenómeno social que constituye el crecimiento mismo de Tepatitlán.

Wario Hernández se compromete más con el tema, ubicando a la población de marras en el contexto regional: sus relaciones con el entorno, los cambios de sus principales vocaciones e, incluso, arriesga una visión del futuro más o menos cercano, estableciendo por supuesto los trabajos teóricos y prácticos que deben de llevarse a cabo para promoverlo mejor.

Cabrales nos ofrece una nueva versión de un texto publicado anteriormente lejos de aquí. Se trata de una puntual síntesis de lo que él conoce bien por haberlo trabajado minuciosamente desde hace ya bastante tiempo: la vivienda y el uso del suelo, desde 1968 hasta 1991.

Casillas Báez, oriundo y residente de Tapa, apasionado por su estudio y cabalmente comprometido con su futuro, se concentra en los problemas ambientales, pero nos los exhibe desde tiempos

remotos y hace hincapié en la forma y las razones de su crecimiento. Sin embargo, no es únicamente histórico el valor de dicho documento. De sobra se nota que los conoce al dedillo e, incluso, se atreve a presentar sólidas ideas para su solución.

Finalmente, Navarro Ibarra se concentra en el crecimiento urbano y señala las razones del mismo, con base en todo tipo de factores.

Es motivo de gran satisfacción, tanto para El Colegio de Jalisco como para el Centro Universitario de los Altos de la Universidad de Guadalajara, haber podido reunir sus esfuerzos a efecto de que tan importantes trabajos puedan difundirse y, sobre todo, aprovecharse a partir de este libro que, con mucho gusto, ofrecemos a todos los interesados en el ser y el hacer de los alteños de Jalisco y, de manera muy especial, de Tepatitlán de Morelos.

Armando Macías y José M. Muriá
Tepatitlán, Jal.
Durante las secas de 2003

Sociedad y medio ambiente: una revisión antropológica

Andrés Fábregas Puig
El Colegio de Jalisco

Los antropólogos se han acercado a varios de los problemas que los geógrafos han hecho suyos, a través de los planteamientos metodológicos del evolucionismo. El interés de la geografía por el medio ambiente y el papel de los humanos en su manejo, se asemeja a la búsqueda antropológica por explicar el papel de la cultura en los procesos adaptativos puestos en marcha por las sociedades en diferentes ámbitos geográficos o medios ambientales. Aunque estos enfoques suelen ser bastante antiguos, para los propósitos de este texto me he reducido a iniciar la revisión de las relaciones entre sociedad y medio ambiente a partir del siglo XIX, precisamente con los enfoques evolucionistas propuestos por los antropólogos. Posteriormente, paso revista a la manera en que estos enfoques fueron desarrollados por los antropólogos en el siglo XX y termino con un comentario acerca de la situación actual y las similitudes que pueden establecerse entre la búsqueda antropológica y los enfoques de la geografía.

Se ha caracterizado al siglo XIX como la centuria del evolucionismo. En efecto, los cambios que se sucedieron en cadena durante ese periodo, facilitaron la hegemonía de los planteamientos evolucionistas primero en biología sin que tardaran en influir a las ciencias sociales, nacientes en aquellos momentos. En efecto, en Europa Occidental se transformaban las añejas socie-

dades agrícolas al ritmo triunfante de la revolución industrial. Tecnologías que habían mantenido su eficacia productiva por siglos eran ahora substituidas por las grandes fábricas y la vida en las ciudades. La fotografía y el cine revolucionaban las artes y daban acceso a las capas populares a costumbres nuevas, poniendo en marcha nuevos procesos culturales. El optimismo invadía a la sociedad europea occidental que se concebía así misma como el pináculo de la evolución. En las ciencias naturales, los hallazgos de Charles Darwin pusieron a temblar a los viejos edificios intelectuales teológicos mientras la alternancia religiosa irrumpía con fuerza en la vieja Europa católica. Los viajeros alimentaban la pasión evolucionista con sus relatos acerca de exóticos grupos humanos y sociedades, a las que situaban en escalas evolutivas anteriores a la civilización industrial. La economía de mercado basada en la relación capital-trabajo, se imponía en Europa Occidental dando paso a la formación de nuevos grupos y nuevas formas de diferenciación social. Invento tras invento apoyaba el optimismo, la fe en el progreso, la convicción de la marcha de la humanidad hacia estadios de bienestar nunca vistos.

En las nacientes ciencias sociales, el planteamiento evolucionista situaba en lugar destacado a la relación entre el medio ambiente y la sociedad. Recordemos que historiadores como Arnold Toynbee hablaban del surgimiento de las civilizaciones en términos de los retos que planteaba el medio ambiente. Huntington explicaba la complejidad social y los comportamientos culturales como un resultado del clima. La historia fue concebida como la sucesión periódica de distintas fases de desarrollo, explicado éste en términos de la eficacia tecnológica para manejar el medio ambiente. En los Estados Unidos un abogado, Lewis Henry Morgan, proponía una sucesión evolutiva que tuvo una influencia notable en Europa, inclusive en autores alejados de la academia

como Federico Engels y Carlos Marx. Con Morgan, la antropología decimonónica daba sus primeros pasos y lo hacía conservando como eje del análisis a la relación entre la sociedad y el medio ambiente. De esta manera, Morgan proponía que lo que permitía distinguir las fases de la evolución eran los cambios tecnológicos que a su vez facilitaban la introducción de nuevas opciones para manejar el medio ambiente. La muy conocida propuesta de Morgan de los tres grandes estadios evolutivos de la humanidad, es decir, el salvajismo, la barbarie y la civilización están basados en los cambios en la manera de obtener la subsistencia y estos, a su vez, dependen de los nuevos inventos tecnológicos. De esta forma, el salvajismo es caracterizado por Morgan como la etapa primaria del desarrollo que evoluciona desde la "infancia" de la humanidad, pasa por el descubrimiento del fuego que posibilita un nuevo manejo de las condiciones geográficas y termina con el descubrimiento del arco y la flecha. Lo anterior, a su vez, da entrada al estadio inferior de la barbarie que se apoya en otro descubrimiento: la cerámica. De aquí en adelante, las sociedades experimentan nuevos manejos del medio ambiente domesticando cierto tipo de animales y cultivando plantas como el maíz. La acumulación de estos descubrimientos impulsa la transformación medio ambiental inclusive con las técnicas de regadío que expanden la productividad agrícola. Al descubrirse la fundición del hierro, la humanidad pasa a otro estadio que le facilita la llegada a la civilización en la que, a los descubrimientos antes mencionados, se une la escritura y el alfabeto fonético. Hasta aquí llega el esquema de Lewis Henry Morgan que provocó la proliferación de los planteamientos evolucionistas. Pero sobre todo, Morgan contribuyó a resaltar la importancia de la subsistencia como un resultado de la relación entre la sociedad y el medio ambiente, situando al cambio tecnológico en el centro de la dinámica evolutiva.

Los planteamientos de Morgan atrajeron a Engels y Marx, dos pensadores que, desde fuera de la academia construían un esquema para explicar el desarrollo. En concreto, un libro de Federico Engels titulado *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, transmitía los planteamientos de Morgan a un público muy amplio de lectores y tendría una influencia notable en la literatura de ciencias sociales en el siglo xx. En el caso de Marx, conocemos sus comentarios sobre el libro de Morgan, *La sociedad primitiva*, gracias a la edición que de sus *Cuadernos de notas etnológicas* hiciera Lawrence Krader.

Marx se planteó el problema de cómo periodizar la historia como una cuestión central en la elaboración de la teoría social. Es decir, buscaba una forma adecuada para contestar la pregunta evolucionista de cómo distinguir etapas en la historia humana. Al inicio de su trabajo sobre esta cuestión, Marx usó el propio concepto de sociedad como criterio para establecer dicha diferenciación. Así, distinguió la sucesión de la sociedad primitiva, la esclavista, la feudal y la capitalista como etapas previas a la llegada de la sociedad socialista. Pero esta forma de establecer la periodización de la historia no lo satisfizo del todo y buscó elaborar una propuesta diferente. Esta vez, el concepto clave es el de modo de producción o su equivalente, formación económica de la sociedad. La idea de Morgan de situar a la subsistencia como criterio central de la periodificación está contenida en esta nueva propuesta de Marx. Al cabo de un tiempo, Marx escribió que, “a grandes rasgos”, las etapas que pueden distinguirse en el desarrollo histórico son, a partir de la descomposición de un Modo primitivo de producción, el de producción esclavista, el de producción asiático, el de producción feudal y el de producción capitalista, cuya descomposición daría paso al Modo de producción socialista. El concepto clave para entender esta propuesta es el de trabajo,

en su dimensión abstracta y en su dimensión concreta. En su primera dimensión, es decir, en forma generalizada, el trabajo es lo que permite a la humanidad transformar el medio ambiente, cambiar los entornos geográficos y convertirlos en hábitat cultural. En su dimensión concreta, es decir, en su acepción particular, el concepto de trabajo nos permite distinguir los diferentes modos de producción. Así, en el Modo de producción primitivo, el trabajo está atado al grupo inmediato de productores directos, generalmente una comunidad de parientes, en condiciones totalmente igualitarias, en un contexto de ausencia de diferenciación social. En esta etapa, el acceso a los medios de producción es igualitario como también lo es el acceso de los recursos básicos que a la sociedad le ofrece el medio ambiente. En el Modo de producción esclavista, el trabajo está atado a la relación terrateniente-esclavo, en el contexto de la renta en forma de trabajo, lo que implica una atadura total del productor directo respecto al dueño de los medios de producción. Por supuesto, es éste un contexto de diferenciación social y de acceso desigual a los recursos básicos del medio ambiente. A su vez, el feudal está basado en la relación atada del trabajo entre el terrateniente y el siervo, siendo ésta la categoría social del productor directo. Esta relación implica la renta en forma de especie como medio del productor directo para acceder a los medios de producción en poder del terrateniente. El Modo capitalista de producción significa la llegada, por vez primera en la historia, del trabajo formalmente libre. Aquí, la relación estratégica se entabla entre el capitalista y el productor directo en el contexto de un mercado libre de trabajo y la venta de la fuerza de trabajo medida en unidades de tiempo.

En el capitalismo desaparece la renta como parte de esta relación entre el dueño de los medios de producción y el trabajador directo, pero se continúa con la diferenciación social. En el Modo

capitalista de producción, la relación entre medio ambiente y sociedad está mediada por el trabajo asalariado, lo que provoca las características de la sociedad.

He dejado aparte la descripción del Modo asiático de producción por las particularidades que presenta. En primer lugar, el criterio de situación del trabajo para distinguir a un modo de producción de otro, aparentemente es sustituido en forma sorpresiva por un criterio geográfico: el término asiático. Son muy largas de explicar las razones de esta situación. Sin embargo, lo que sí es posible resumir son las características que Marx le atribuyó a éste. En primer lugar, el trabajo está atado a la comunidad como un todo dentro de un contexto de renta en forma de tributo que aquella debe pagar al estado. Es decir, el trabajo aparece mediado por las relaciones estado-comunidad lo que se expresa en el pago del tributo. La comunidad posee la tierra, es decir, los medios de producción. Pero al final, el dueño real es el estado, al que la comunidad como un todo, debe pagar la renta por el acceso a los medios de producción, en forma de tributo. No es mi intención la de discutir las vicisitudes del desarrollo del concepto Modo asiático de producción, que son largas y complejas. Baste, para los propósitos de este texto, señalar que Lawrence Krader resolvió el problema proponiendo que se le conozca como el Modo de producción comunal-social.

Lo que hay que advertir es que Marx apuntó la existencia de varias relaciones de producción dentro de un modo. Pero lo que da sus características a éste es la relación estratégica, la hegemónica. Veamos cómo lo expuso el propio Marx: una interpretación muy extendida planteó la unilinealidad de la propuesta de Marx. Es decir, vio en una propuesta de etapas progresivas una de carácter sucesivo. Se puso en boca de Marx el haber dicho que las fases señaladas eran líneas evolutivas sucediéndose una a la

otra en todas las sociedades conocidas. El propio Marx desmiente esta interpretación al escribir:

Así que eventos fuertemente análogos pero tomando lugar en diferentes contextos históricos, llevaron a resultados totalmente distintos. Pero, estudiando cada una de estas formas de evolución en forma separada y después comparándolas, uno puede obtener fácilmente la explicación a este fenómeno... uno nunca debe llegar a estos resultados usando como una fórmula maestra una teoría filosófica-histórica, cuya suprema virtud consiste en ser supra histórica.¹

La interpretación de Marx que en el siglo xx hicieron los pensadores marxistas seguidores de Stalin, dio lugar a una lectura unilineal del evolucionismo. Así mismo, este unilinealismo también fue percibido en otros autores del siglo xix, como el mismo Morgan. Suficiente es lo que hay que discutir al respecto, pero en esta ocasión baste apuntar que esa percepción de unilinealismo dio lugar al planteamiento de la evolución y el método de la ecología-cultural, lo que acercó más a los antropólogos a la geografía.

En 1953, el antropólogo norteamericano Julian Steward publicó un ensayo que tituló "*Evolution and Process*" en donde rompía con el evolucionismo clásico del siglo xix y, por lo tanto, insistía en separar la evolución cultural de la biológica. Introdujo los conceptos de tipo organizacionales y niveles organizacionales, distinguiendo el relativismo del evolucionismo para plantear tres formas de interpretar los datos de la evolución:

1. El evolucionismo unilineal que coloca a las culturas particulares en una secuencia universal.
2. El evolucionismo universal que se interesa en la cultura y deja de lado las culturas.

1. Vid. Karl Marx. *Sociología y filosofía social*. T. Bottomore y M. Rubel (eds.). Argentina: Lotus Marue, 1972, p. 37.

3. El evolucionismo multilineal que plantea el análisis de las culturas particulares, buscando paralelismos más que universalismos.

Julian Steward propuso a la evolución multilineal como una metodología basada en la suposición de que las regularidades significativas ocurren en el cambio cultural y conciernen también a la reconstrucción histórica, aunque rechaza que los datos históricos deban clasificarse encasillándolos en fases universales. Lo que se pierde en universalidad con este método se gana en concreción y especificidad. La evolución sociocultural es un método para analizar el cambio cultural desde la perspectiva de las relaciones entre el medio ambiente y la sociedad, y no una teoría. Por lo tanto, no postula leyes o esquemas *a priori*.

La metodología de la evolución multilineal tal como la propuso Steward permanece como un particularismo histórico más que como una generalización científica. Pero introduce el estudio de las adaptaciones humanas al medio ambiente, lo que Steward llamó "el método de la ecología-cultural". La adaptación, según este planteamiento, es un proceso a través del cual una cultura histórica es modificada dentro de un ambiente particular. Para resolver el problema de la clasificación de las culturas, Steward propuso los criterios siguientes:

- a) Caracterizar a las culturas por hechos seleccionados más que por características generales;
- b) La selección de los rasgos diagnósticos debe determinarse por el problema que se analiza y por el marco de referencia del investigador.
- c) Los rasgos seleccionados debe suponerse que tienen las mismas interrelaciones funcionales uno con otro, en cada caso.

Para Steward, no todos los paralelismos deben basarse en una secuencia de desarrollo. La premisa básica es que los rasgos metodológicos cruciales de la evolución están en la determinación

de relaciones causales recurrentes en las tradiciones culturales particulares. De esta manera, la evolución cultural es un tipo particular de reconstrucción histórica al mismo tiempo que una metodología. El equivalente metodológico del concepto de Marx, Modo de producción, en Steward es el de nivel de integración sociocultural.

En términos del acercamiento de los antropólogos hacia la geografía, Steward dio pasos significativos. Al situar el estudio de la evolución concreta en el contexto de un medio ambiente en particular, Steward contribuyó a resaltar la importancia que del manejo de sus entornos geográficos hace una sociedad. Mas todavía, Steward atribuye a esa relación la construcción de la cultura. En otras palabras, en la medida en que la sociedad transforma el medio ambiente natural lo convierte en un ámbito cultural. De aquí que la metodología de la ecología cultural, signifique estudiar las adaptaciones de la sociedad al medio ambiente, lo que sitúa a la tecnología y la subsistencia en un plano determinante. Para enfatizar este aspecto, Steward propuso el concepto de "esfera tecnoeconómica" que incluye los procesos de producción y los inventos tecnológicos. El núcleo cultural de toda sociedad está formado por la tecnoeconomía, aunque las otras instituciones de la sociedad, como la religión o la política, tienen también funciones adaptativas.

Una de las aplicaciones más creativas de la metodología de la ecología-cultural la hizo Eric Wolf, alumno directo de Julian Steward.

En 1966, Eric Wolf publicó el que a la postre sería un libro muy influyente en el desarrollo de la antropología en general y del método de la ecología cultural, en particular: *Peasants, (La sociedad campesina)*. En este libro, Eric Wolf presenta una visión substantiva del campesinado y de su tipo particular de economía. Los nexos entre ésta y el mundo exterior son esenciales de com-

prender para establecer el carácter concreto del campesinado. Construir una tipología de campesinos es un ejercicio asociado al establecimiento de una tipología de las comunidades en donde aquellos viven.

En *La sociedad campesina*, Wolf definió la existencia de lo que él llama “excedentes sociales” en forma de un “fondo ceremonial” y un “fondo de renta”. El primero lo destinan los campesinos a sufragar los gastos que implican las relaciones sociales de la comunidad. El sistema de cargos mesoamericano es un ejemplo clásico del funcionamiento de tal fondo. La existencia del segundo fondo es el resultado de las relaciones asimétricas de poder en las que el campesinado está inmerso. Estas relaciones de poder le exigen al campesino esfuerzos extras en su trabajo con la tierra. Estos recargos que el campesino debe pagar son el fondo de renta, ya sea sufragado con trabajo, con dinero o en especie. Este aspecto de la renta, asociado concretamente a la renta de la tierra, constituye uno de los más discutidos en las teorías económicas que acusan influencia de Marx. Es, además, uno de los eslabones que enlazan puntos de vista diversos provenientes de los historiadores, geógrafos, economistas, antropólogos y sociólogos. Al interior mismo del marxismo la discusión es larga y nutrida por diferentes puntos de vista. Inclusive, la cuestión de la renta de la tierra interviene en varios autores como criterio para definir un modo de producción. En términos de Wolf, es la existencia de este fondo de renta lo que distingue al campesinado del cultivador primitivo. Significa una transferencia de producción del campesinado hacia otros sectores de la sociedad en virtud de las relaciones asimétricas de poder. Lo que pierde el campesinado —dice Wolf— es lo que gana el poderoso. Así, el fondo de renta es transformado en un fondo de poder sobre el que descansan los tenedores del mismo.

Los diferentes conjuntos de condiciones definen la situación concreta del campesino. En su propia forma de producción y las resultantes de los agentes externos que lo presionan. Así, el campesino se encuentra en medio del doble papel que le toca desempeñar: como un agente económico y político por un lado, y como cabeza de familia por el otro.

La forma en que Wolf dinamizó estas descripciones estructurales del campesinado fue a través de la introducción del análisis histórico de las relaciones entre medio ambiente y sociedad, lo que le permitió proponer los ecotipos culturales campesinos. Son dos de estos ecotipos los que distingue Wolf: uno descansa sobre la explotación del trabajo humano y animal y el otro sobre fuentes de energía suplidas por los combustibles y los avances de la investigación científica. El primero es el ecotipo paleotécnico y el segundo el ecotipo neotécnico. Del primer ecotipo existen cinco variantes:

1. Sistemas de cultivo de rotación larga: son los que en México llamamos “la milpa que camina”. El terreno a cultivar se prepara a base de la tumba, quema y roza. Una vez levantada la cosecha, se deja descansar la tierra por varios años mientras se abren nuevos campos al cultivo, en un ciclo que se repite una y otra vez. Existen en el sureste mexicano.

2. Sistemas de rotación sectorial: técnicamente se trabajan igual que el anterior pero en este caso, la tierra de cultivo se divide en dos o más sectores que se plantan durante dos o tres años y luego son descansados por tres o cuatro. El instrumento dominante es la coa o bastón plantador. Se practica aún en las tierras altas de México.

3. Sistemas de rotación de periodo corto: aquí la tierra cultivada por uno o dos años se reutiliza después de un año. El instrumento dominante es el arado tirado por bueyes o mulas.

Tales sistemas se encuentran generalmente entre los cultivadores de cereales. Muy extendido en México.

4. Cultivo permanente: está asociado a técnicas que aseguran un suministro permanente de agua. Son los llamados “sistemas hidráulicos” porque dependen de la construcción de sofisticados sistemas de obras para el control y manejo del agua. Ejemplo: distritos de riego en el norte de México.

5. Cultivo permanente de terrenos favorecidos: aquí la capacidad del cultivo permanente depende de las características del suelo, generalmente en constante irrigación o con la humedad necesaria como para permitir la repetición de los cultivos. En México, el cultivo de Chinampas.

Wolf hace una detallada descripción de estos ecotipos culturales campesinos tratándolos en perspectiva histórica y en un amplio marco de comparación regional. Con respecto a los ecotipos neotécnicos, estos resultaron de la segunda revolución agrícola acaecida en Europa casi simultáneamente a la Revolución Industrial en el siglo XVIII. De este segundo ecotipo distingue Wolf cuatro variantes:

1. La horticultura especializada: se caracteriza por la permanente producción huertera de altos rendimientos. Según Wolf, esta forma apareció por vez primera en el Mediterráneo, estimulada por las tendencias hacia la especialización regional a lo largo de las costas conectadas por el tráfico marítimo. Se consolidó hacia el año 1000 a.C. y de allí en adelante se difundió por todo el planeta, hasta nuestros días.

2. Las granjas lecheras: surgieron como una actividad especializada en suplir con leche, mantequillas y quesos a centros importantes de población. En la región de Texcoco en México o en Los Altos de Jalisco, existe un sistema de este tipo.

3. La granja mixta: en donde se combinan los cultivos comerciales con la cría de ganado.

4. El sistema de plantaciones: los más representativos son el cultivo del café y de la caña de la Latinoamérica tropical. Son cultivos totalmente comerciales.

Wolf señaló que esta tipología es una forma de ordenar los datos que proceden del análisis de los ecotipos como campesinos. Hemos de insistir en la historicidad de los mismos para no concebirlas como compartimentos estancos, sino como formas históricas de organizar la producción campesina en medios ambientes determinados.

Aunque Eric Wolf y Ángel Palerm trabajaron juntos en México aplicando el método de la ecología cultural en el análisis regional, fue este último el que mantuvo una mayor influencia entre los antropólogos mexicanos a través de sus cursos, tanto en el aula como en la estación de campo José de Acosta que, bajo los auspicios de la Universidad Iberoamericana, se instaló en el poblado de Tepetlaoxtoc, Estado de México. Desde allí, Palerm desarrolló las propuestas acerca de la sociedad hidráulica, tema que había sido motivo de su tesis de maestría presentada en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1953. Palerm tuvo trato personal con Julian Steward y con Karl Wittfogel, lo que le permitió una discusión intensa y afinada de los principios del evolucionismo multilineal asociados al método de la ecología-cultural. De esta manera, Palerm impulsó los análisis de la relación entre medio ambiente y sociedad, no sólo para comprender el presente de México sino aún, las sociedades prehispánicas. En términos de estas últimas, Palerm introdujo el “modelo” ideado por Wittfogel que exige las siguientes condiciones:

1. Condición cultural: conocimiento de la agricultura.

2. Condición medio ambiental: aridez o semi-aridez. Fuentes accesibles de agua, en especial, ríos que sean susceptibles de utilizarse para el cultivo de cereales en un medio ambiente con problemas en la provisión de agua.

3. Condición organizativa: trabajo cooperativo a gran escala.

4. Condición política: el "aparato" organizacional del orden hidráulico está bajo el control de los líderes comunales, quienes dirigen sus actividades vitales, tanto internas como externas.

5. Condición Social: la estratificación social separa a los hombres del gobierno hidráulico de la "masa", del pueblo.

A partir del "modelo" anterior, Palerm desarrolló una propuesta totalizadora para lograr la comprensión de un conjunto social, la Mesoamérica histórica. El "modelo" ecológico cultural propuesto por Palerm tiene nueve componentes:

1. El estado que guarda el desarrollo de las fuerzas productivas como el factor determinante del modelo. Esto quiere decir, en el caso Mesoamericano, la existencia de un sistema de agricultura capaz de producir un excedente, no sólo en la producción sino en el trabajo mismo.

2. Un entorno geográfico en donde el agua es el recurso estratégico y el que impone las características de la tecnología y la forma de organizar el trabajo.

3. La escala geográfica y tecnológica de esta agricultura mesoamericana es monumental y representa una revolución de las dimensiones que tuvo, por ejemplo, la descomposición del feudalismo y el arribo del capitalismo.

4. Dentro de esa escala monumental, son los sistemas hidráulicos los claves para entender el contexto total de la economía y de la sociedad.

5. La división del trabajo entre las comunidades de campesinos y el aparato tecnoadministrativo. Los campesinos son aquí

los productores directos y al mismo tiempo constituyen la fuerza de trabajo que ese "aparato tecnoadministrativo" moviliza para la construcción de las obras hidráulicas monumentales. Por supuesto, el control del excedente queda en manos de quienes dominan dicho aparato.

6. Se distingue una división secundaria del trabajo con la formación de especialistas como artesanos, funcionarios menores, soldados... Estas nuevas categorías se establecen en las ciudades, fundamentando la división campo-ciudad.

7. El aparato tecnoadministrativo imprime sus características a la totalidad del estado: la organización militar, la religión, el sistema de recaudación de impuestos y tributos, el comercio... Todo el personal integrado en este conjunto constituye la clase dominante fundida con el estado.

8. El estado clase ejerce el poder en forma absoluta, monopolista y despótica.

9. Aunque existen multitud de conflictos en esta clase de sociedad, no alcanzan a promover el cambio social. De entre este tipo de sociedades, no existe ni un solo ejemplo que por evolución propia se haya transformado y alcanzado el orden capitalista. Todas, sin excepción, arribaron a él por medio de la práctica del colonialismo.

El anterior modelo constituyó un programa para escribir la etnohistoria de los valles centrales de México desde la perspectiva de la ecología cultural y el evolucionismo multilíneo. Incluye el planteamiento de que alrededor del cual se debe organizar el análisis de una sociedad, son las relaciones entre tecnología, el medio ambiente y la organización del trabajo.

Hacia 1980, año en que le sorprendió la muerte, Angel Palerm estaba trabajando en el análisis del campesinado contemporáneo de México. La propuesta de Palerm de que el campesinado es un

sector funcional y necesario para el capitalismo provocó una larga discusión que en México se conoció como el debate entre campesinistas y descampesinistas, mismo que animó la década de los años setenta y parte de los ochenta. Una de las caras positivas de esta discusión es que obligó a los antropólogos a pensar en los problemas que plantea la economía y a éstos, a voltear hacia la antropología. Así mismo, ambas disciplinas tuvieron que apoyarse en la geografía y en la historia y éstas, a su vez, a tomar en cuenta los planteamientos antropológicos. El debate se centró en una cuestión: la desaparición o no, en un país como México, del campesinado. Ello exigía, en primer lugar, definiciones claras de qué se entendía por campesinado y qué se entendía por transformación social y desarrollo. Los campesinistas, con Palerm al frente, sostuvieron que, desde un punto de vista substantivo, los campesinos permanecerían por ser funcionales al capitalismo global. Los descampesinistas, desde un punto de vista formal, sostuvieron la desaparición del campesinado en la medida en que el capitalismo fuese alcanzando su máximo desarrollo. En 1978, en plena discusión, Palerm fundó el seminario sobre campesinos y procesos de industrialización en el Departamento de Antropología de la Universidad de Texas, mismo que repitió en la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana, en el DF, en el año de 1979. En ambos seminarios se discutieron ampliamente las propuestas metodológicas del historiador de la economía Karl Polanyi y del economista A.V. Chayanov. El primero de ellos fue más importante entre los antropólogos que entre los economistas, mientras que el segundo integró a economistas y antropólogos en la discusión de la naturaleza del campesinado y del llamado Modo campesino de producción. Karl Polanyi encabezó a la escuela substantivista de antropología económica enfrentada con la escuela formalista de, entre otros, el antropólogo inglés Raymond Firth. Lo

que Palerm consideró importante en el planteamiento de Polanyi fue su postulado de que una teoría económica construida desde la antropología, sólo es posible si se parte del reconocimiento de las llamadas economías arcaicas y primitivas como una parte de los sistemas económicos históricos susceptibles de comparación. Desde un punto de vista evolutivo multilineal y ecológico cultural, esto quería decir que tales economías deben ser estudiadas como épocas en la formación económica de la sociedad. Su comprensión se inicia con el análisis de la sociedad presente y la industria, no sólo en términos estructurales sino históricos. El argumento de Polanyi es que las economías arcaicas y primitivas son de baja escala y, desde el punto de vista de la organización social forman parte de la estructura de los grupos de parentesco que, en esas sociedades, contiene a las demás estructuras. Estamos ante economías controladas socialmente y no políticamente. Esto quiere decir que la distribución de los recursos naturales y del trabajo, así como la organización de éste en el proceso productivo, son parte de las reglas del parentesco. El antropólogo tiene que analizar los principios económicos de producción, intercambio, distribución y consumo, como formas de relación integradas al parentesco en las sociedades arcaica y primitiva es como se inserta en la sociedad y en la cultura. Esta inserción es substantiva. Así, las categorías de reciprocidad, intercambio, comercio administrativo, comercio en forma de regalos, redistribución y dinero son, simultáneamente, relaciones sociales y económicas. Palerm admitió este punto de vista de Polanyi y lo integró al planteamiento de Chayanov. Éste quería mostrar cómo la economía campesina es una economía substantiva, es decir, que se rige por sus propios principios. Para entender estos principios, Chayanov propuso la teoría de la economía familiar. El análisis se inicia con el balance anual de la relación entre el trabajo y el consumo. Del ingreso global que una unidad familiar campesina obtiene, en un

ciclo anual de trabajo agrícola, se deducen los gastos de insumo lo que lleva a la familia al mismo nivel de producción que presentaba al iniciarse el año. No existe acumulación de capital. Una vez deducidos los insumos, la unidad familiar de producción obtiene el ingreso que constituye su cambio por el esfuerzo invertido durante el año en la agricultura. La familia aplica la subjetividad basada en la experiencia para repartir el ingreso. Se deduce que los campesinos pondrán mayor esfuerzo en el trabajo sólo si existe la seguridad para aumentar los insumos en la tierra laborable y los consumos familiares. Esto se traduce en una importancia estratégica del balance entre el trabajo y el consumo, que está presente en la búsqueda que cada unidad familiar de producción hace para incrementar anualmente el ingreso y adecuarlo a sus necesidades básicas.

Hasta aquí hemos pasado revista a planteamientos que, apoyados en la metodología de la ecología cultural, han sido influyentes en el desarrollo de la antropología en México y han acercado a los antropólogos al estudio de aspectos que los geógrafos han desarrollado. Para un antropólogo, la geografía, particularmente la geografía humana del tipo que planteó Pierre George, ha sido imprescindible para comprender procesos adaptativos y evoluciones particulares. Por esta razón, un concepto que integra las preocupaciones de los geógrafos con los del antropólogo es el de estrategias de adaptación, entendidas éstas como la forma hegemónica que una sociedad tiene de aplicar la tecnología y el conocimiento en su relación con el medio ambiente. A un antropólogo le preocupa el proceso desde la perspectiva de la formación de la cultura y a un geógrafo le interesa la dinámica de la transformación medio ambiental por la inserción de la cultura. Los nuevos planteamientos de la ecología cultural hacen énfasis en una relación de reciprocidad entre el medio ambiente y la

sociedad en términos de transformación. Ello quiere decir que al transformar al medio ambiente, la sociedad también introduce dinámicas de transformación propias. Ambos aspectos son de interés para el geógrafo y el antropólogo.

Así mismo, las relaciones entre sociedad y medio ambiente deben verse con mirada histórica, en su dinámica de transformación. Este aspecto exige un entendimiento pleno entre la geografía, la antropología y la historia, que nos lleve a plantear con mayor exactitud la naturaleza de los procesos que se ponen en marcha cuando una comunidad humana transforma el ambiente geográfico, en un ámbito cultural.

El punto de vista histórico y la aplicación de la ecología cultural como método en el análisis de las relaciones entre sociedad y medio ambiente, permite superar los problemas del análisis estructural o funcional, sin abandonar el examen del presente, evitándose así la tensión entre diacronía y sincronía. La ecología cultural comienza por estudiar las bases materiales sobre las que se construye una cultura, incluyendo el medio ambiente geográfico. Por ello, el trabajo de campo une nuevamente a los geógrafos con los antropólogos porque es a través de él que se posibilita la captación de datos de primera mano sobre una amplia variedad de arreglos y adaptaciones culturales. Ello convierte al antropólogo en un testigo visual al igual que al geógrafo.

Termino este texto haciendo votos por un mayor acercamiento en México entre la antropología y la geografía. A fin de cuentas a ambas disciplinas les preocupa el papel de la sociedad en la transformación del medio ambiente y la importancia de la cultura como el resultado de la inserción de fines humanos en la naturaleza.

Bibliografía

- Chayanov, A. V. *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Nueva visión, 1974.
- Engels, Federico. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado: en relación con las investigaciones de L. H. Morgan*. Moscú: Progreso, 1966.
- Firth, Raymond. *Tipos humanos: una introducción a la antropología social*. Argentina: Ed. Buenos Aires, 1961.
- George, Pierre. *Geopolítica de las migraciones*. México: UNAM-Instituto de Geografía, 1985.
- Krader, Lawrence. *The Asiatic mode of production*. Holanda: Van Gouroum, 1975.
- Marx, Carlos. *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*. Lawrence Krader (ed.) y José María Ripalda (trad.). Madrid: Siglo XXI, 1998.
- Palerm, Angel y Eric Wolf. *Agricultura y civilización en Mesoamérica*. México: Sepsetentas, 1972.
- Palerm, Angel. *Antropología y marxismo*. 2a. ed. Introducción de Eric R. Wolf. México: CIESAS, 1998.
- Polanyi, Karl. *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: FCE, 1992.
- Steward, Julian H. *Theory of culture change*. Urbana: University of Illinois Press, 1955.
- Toynbee, Arnold. *Estudio de la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1981.
- Wittfogel, Karl A. *Oriental despotism*. Yale: Yale University Press, 1956.
- Wolf, Eric R. *Los campesinos*. Barcelona: Labor, 1982.

La región centro-occidente de México. El nuevo ámbito regional de Tepatitlán

Arq. Esteban Wario Hernández
Dir. de Promoción Urbana Secretaría de
Desarrollo Urbano del Estado de Jalisco

La gestación de la iniciativa regional

La región centro-occidente del país está integrada por nueve entidades federativas: Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas, que en conjunto tienen una superficie aproximada de 350 mil km², esto es casi una quinta parte del territorio nacional.

La idea de un proyecto regional para este vasto territorio no es nueva. Varios historiadores coinciden en que gran parte de esta región tuvo desde la colonia hasta el siglo XIX, un auténtico proyecto regional.

Aun si fuera muy arriesgada esta afirmación, creo que podemos estar de acuerdo en que los 23 millones de habitantes de esta parte de México comparten un entorno, una historia y una cultura que le da sentido a su integración como región y al propósito de buscar para ella un horizonte de futuro que contribuya al fortalecimiento de México.

De hecho, hace medio siglo se empezó a estructurar aquí un plan regional en torno a la gestión del agua y para ello se conformó un organismo: el Plan Lerma Asistencia Técnica (PLAT). Sin embargo, veinte años después este esfuerzo se desintegró desde el Gobierno federal y los criterios macroeconómicos fueron ocupando su lugar en la toma de decisiones.

Es evidente que por muchos años se han soslayado las consideraciones espaciales de los proyectos, se ha descuidado la coordinación horizontal de las decisiones institucionales y se ha olvidado el horizonte de vida para las próximas generaciones. Las consecuencias de todo ello las estamos viviendo en el lastimoso éxodo rural, en las gravosas aglomeraciones urbanas y en la merma alarmante de nuestros recursos que acarrea la carencia de un enfoque regional, aunque ya en varios ámbitos están surgiendo propuestas para recuperarlo.

Afortunadamente hemos empezado a cobrar conciencia de este descuido y están brotando iniciativas para recuperar el enfoque territorial del desarrollo. El diseño de la visión territorial México 2020, de SEDESOL, la planeación microregional que han iniciado algunos estados o el ordenamiento ecológico que promueve la SEMARNAP, son algunas de ellas.

Los mismos procesos de globalización están reactivando la identidad y las dinámicas regionales y el propio Presidente de la República ha asumido este tema como uno de los ejes de su proyecto de gobierno y ha dado pasos concretos en este sentido al convocar a una gran iniciativa que incluye el sureste y el istmo centroamericano.

En este contexto ha surgido la iniciativa de gestión regional para el centro-occidente desde hace casi dos años, cuando los secretarios de los nueve estados se propusieron establecer un mecanismo permanente de coordinación que les permitiera resolver problemas de alcance interestatal y al mismo tiempo diseñar un proyecto de infraestructura interestatal.

Detrás de este acuerdo estaba la preocupación por las limitaciones que tiene la gestión individual de cada estado frente a cuestiones que evidentemente los rebasan. Estaba también la inquietud por descifrar el impacto del nuevo entorno globalizado

en una región que cuenta con grandes potencialidades, pero también con una fuerte emigración y una sobreexplotación de sus recursos naturales. Pero sobretodo estaba en todos ellos la motivación para dar nuevos cauces al federalismo.

Para este propósito se conformó un grupo operativo con representantes técnicos de las entidades, mismo que ha venido trabajando desde entonces y que ha sumando el apoyo de varias dependencias federales, entre las que destaca la Coordinación de Descentralización de la SEMARNAP.

La iniciativa de las Secretarías de Desarrollo Urbano y Obras Públicas indujo la formación de otros grupos de trabajo regionales. Actualmente participan en el proceso cinco grupos de dependencias estatales:

- Las Secretarías de Desarrollo Urbano y Obras Públicas;
- Las Secretarías de Desarrollo Económico;
- LOS COPLADES;
- Las Secretarías de Desarrollo Social;
- Las autoridades ambientales;
- El Consejo Consultivo para el Desarrollo Sustentable de la Región Occidente, compuesto por representantes de ONG's, organizaciones sociales, empresariales, instituciones académicas, autoridades ambientales y cuerpos legislativos de cada uno de los nueve estados de la región.

En forma coherente con los nuevos enfoques de la planeación, en la región de Occidente centro-norte se impulsa un proyecto para la acción con los actores gubernamentales y de la sociedad civil relevantes en la escala macroregional. Esta organización se lleva a cabo mediante procesos de planeación participativa, tendientes a involucrar de manera gradual y progresiva a los actores relevantes y a propiciar su integración en grupos de interés y de tareas.

El objeto y el resultado previsto de estos procesos de planeación se refiere a lo siguiente:

·La definición de *una estrategia integral de desarrollo sustentable* que articule orientaciones y acciones de desarrollo económico, de inclusión social, de sustentabilidad ambiental y de equilibrio territorial, en torno a las decisiones estratégicas en materia de ordenamiento territorial.

·La integración de *una cartera de proyectos estratégicos regionales* como un instrumento para la gestión ordenada, interdependiente y jerarquizada de las actividades de formulación y evaluación de los proyectos emanados de la estrategia.

·El diseño y experimentación a partir de la práctica de planeación participativa, de *instrumentos organizativos y de financiamiento* que den sustento a la coordinación horizontal de las acciones de los gobiernos estatales y a la participación, de la sociedad civil organizada, en las distintas actividades del proceso de planeación, en el nivel macroregional.

Los rasgos de la región: de granero nacional a surtidor de emigrantes

Formación e identidad de la región

Desde el punto de vista físico este territorio presenta uno de los mayores grados de diversidad en nuestro continente al comprender una veintena de micro regiones ecológicas, entre las que se encuentran los valles muy fértiles de las márgenes del río Lerma, las áreas del centro-norte —mayoritariamente áridas—, las zonas costeras húmedas de Nayarit, Jalisco y Colima y la Sierra Madre Occidental, desde Nayarit a Michoacán.

La región fue esencialmente un lugar de paso de las tribus que provenientes del noroeste se asentaron en el México central durante la época precolonial. A la llegada de los españoles estaba

organizada con un imperio tarasco al sur, bastante estructurado; al centro y en la costa del Pacífico existía una civilización de tribus agrícolas sedentarias, y en el norte vivían los chichimecas, nombre genéricos que se dio a un conjunto de tribus nómadas y belicosas.

Sin embargo, la población precolombina nunca fue densa y además la conquista tomó aquí visos de exterminación, por lo que uno de los rasgos más notables por el que la mayoría de las zonas de esta región se distinguen es la ausencia de tradición indígena, la cual se limita a los casos de los Huicholes (norte de Jalisco y oriente de Nayarit) y Tarascos (oriente de Michoacán).

Desde comienzos del siglo XVI, el Occidente fue conformando un sistema urbano-regional que tuvo como características esenciales la complementariedad económica y la subordinación a los dictados del medio y de los recursos naturales. Así se fueron conformando zonas mineras en Zacatecas y Guanajuato que interactuaban con zonas agrícolas, como el Bajío y la Tierra Caliente; ganaderas, como Los Altos y Aguascalientes, o artesanales, como la región tarasca o el centro de Jalisco. Demográficamente, la consecuencia sería una red bastante equilibrada de asentamientos urbanos, de entre los cuales apenas sobresalían las ciudades de Guanajuato, Guadalajara y Zacatecas.

De su evolución posterior como región, Luis González sintetiza:

el oeste de México... a poco andar fue el primer productor mundial de plata; el máximo contribuyente, dentro de la Nueva España, de artículos de piel, artesanías y caballos. Intentó emanciparse de España y de la Nueva España. Después de la Independencia, gestada en sus entrañas, se sucedieron cinco décadas de guerras que la dejaron sin sus glorias y producciones antiguas. El 80% de las grandes batallas de la Reforma se dieron en el Occidente y en el último tercio del siglo XIX el auge económico y cultural se rehizo, llegando a ser 'el granero de México'. Gracias al ferrocarril se articularon las distintas subregiones pero se minaron muchas manufacturas locales. En

la Revolución poco participaron los occidentales, pues este pueblo 'místico, religioso y católico', hizo su rebelión propia, la Cristiada. De medio siglo a esta parte ha perdido importancia, independencia y singularidad. Sus costumbres fueron hasta hace poco el tema mayor de la cinematografía mexicana. Ahora ni eso, no obstante ser más rica y habitable que en sus mejores épocas.

La vocación regional y el modelo de desarrollo del país

No se puede entender la transformación de la región occidental de México sin tomar en cuenta la evolución del modelo de desarrollo social y económico que ha sufrido el país a partir de la modernización posrevolucionaria, ya que esta caracterización irá transformando las ventajas y desventajas de la geografía, la economía y la cultura regionales.

En una primera etapa, desde los años cuarenta hasta principios de los ochenta el proyecto de desarrollo nacional se basó en la sustitución de importaciones. Durante cuatro decenios se fue creando un sistema de gestión económica basado en una gran diversidad de incentivos gubernamentales, en la aplicación del gasto público federal e incluso en la construcción de parques industriales, todo ello con el objetivo central de promover el crecimiento de la planta industrial y la búsqueda de economías de escala, sin reparar mayormente en la ubicación regional. En paralelo continuaba la política de reparto agrario y de modernización agrícola, cuyos beneficios se distribuyeron de manera muy desigual.

Dentro de este proceso de la modernización industrial y agrícola, una de las pocas políticas propiamente regionales fueron las Comisiones de Cuencas Hidrológicas, modelo tomado del *Tennessee Valley Authority* (TVA) en Estados Unidos. Estas comisiones intentaban coordinar el gasto del gobierno por un organismo semiindependiente de carácter regional y sus principales metas eran ayudar a descongestionar la mesa central y elevar la

producción agrícola. Los impactos territoriales de las políticas sectoriales nacionales en el occidente se relacionan principalmente con el fortalecimiento de la inercia concentradora de Guadalajara, la pérdida de dinamismo endógeno y el surgimiento de un fuerte éxodo rural.

En este período se construye una gran infraestructura que va de las carreteras a los grandes proyectos industriales de Salamanca y de Lázaro Cárdenas-Las Truchas. Dentro de la política de parques y ciudades industriales, en la región se construyen treinta de los 130 proyectos que se desarrollaron en el país, casi siempre con los mismos resultados desafortunados en la promoción y ocupación manufacturera.

El experimento regional que fue la Comisión Lerma-Chapala-Santiago concluyó a mediados de los años setenta con resultados pobres, debido principalmente a las limitadas facultades de este organismo y sobretudo a la adopción de un modelo de gestión de un país desarrollado que no tomó en cuenta las especificidades de nuestra región.

En cambio, en escenarios más locales se generaron exitosamente algunos sistemas de planeación y promoción regional y urbana específicos de este contexto. Destacan aquí, en el ámbito empresarial la creación de bancos regionales, como el Banco de Zamora; en la gestión mixta o tripartita, la formación de los organismos para la colaboración y de plusvalía en Jalisco y el impulso a los proyectos regionales durante el gobierno de Lázaro Cárdenas en Michoacán.

El segundo periodo es el de la década de los ochenta, que se podría caracterizar como "la década perdida". En ese periodo la economía nacional crece a menos del 1%, se interrumpe el milagro mexicano y se desacelera el ritmo de la urbanización; sin embargo, la región resiente menos la crisis y aporta el 40% del

crecimiento del PIB nacional (véase Cuadro 1, p. 90). Al mismo tiempo, durante esta época se desarrollan los actuales sistemas de gestión urbana y ambiental nacionales, dentro de un esquema de planeación integral democrática.

También como parte de estos sistemas se desarrolla la planeación de los asentamientos humanos, el impulso de las ciudades medias, las políticas de regularización de la tenencia de la tierra y las acciones de combate a la pobreza.

En este decenio el crecimiento de la región se concentra en cuatro entidades: Guanajuato, Jalisco, Querétaro y San Luis Potosí, las cuales aportaron el 75% del producto regional. En el otro extremo, las economías de Michoacán y sobretodo Zacatecas, registran severas caídas, que incidirán en el agravamiento de los procesos de emigración. El efecto territorial más importante parece ser la inflexión del crecimiento urbano entre la zona metropolitana de Guadalajara, que registra tasas menores de crecimiento y un grupo importante de ciudades medias que crecen más aceleradamente, entre otras, Aguascalientes, León, Irapuato, Celaya y Manzanillo, donde se promueve una notoria modernización portuaria.

Desde el punto de vista de la gestión regional sobresalen en estos años el desmantelamiento de las fórmulas locales que habían sido creadas ante la avalancha de los mecanismos federales que, por cierto, inician a mediados de la década pasada un proceso de descentralización hacia los estados y municipios. Destaca asimismo la declinación de la hegemonía de los sectores locales en la economía regional, tanto industrial como agrícola, ante el avance del capital nacional, principalmente del Distrito Federal y de Monterrey, pero sobretodo del capital extranjero.

Finalmente, durante la presente década, la economía mexicana se ajusta al nuevo modelo de economía abierta, consolidado con la firma del TLC, la incorporación a la OCDE y acuerdos con

países de Centro y Sudamérica. El desarrollo urbano entra en una nueva fase motivada por la gran movilidad del capital y al difusión tecnológica. Las ciudades medias consolidan sus procesos de desarrollo y se crea una moderna infraestructura regional en materia de comunicaciones.

Sin embargo, la región mantiene en términos económicos prácticamente el mismo ritmo del periodo anterior, por lo que reduce su aportación al crecimiento nacional a sólo el 17%, reflejando un menor dinamismo que otras zonas del país, en particular las zonas petroleras y la frontera norte. No obstante, logra captar un importante flujo de inversiones foráneas que permiten la creación de 35 mil empleos directos en Guadalajara, 30 mil en Guanajuato y 15 mil en Aguascalientes. Esto hace que las desigualdades regionales internas en el Occidente se acrecienten, generándose una economía con dos velocidades: Guanajuato, Jalisco, Querétaro, Colima y Aguascalientes en el ritmo acelerado, y Michoacán, San Luis Potosí, Nayarit y Zacatecas, con menos velocidad o de plano en reversa.

Hay que apuntar también que durante estos años casi todas las entidades, salvo Nayarit y Zacatecas, presentan escenarios de mayor pluralidad y alternancia política en los gobiernos locales y de mayor actividad en los organismos cívicos y las organizaciones gubernamentales, particularmente aquellas vinculadas a los problemas ambientales, como los lagos de Pátzcuaro y Chapala.

En síntesis, se puede señalar que históricamente la región de Occidente ha pasado en medio siglo de ser el granero del país a constituir una zona de intermediación económica y el proveedor de mano de obra barata para otras regiones del país y de los Estados Unidos. Hoy la región debe redefinir su vocación productiva, social y territorial, para aprovechar las oportunidades

que presenta la apertura económica del país y, sobretodo, para asumir el reto de la sustentabilidad del desarrollo.

La estructura regional: poblamiento, economía y recursos

El rasgo principal del desarrollo regional ha sido la fuerte imbricación entre el desarrollo de la economía, los procesos sociales y las condiciones y posibilidades que ofrecen los recursos naturales, en particular los recursos hídricos.

A partir de los años cuarenta, la región igual que el país en su conjunto ha experimentado un gran crecimiento demográfico, triplicándose en estas décadas su población, que asciende actualmente a 22 millones de habitantes, magnitud comparable a la de Venezuela y que representa poco menos de la cuarta parte de la población nacional.

Por otra parte, la región, con el 18% del territorio nacional, aporta un tercio del producto agropecuario del país y de la producción industrial localizada fuera del Valle de México, así como una cuarta parte de la silvicultura y de la minería. Internamente, la estructura económica de la región es predominantemente terciaria, ya que el comercio y los servicios aportaron casi dos tercios del PIB regional, mientras que a la industria corresponde una cuarta parte y a la agricultura apenas un décimo de este producto.

Uno de los rasgos más importantes del poblamiento regional es la gran dispersión en pequeños caseríos de un tercio de la población, situación que genera altos costos en servicios básicos e infraestructura.

Desde el punto de vista de los movimientos migratorios es de llamar la atención el extraordinario éxodo rural, estimado en más de un millón de habitantes durante la década pasada y que tuvo como destinos principales la ciudad de México, Guadalajara, la región Pacífico Norte y los Estados Unidos. Entre las zonas de

mayor expulsión están el corredor que va del sur de Jalisco a San Luis Potosí, la franja que va del lago de Chapala hacia la meseta michoacana, el noroeste de Zacatecas y la zona ubicada al oriente del eje Fresnillo-Celaya.

En la raíz de estos desplazamientos se hallan las características del sector agrícola regional, caracterizado por una gran desigualdad en la distribución de la tierra y de los recursos productivos, una numerosa fuerza de trabajo dedicada a la agricultura de la subsistencia y una producción *per cápita* ejidal con bajos rendimientos.

Respecto de la emigración rural hay que destacar la emigración internacional, ya que representa uno de los rasgos regionales, al ser el Occidente el aportante de las dos terceras partes de la migración nacional a Estados Unidos y estimarse que entre tres y cinco de cada cien habitantes de la región participa en estos movimientos. Entre las implicaciones de esta migración estacionaria están la de constituir una importante válvula de escape del desempleo y subempleo en las comunidades rurales; el generar una sustancial fuente de divisas y el aportar un mecanismo de transferencia cultural y de tecnología, que se concreta en los patrones habitacionales y en las iniciativas microindustriales que se han generado en muchos de los pueblos de esta región.

La estructura agraria tiene fuertes implicaciones ambientales, principalmente a través de la degradación de suelos, la tala incontrolada, los incendios espontáneos o inducidos y el sobrepastoreo que compacta la superficie e impide la infiltración del agua. En las laderas sujetas a agricultura tradicional de temporal, la erosión llega a ser más severa al conjuntarse factores naturales y prácticas de cultivo inadecuadas, en las que el uso del fuego es frecuente.

Dentro de las zonas de agricultura y ganadería intensiva sobresalen el Bajío Guanajuatense y las zonas cañeras de Jalisco, Nayarit, Colima y la Huasteca Potosina. El establecimiento de

agroindustrias ligadas a la explotación agrícola y ganadera se localiza precisamente en la cuenca media del Lerma-Chapala, en Los Altos de Jalisco y las planicies costeras de Colima y Nayarit. En tanto que la explotación forestal se da principalmente en los parteaguas de esta cuenca, sobre la Sierra Madre del Sur y la Sierra Madre Occidental.

Otro aspecto de vital importancia para la sustentabilidad del recurso es el control de agroquímicos y subproductos pecuarios ya que las zonas de agricultura de alta tecnología en suelos de valles y planicies han estado sujetos a la explotación intensiva con base a fertilizantes y plaguicidas químicos de acción residual durante años y presentan acumulación de sustancias tóxicas que afectan hasta en un 25% su rendimiento, particularmente en las zonas cañeras en que se agrega la quema anual de la cubierta vegetal.

A este proceso no han escapado las áreas naturales que cuentan con un decreto de protección. En la actualidad el manejo de las áreas naturales protegidas existentes por lo general se limita a una vigilancia poco eficiente; la mayoría de éstas no cuentan con planes de manejo y la operación de éstos depende de la disponibilidad de recursos públicos, incluso en aquellas áreas que tienen a su cargo las instituciones académicas.

Por lo que se refiere a la estructura urbano-industrial, hay que señalar que el sistema de ciudades se integra a partir de la zona metropolitana de Guadalajara, que con poco más de tres millones de habitantes concentra al 11% de la población regional, cuatro ciudades de entre 500 mil y un millón: León, San Luis Potosí, Morelia y Aguascalientes, doce entre 100 mil y 499 mil, 24 entre 50 mil y 99 mil y 79 entre 15 mil y 49 mil habitantes. El 50% de estas localidades se localizan en la región hidrológica Lerma-Chapala-Santiago, las cuales representan en conjunto cerca del 40% de la población regional.

El sistema urbano equilibrado refleja la correspondencia entre el desarrollo agropecuario y el desarrollo industrial, que se ha caracterizado por el procesamiento de materias primas de origen local, acorde a la gran tradición agrícola y ganadera de la región, la cual orientó las inversiones industriales a la producción de alimentos, bebidas, grasas y aceites vegetales, textiles, vestido y calzado. Últimamente ha sido destino de importantes flujos de inversión nacional y extranjera en las ramas metal-mecánica, automotriz y electrónica, y en el comercio, hoteles y servicios turísticos.

Respecto a las vinculaciones económicas intersectoriales conviene destacar la formación de algunas cadenas productivas en la región, como es el caso de los textiles, la industria del vestido y las fibras sintéticas en el centro-oriente de Jalisco; la industria automotriz y las ramas metal-mecánicas en Aguascalientes, o la interrelación entre las cuencas lecheras, las zonas agrícolas y la producción agroindustrial en el Bajío y la zona alteña.

Pero en sentido contrario, hay que anotar asimismo la existencia de verdaderos enclaves geoeconómico, como Puerto Vallarta y Lázaro Cárdenas, y el rompimiento de algunas interrelaciones productivas ante la irrupción de productos de importación.

Territorialmente, todos estos procesos se concentran en las cuencas Lerma-Chapala y Alto Balsas, contrastando con zonas marginadas en la Sierra Huichola, los semidesiertos zacatecano y potosino, las Sierras Norte de Guanajuato y Gorda de Querétaro y la Tierra Caliente Michoacana, cuyos recursos naturales o bien son reducidos o resultan de difícil acceso.

En la economía urbano-industrial destacan Guadalajara, León, Querétaro, San Luis Potosí y Aguascalientes; la actividad portuario-turística de Puerto Vallarta y Manzanillo, portuario-industrial de Lázaro Cárdenas y el turismo cultural de Guanajuato, Zacatecas y Morelia. Se advierte que el desarrollo urbano-industrial se ha

concentrado precisamente en los corredores ubicados en zonas agrícolas de riego. La intensificación y orientación hacia cultivos de alta demanda de agua, aunados a la contaminación de las aguas superficiales y a subsidios en el costo de las aguas de primer uso, ha llevado a una sobredemanda de aguas subterráneas. La mayoría de los acuíferos se encuentra en veda rígida desde hace años sin que ello haya sido un freno efectivo para limitar los aprovechamientos, por lo que el abatimiento ya rebasa los tres metros por año.

Esta sobreexplotación de acuíferos se presenta principalmente en zonas en las que coinciden un alto dinamismo urbano-industrial y agricultura de riego. Sobresalen los corredores industriales Querétaro-San Juan del Río, Celaya-Salamanca-Irapuato-León y las ciudades de Guadalajara, San Luis Potosí y Aguascalientes en cuyas áreas de influencia compiten por el vital líquido los centros urbanos (11%), las zonas industriales (9%) y los distritos agropecuarios de riego (80%).

La contaminación de aguas por residuos domésticos, industriales y agropecuarios, alcanza niveles elevados en algunos tramos de los principales afluentes. Destacan los ríos San Juan (Qro.), Lerma, Turbio (Gto.), San Pedro (Ags.), Tlaltenango (Zac.), Balsas (Mich.), Armería y Naranjo (Col.). Los avances de los programas de saneamiento y uso eficiente del agua, han sido limitados e incluso, muchas de las plantas de tratamiento de aguas negras construidas no operan permanentemente. Por otra parte, las tarifas de agua potable y riego han sido insuficientes para cubrir los costos de operación de los sistemas de abastecimiento, por lo que el mantenimiento y la operación de las plantas de tratamiento dependen básicamente de la errática disponibilidad de subsidios públicos.

En la región se localizan diez de las 35 ciudades prioritarias para el INE por su potencial de afectación industrial al aire, agua y suelo, que en conjunto representan el 16% de la afectación industrial potencial en el país. La mayoría de las concentraciones urbanoindus-

triales no cuentan con sistemas eficaces para el control de las emisiones, el tratamiento de aguas residuales y el manejo y disposición de los residuos sólidos. En Guadalajara, San Luis Potosí, León, Irapuato, Lázaro Cárdenas y San Juan del Río, se presentan muy altos índices de contaminación. Preocupa sobretudo San Luis Potosí por encontrarse en zona semiárida, con problemas de suministro de agua y concentración de contaminantes por baja humedad.

Por otra parte, se ubican 32 de las ciudades prioritarias dentro del programa nacional de las cien ciudades, cuyos rellenos sanitarios presentan deficiencias en infraestructura para la disposición de lixiviados y gases, están saturados o no cumplen con la norma técnica. La infraestructura para tratamiento de residuos sólidos peligrosos es muy reducida, por lo que deben enviarse a Monterrey o Hermosillo con altos costos de transportación que inducen prácticas de ocultamiento en basura orgánica.

Los logros de los programas de control y prevención de la contaminación disminuyen conforme los sujetos de aplicación se multiplican y diseminan dentro de las ciudades. La zona Metropolitana de Guadalajara, San Luis Potosí, y el corredor Aguascalientes-Querétaro representan en conjunto el 20% del potencial de afectación industrial en el país y alrededor del 40% de las emisiones de fuentes móviles.

En síntesis, se puede afirmar que el desarrollo de la región ha impulsado decididamente el crecimiento de la economía y de la productividad, ha atemperado las demandas y presiones sociales y ha soslayado la atención a las condicionantes medioambientales, particularmente en las políticas de manejo del agua, evidenciando ya graves limitaciones y riesgos.

El desfase del sistema de gestión regional del desarrollo

A partir de los años cuarenta, la región logró reconstruir el aparato productivo que había sido devastado durante la Revolución y la Cristiana. Posteriormente, se empieza a construir a escala nacional un sistema de gestión del desarrollo orientando al crecimiento de la industria y de la agricultura comercial que tuvo como piedra angular la participación del estado en la dotación de la infraestructura y en la estimulación de la producción industrial y agropecuaria. Para este efecto, hasta mediados de los setenta se promovieron, entre otros instrumentos, las leyes estatales de exención fiscal para la industria, la Ley de Industrias Nuevas y Necesarias, los créditos a la pequeña y mediana industria y el Programa de Parques y Ciudades Industriales. Asimismo, la Comisión Nacional de Zonas Áridas, el Plan Nacional de Nuevos Centros de Población Ejidal, los Decretos de Descentralización Industrial, la siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas, el Régimen de Maquiladoras, el Programa Integral de Desarrollo rural (PIDER), los Centros Coordinadores Indigenistas, los COPRODES estatales y la Ley General de Asentamientos Humanos.

Hasta la década pasada, el avasallamiento del nivel federal en estos procesos de gestión era incuestionable. A partir de entonces se han venido aplicando estrategias y políticas, surgidas más bien desde el centro, para revertir esta concentración administrativa, dentro de un contexto mundial y de propósitos del desarrollo nacional que difieren fundamentalmente de las circunstancias que guiaron la creación de mecanismos como los mencionados.

No obstante, los instrumentos de carácter estatal e interestatal que en estos años se han creado parecen obedecer a la misma lógica anterior, derivada de un modelo de desarrollo que ya no existe e ignorante de los nuevos retos de la globalización y de la

sustentabilidad. Así, los gobiernos estatales están desplegando esfuerzos individuales para fortalecer la competitividad de sus ciudades, y reproduciendo en la escala local los esquemas administrativos centrales.

A ello se añaden como características casi generales de la gestión un enfoque predominantemente normativo que ha soslayado la sintonización con los indicadores del mercado y con la instrumentación fiscal y financiera; una sobrevaloración de las presiones político-electorales en las decisiones de gobierno; una participación social creciente, pero insuficientemente informada, y una débil conciencia sobre los temas de la sustentabilidad, polarizada entre enfoques ambientalistas y desarrollistas.

En este marco, los procesos de descentralización tienden a ser considerados a partir de las atribuciones sectoriales de las dependencias, más que de las prioridades de las regiones y de las capacidades de sus comunidades. Y por otra parte, se carece de mecanismos capaces de sustentar proyectos, consensos y decisiones del ámbito regional interestatal.

Los retos y riesgos regionales ante un nuevo modelo de desarrollo

En el contexto de una economía abierta a un mundo que se organiza en grandes bloques comerciales y ante la recuperación del mercado interno, la región centro-occidente presenta recursos y ventajas estratégicas para consolidar una base productiva sustentable orientada al mercado nacional e internacional.

Sin embargo, estas oportunidades exógenas que derivan del nivel de desarrollo alcanzado por su propio mercado y su situación geográfica estratégica, también presentan amenazas ante la falta de mecanismos compensatorios que respondan a posibles cambios repentinos en la competitividad a escala mundial. Los cambios

en la escala de valores a que induce el arribo de un nuevo paradigma de civilización, si bien impulsan a la competitividad y la capacitación, también llevan al consumismo, a la adopción de patrones culturales ajenos a la región y, frecuentemente, a tener un mayor contacto a través de los medios con el exterior que con la propia realidad más inmediata.

Diagnóstico estratégico (análisis externo)

Oportunidades

Procesos de internacionalización socioeconómica y cultural.
Ubicación geográfica estratégica respecto al mercado nacional.
Acceso al mercado internacional vía puertos y aeropuertos.
Requisitos ambientales para productos de exportación favorables a la sustentabilidad regional.
Demanda internacional de turismo de playa y montaña.
Ductilidad del sistema urbano-regional.

Amenazas

Cambio en las condiciones migratorias en Estados Unidos.
Reducción de puestos de trabajo en la microindustria.
Cambio de valores por la globalización.
Pérdida de la identidad regional.
Trasferencia de recursos hidráulicos a otras regiones (Valle de México).
Falta de mecanismos compensatorios ante cambios en competitividad.

Para hacer frente a estas amenazas y aprovechar las oportunidades, la región cuenta con fortalezas endógenas que se sustentan en la estabilidad socio-política que ha logrado alcanzar a través de la homogeneidad cultural, las buenas relaciones obreropatronales y la migración internacional, que ha sido válvula de escape de la presión demográfica y fuente de ingreso adicional, así como conducto para la transferencia de tecnología e iniciativa empresarial.

Por otra parte, se encuentra como uno de sus activos la madurez democrática que ha sido probada en los procesos electorales y con ella se consolida el diálogo y la negociación como medio para resolver diferencias y construir consensos. Esto se complementa con cierta tradición industrial, una buena propensión al ahorro, gobierno promotor y gestor e instituciones educativas de calidad. No obstante, deberán resolverse ciertos aspectos que limitan el potencial regional, como es el clima creciente de inseguridad pública, la poca apertura a la asociación, innovación y riesgo, poca conciencia ambiental y de pertenencia regional, un desequilibrio entre presión demográfica y disponibilidad de recursos al interior de la región y actitudes radicales polarizadas ante el desarrollo sustentable.

Las ventajas comparativas y la competitividad de la región como localización industrial se sustentan en una infraestructura urbana y regional completa, que incluye una red de comunicaciones eficiente, infraestructura industrial adecuada, sistema urbano equilibrado e infraestructura social consolidada en educación, salud y recreación. Su base productiva presenta una estructura diversificada con un nivel importante para generar nuevas inversiones vía insumo-producto, el clima laboral es propicio al diálogo y concertación y se cuenta con mano de obra en casi todos los niveles de capacitación y costo de vida competitivo, a la vez que cuenta con gran diversidad ecológica y cultural que le otorgan un potencial turístico considerable. No obstante, la producción de alimentos parece alcanzar un umbral en la mesa central, ya que rendimientos dependientes de agroquímicos fuera de uso en otros países y escasez de agua implican reducción de la superficie bajo riego y menores rendimientos, al tiempo que la contaminación en las zonas más densamente pobladas y explotadas implicaran rendimientos decrecientes, alza del costo de vida urbano y pérdida de competitividad.

Diagnóstico estratégico (análisis interno)

Fortalezas

Debilidades

BASE PRODUCTIVA

Estructura económica diversificada.
Clima laboral propicio al dialogo y concertación.
Mano de obra en casi todos los niveles de capacitación.
Gran diversidad ecológica y potencia turístico.
Estructura comercial y de servicios en todos los niveles.
Disponibilidad de materia prima agropecuaria y minerales.

Sobrerexplotación de los recursos hídricos.
Poca competitividad de microindustrias y agricultura tradicional.
Agroquímicos fuera de uso en otros países.
Alta contaminación en zonas densamente pobladas y explotadas.

INFRAESTRUCTURA

Red de comunicaciones eficiente.
Infraestructura industrial satisfactoria.
Sistemas urbano-rurales consolidados y equilibrados.

Serias deficiencias en las zonas de mayor potencialidad.
Alta dispersión de la población rural.
Falta de mantenimiento en sistemas de riego.

SOCIO-CULTURAL

Arraigo microrregional.
Tradición industrial.
Alta propensión al ahorro.
Estabilidad socio-política.
Tradición de dialogo y negociación.
Instituciones educativas adecuada.

Poca apertura a la asociación, innovación y el riesgo empresarial.
Poca conciencia de pertenencia regional.
Actitudes sectorizadas ante el desarrollo sustentable.
Enfoques reduccionista ante los problemas ambientales.
Desequilibrio entre presión demográfica y recursos.
Procesos de "contraurbanización" en las ciudades de mayor dimensión.

SISTEMA DE GESTIÓN

GESTIÓN DEL DESARROLLO

Experiencias locales exitosas para la gestión del desarrollo.
Recursos de modernización e institucionalización en los gobiernos locales.
Consolidación de la cultura de planeación urbana.

Enfoque predominantemente normativo y procesos de gestión fragmentados.
Adopción de modelos centralistas en la administración local.
Participación social insuficiente y deficiente.
Sobrevaloración de las presiones político-electorales en las decisiones de gobierno.
Instrumentación ineficaz de planes, programas y proyectos.
Falta de conciencia sobre la gestión del desarrollo sustentable.

Centro-occidente: ¿la Andalucía de América o el cachorro de los tigres asiáticos? Visión de futuro, proyectos estratégicos y mecanismos de gestión

Visión estratégica del desarrollo de la región

Existe ya un consenso entre los grupos participantes respecto a los objetivos regionales de desarrollo sustentable. De acuerdo con la formulación adoptada, la estrategia buscaría impulsar "un desarrollo sustentable económico competitivo, que sea socialmente incluyente, ambientalmente sustentable y territorialmente ordenado".

De acuerdo con el enfoque de planeación adoptado, la estrategia integral de desarrollo sustentable se organizaría en torno a orientaciones estratégicas de ordenamiento territorial. Se cuenta ya con dicho planteamiento generado por el grupo urbano, cuyos *objetivos estratégicos* son: la inserción de la región como un todo en la economía global; la integración económica regional (de sus núcleos urbano-industriales principales, del altiplano con la

costa; incorporación de los espacios marginados al desarrollo regional); la desconcentración del crecimiento urbano (la ampliación de la base humana del crecimiento industrial); y, la estructuración del sistema urbano regional privilegiando el principio de red por sobre el de las jerarquías urbanas.

Con base en estos objetivos estratégicos, el grupo urbano propuso siete *líneas de acción territorial*, cada una de las cuales corresponde a un espacio de intervención estratégica, y en torno a las que se pudiesen organizar las acciones de los otros grupos. Estas líneas son: la primera, atención prioritaria a los *enlaces y corredores de alcance regional* que permitan completar una red básica de enlaces e integrar la región; segunda, consolidar la posición de Guadalajara como ciudad global y como un nodo de articulación entre la economía de la costa y la del altiplano; tercera, afianzar las interdependencias entre las *ciudades del centro-norte* y consolidarlas en un sistema urbano polinuclear que cumpla el papel regional de una ciudad grande; cuarta, impulsar en forma selectiva la consolidación de *centros pequeños y nuevos polos* que permitan ampliar la base urbana de la industrialización regional; quinta, intensificar en forma gradual el uso del espacio en la *vertiente del Pacífico*, a partir de las relaciones con el altiplano; sexta, impulsar el cambio en los patrones de cultivo y la adopción de tecnologías para un uso más eficiente del agua y una mayor generación de empleo por unidad de superficie en los *espacios rurales integrados*; y séptima, impulsar la incorporación de los *espacios rurales marginados* mediante el fortalecimiento de redes de enlaces rural-urbanos y de centros estructuradores, y la promoción de circuitos de turismo cultural y/o ecológico.

Diversos estudios básicos contemplados por los otros grupos de trabajo se orientan a afianzar los contenidos temáticos de la estrategia integral, en particular:

- La definición por parte del grupo económico, del perfil viable y deseable de especialización de la región en el contexto de la globalización.

- La elaboración por parte del grupo urbano, de un estudio orientado a identificar y jerarquizar las necesidades de mejoramiento de la infraestructura de transporte y los servicios logísticos para facilitar la inserción de la región en el contexto internacional así como su articulación interna.

- La elaboración por parte del grupo de autoridades ambientales de un ordenamiento territorial regional, que articule los enfoques urbano y ecológico y aporte un marco de referencia para los ordenamientos integrales que se elaboran en los estados.

- El taller organizado por el CCDS II, con la participación de miembros de los mecanismos de gestión del agua instalados en la región (Comisiones y COTAS) y de representantes de los otros grupos de trabajo (económico, social y urbano), para definir una visión de conjunto respecto al aprovechamiento sustentable del agua en la región y definir acciones interestatales prioritarias.

- La definición por parte del grupo económico de políticas interestatales de atracción de inversiones en acuíferos compartidos.

Cartera de proyectos estratégicos regionales

La integración de una cartera de proyectos estratégicos tiene como propósito facilitar el análisis interdependiente de la *pertinencia* y la *viabilidad* de posibles proyectos a impulsar en forma conjunta por los gobiernos de los estados participantes, en el marco de la estrategia regional integral de desarrollo sustentable. La gestión de esta cartera, con la participación de los cinco grupos de dependencias estatales, permitirá cerrar la brecha entre la estrategia y los proyectos existentes; racionalizar gradualmente las decisiones de inversión en

función de la estrategia; y proceder en forma ordenada a la maduración de las nuevas ideas de inversión emanadas de la estrategia.

El análisis estratégico de proyectos debe traducirse en dos resultados:

- Por otra parte, la identificación de las actividades de preinversión requeridas para avanzar en la maduración de nuevas ideas de inversión emanadas de la estrategia y su integración en un programa de actividades de preinversión, con metas específicas, responsables, plazos y recursos.

A continuación se reseñan los avances en la integración de la cartera de proyectos regionales estratégicos.

- El grupo de desarrollo urbano generó en los talleres realizados el año pasado un listado de más de cien ideas de proyectos que fueron sometidas a un proceso de jerarquización interestatal. Como resultado de este proceso el grupo seleccionó siete proyectos para integrarlos en un programa de acción inmediata. Estos proyectos son:

- Corredor industrial-turístico Tecomán-Manzanillo-Barra de Navidad, Saneamiento del río San Pedro, Área natural protegida de la Sierra Fría, Corredor Lagos de Moreno-San Luis Potosí-Tampico, Saneamiento de la cuenca del río Extorax, Ordenamiento de los corredores San José Iturbide-Santa Rosa-Querétaro-Apaseos y el Enlace Zacatecas-Nayarit.

- En el taller integral de Aguascalientes, realizado en marzo de 2000, con la participación de los seis grupos de trabajo, se identificaron cinco proyectos integrales, con el propósito de presentarlos conjuntamente a los gobernadores. Estos proyectos son: Plan de ordenamiento territorial de la región, Corredor interoceánico integral Manzanillo-Tampico, Restauración integral de microcuencas y saneamiento del Alto Santiago, Desarrollo sustentable de la Sierra Fría (este proyecto se replicaría en el

caso de la Sierra Gorda) y la Integración económica del altiplano con la costa norte de la región occidente. Una caracterización inicial de estos proyectos fue trabajada por el grupo urbano en un taller realizado a principios de junio.

- Por su parte, el grupo de desarrollo económico definió un conjunto de 27 proyectos que pretende impulsar conjuntamente. Algunos de estos proyectos son instrumentales y de interés específico del grupo económico como por ejemplo, la formulación de materiales promocionales comunes. Otros en cambio, son proyectos de relación con otros grupos de planeación regional como la definición de un perfil de especialización regional, la definición de políticas interestatales de atracción de inversiones en función de la disponibilidad relativa de agua, entre otros.

Los grupos urbano y de desarrollo económico han intercambiado sus proyectos y se ha establecido una vinculación entre ellos para revisar su diseño y la prioridad relativa. Queda pendiente la integración de proyectos a la cartera por parte de los grupos de desarrollo social y ambiental.

Financiamiento de estudios de planeación y de preinversión

Para consolidar la estrategia integral de desarrollo sustentable y avanzar en la gestión de los proyectos estratégicos regionales será necesario llevar a cabo diversas actividades y estudios de consultoría. El financiamiento de estas actividades y estudios se aborda, en primera instancia, mediante la *movilización y compromiso de recursos por parte de los participantes en el proceso de planeación*. Esto es así tanto por razones prácticas como por razones que tienen que ver con la lógica y las premisas del proceso.

- *Las razones prácticas*. En el momento actual no hay fuentes de recursos fiscales de asignación flexible a las que pudiese

recurrirse para el financiamiento a fondo perdido en el proceso y sus actividades, sobre todo a nivel federal. Por regla general, los recursos fiscales que se canalicen a la iniciativa serán el resultado de decisiones de reasignación de recursos.

- *Las razones que tienen que ver con la lógica y las premisas del proceso.* En primer lugar, la asignación de recursos a estas actividades y estudios por parte de las instituciones participantes consolida su compromiso con la iniciativa; así mismo, se afianza el carácter compartido de la misma y la toma de decisiones colegiadas; de igual manera se asegura la autonomía de la iniciativa frente a posibles instituciones patrocinadoras, normativas o de financiamiento; y finalmente, el compromiso liminar de recursos por parte de las instituciones participantes facilita la gestión de recursos complementarios ante dependencias federales e instituciones financieras nacionales e internacionales.

Para las actividades y estudio de mayor detalle y compromiso de recursos, se busca establecer convenios con distintas fuentes de financiamiento. Para acceder a estas fuentes será necesario sujetarse a las reglas y normas en cada caso. Es importante que en la negociación de estos convenios no se distorsione el carácter integral de la iniciativa. A continuación se reseñan los avances en este proceso de movilización de recursos y de búsqueda de fuentes complementarias de financiamiento.

- En el marco del acuerdo de coordinación interestatal suscrito el 2 de septiembre, los secretarios de Desarrollo Urbano convinieron asignar en sus presupuestos correspondientes al año 2000, un porcentaje del orden del 5 al 10% de su presupuesto de estudios al financiamiento de estudios de planeación estratégica y de preinversión.

- Para los estudios y actividades de preinversión que requieren de un mayor compromiso individual de recursos, el grupo urbano

acordó recurrir a distintos esquemas de financiamiento de BANOBRAS, en particular, el Programa de financiamiento de estudios de preinversión a fondo perdido a través del cual se pueden obtener hasta 1.4 millones de pesos por estudio; preferentemente para acciones de nivel municipal. Para acceder a esta fuente de financiamiento, los secretarios de Desarrollo Urbano promueven ante sus gobernadores la suscripción de una carta de intención con el Banco.

- El grupo urbano contempla iniciar el aprovechamiento de este esquema con respecto a un estudio básico de alcance interestatal relativo al sistema polinuclear de ciudades del centro-norte. Este estudio sería solicitado conjuntamente al Banco por la ciudades de Querétaro, León, Aguascalientes, San Luis Potosí y Zacatecas, con el aval de sus respectivos gobiernos. El estudio propondría un perfil de especialización de cada una de estas ciudades en el contexto regional e identificaría acciones de infraestructura y equipamiento consistentes con dicho perfil de especialización.

- Por otra parte, se han iniciado conversaciones con BANOBRAS para el financiamiento de los estudios de preinversión relativos a proyectos regionales de mayor envergadura, como es el caso del corredor Manzanillo-Tampico, con base en los acuerdos establecidos por esta institución de banca de desarrollo con grandes empresas como CEMEX y SICARTSA.

El reto en los próximos meses será expandir este proceso de movilización de recursos y búsqueda de fuentes de financiamiento a los otros grupos de dependencias estatales participantes en el proceso. Ya se observan algunos pasos en este sentido, sobre todo en el grupo económico y el ambiental.

Mecanismo de gestión regional del desarrollo sustentable

La consolidación de este mecanismo es, a juicio de los participantes, el resultado más importante del proceso de planeación regional, ya que permitirá dar continuidad a largo plazo a la iniciativa e institucionalizar la gestión regional del desarrollo sustentable. Este mecanismo servirá:

- Para integrar, fundamentar, evaluar y ajustar periódicamente la estrategia de desarrollo regional sustentable con el aporte de todos los grupos.
- Para integrar y actualizar periódicamente la cartera de proyectos, así como para decidir y coordinar la realización de las tareas de preinversión y ejecución de las acciones.
- Para acordar la movilización, asignación y gestión conjunta de recursos de las instituciones participantes en apoyo a las actividades anteriores, así como la realización de gestiones conjuntas de los gobiernos estatales ante la Federación e instituciones nacionales e internacionales de financiamiento.

El mecanismo de organización propuesto comprende los siguientes elementos genéricos:

- Una instancia de *toma de decisiones* en escala regional, en forma colegiada entre los estados, integrada por los titulares de los cinco grupos de dependencias estatales participantes, bajo la orientación de los gobernadores;
- Una instancia de *coordinación operativa* de los trabajos de planeación, de formulación y evaluación de proyectos, y de gestión de las acciones, integrada por funcionarios de dichas dependencias y de las dependencias federales asociadas;
- *Ejecutivos y equipos de proyectos*, con responsabilidades claras y el soporte administrativo necesario;

- Una *red de especialistas* que permita movilizar y articular el conocimiento experto disponible en torno a los proyectos estratégicos que se decida impulsar en la región.

- Un *fondo de financiamiento* que garantice la necesaria articulación y secuencia temporal de las acciones interestatales que se decida poner en marcha para la ejecución de la estrategia regional.

- Una *instancia consultiva* que permita la participación de representantes de distintos grupos sociales en la orientación y formulación de la estrategia y de las acciones asociadas, y la consolidación de un amplio respaldo político para el proceso.

En el diseño del mecanismo se consideran los siguientes criterios:

Complementariedad. El mecanismo regional no pretende sustituir las estructuras de gobierno estatales. En el marco de un renovado Federalismo, tiene fundamentalmente una lógica de asociación. Sus funciones serán las que le asignen o deleguen las entidades federativas, de común acuerdo.

Confianza. Su integración depende de la consolidación de valores y proyectos compartidos, y de una confianza recíproca en la buena intención y compromiso de los participantes.

Aprovechamiento de motivaciones e intereses de acción regional. En una estrategia de ruptura (*breakthrough strategy*) se busca iniciar la construcción del mecanismo a partir de los consensos y motivaciones asociativas de los distintos grupos involucrados, para el impulso de proyectos concretos.

Gradualidad. El diseño y consolidación del mecanismo regional se aborda en forma gradual, a partir de la experiencia de interacción de los grupos y la formación de hábitos de trabajo conjunto. Una vez definidas y probadas en la práctica las funciones de los grupos y las reglas de coordinación y gestión conjunta,

podrá avanzarse hacia la institucionalización formal de dicho mecanismo, mediante la suscripción de un acuerdo interestatal y la creación, en su caso, de alguna estructura técnica de apoyo.

Flexibilidad. Las formas de organización creadas deben poder adaptarse con agilidad para absorber los ajustes requeridos por la práctica de trabajo conjunto.

Liderazgos. El impulso del proceso de asociación entre los estados se impulsa con base en líderes de grupo identificados por su interés, su visión y su capacidad técnica.

La construcción del mecanismo se aborda mediante tres procedimientos complementarios:

- La realización de reuniones, talleres y encuentros, que permitan el contacto personal, el trabajo conjunto, la formación de una relación personal, de camaradería y de confianza, y de un lenguaje común entre los grupos de trabajo;
- La formalización gradual de las reglas de operación resultantes de la práctica de trabajo conjunto;
- La consolidación gradual de redes que permitan intercambiar y difundir la información relativa al proceso de planeación participativa y a sus productos.

Se espera que el mecanismo de gestión regional quede conformado al completarse exitosamente las siguientes fases de formación y articulación de los grupos participantes:

El contexto nacional

Entidad	Población	Superficie		Población	
		%	km ²	%	urbana
Aguascalientes	862,720	4.00%	5,471	1.50%	77%
Querétaro	1,250,000	5.90%	11,449	3.20%	60%
Colima	488,028	2.30%	5,191	1.50%	83%
Guanajuato	4,406,568	20.70%	30,491	8.50%	63%
Jalisco	5,991,176	28.10%	80,836	22.70%	82%
Subtotal		61.00%		37.40%	73%
Michoacán	3,870,604	18.20%	59,928	16.80%	62%
Nayarit	896,702	4.20%	26,979	7.60%	62%
San Luis Potosí	2,200,763	10.30%	63,068	17.70%	55%
Zacatecas	1,336,496	6.30%	73,252	20.50%	46%
Subtotal		39.00%		62.60%	58%
Total región	21,303,533	100%	356,665	100%	67%

Retrato sociourbano de Tepatitlán: producción de suelo urbano y vivienda 1968-1991¹

Luis Felipe Cabrales Barajas
Universidad de Guadalajara

La región alteña jalisciense ha sufrido grandes transformaciones durante las tres últimas décadas. Una de las más importantes es la hegemonía que han adquirido sus pequeñas ciudades como escenarios de acumulación de capital.

Los cambios experimentados en la región a través de su articulación con el exterior, operadas mediante la mejoría de las comunicaciones, así como su especialización agroindustrial, manufacturera y comercial han transformado el papel de la ciudad y a la ciudad misma.

Tepatitlán de Morelos, que en 1990 contaba con 54,036 habitantes es un centro que ejemplifica estas transformaciones. Como resultado de los nuevos procesos económicos la pequeña urbe se ha expandido vertiginosamente, por lo que la urbanización reciente no significa una simple prolongación de la ciudad preexistente, sino la irrupción de un nuevo ciclo de vida urbana.

El suelo urbano y/o urbanizable adquiere categoría de mercancía altamente cotizada y por tanto, sujeto a patrones especulativos acentuados por los ingresos que supone la migración hacia Estados Unidos, parte de los cuales tienen un refugio en el mercado inmobiliario local.

1. Texto originalmente publicado bajo el título "Retrato sociourbano de Tepatitlán de Morelos". *Primer Simposium Los Altos de Jalisco al fin de siglo*. Tepatitlán de Morelos: CUALTOS-Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, pp. 117-126.

Todo esto ha propiciado que entre 1968 y 1991 la ciudad haya producido el 70% de su superficie. Pero no sólo eso, la urbanización tepatitlense ha arraigado un modelo excesivamente segregado de ciudad que desmiente la visión de una sociedad próspera en la que la pobreza resulta ajena a la identidad local.

El realizar una lectura sociourbana de la ciudad es un ejercicio que permite involucrar a los sujetos históricos y al propio territorio. Esta postura se deriva de la insatisfacción que provoca la fría estadística coyuntural desprovista de referentes espaciales. En cambio, el territorio no miente ya que condensa procesos temporales y materializa las variadas formas de usar la tierra y de apropiársela.

Mediante la identificación de submercados diferenciales en la producción de suelo y vivienda realizamos una radiografía sociourbana de Tepatitlán de Morelos, misma que demanda la definición de algunas categorías básicas:

Autoconstrucción: vivienda unitaria levantada mediante la fuerza de trabajo del usuario final, quien ejerce el control económico y técnico de la producción. Se trata de un mecanismo de autosuministro de vivienda motivado por el valor de uso.

Por encargo: cuando el usuario final ejerce el control económico y contrata a un constructor profesional (persona o empresa) para desarrollar el control técnico de la obra; los diseños arquitectónicos suelen ser unitarios y de buena calidad.

Privada terminada: las viviendas se construyen en serie, generalmente bajo un diseño arquitectónico estandarizado. El constructor suele ser una persona o empresa profesional; el libre mercado rige el comportamiento de la producción de este tipo de vivienda, que normalmente cuenta con créditos bancarios.

Oficial: vivienda generalmente construida por una empresa privada a través de un contrato con el estado que interviene

desvalorizando el capital a través de diversos mecanismos (subvenciones, cesión de suelo público, etc.). La asignación de las viviendas es también controlada por el estado. En México el INFONAVIT constituye el ejemplo clásico de intervención oficial en el tema de la vivienda.

Una lectura complementaria para entender mejor las diferencias entre ambas categorías: la autoconstrucción genera viviendas precarias de avance progresivo que pueden calificarse como vivienda popular. La urbanización en esas unidades resulta deficitaria, aunque se observa una paulatina mejoría al transcurrir de los años. Tradicionalmente el estado ha aplicado políticas asistencialistas en este tipo de asentamientos.

La vivienda oficial puede considerarse un paso intermedio entre la clase pobre y la clase intermedia; en el caso de la vivienda autoconstruida sus protagonistas generalmente no son asalariados, y por tanto están excluidos como sujetos de crédito, mientras que en la oficial sus adquirientes gozan de un sueldo fijo. La vivienda oficial casi siempre genera casas pequeñas, instaladas en fraccionamientos con obras completas de urbanización. El problema estriba en que las casas ofrecen muy poco grado de libertad para ser ampliadas y mejoradas, con el tiempo muestran la degradación: a la vez que envejecen las viviendas oficiales se van consolidando las de autoconstrucción.

La vivienda de promoción privada se asocia a la clase media y media-alta. Suele ser de mayor calidad y dimensiones que la vivienda oficial. El mecanismo de comercialización garantiza que los demandantes de estas viviendas tengan solvencia económica. Normalmente se asientan sobre lugares en los que han sido resueltos los espacios públicos.

La burguesía suele acudir al mecanismo de promoción por encargo, aunque también es utilizado por la clase media; no

obstante, el clásico modelo corresponde a la vivienda opulenta que mediante el lenguaje arquitectónico y las bajas densidades intenta distinguir el estatus social de sus habitantes.

Las tipologías de producción de viviendas constituyen categorías de análisis que permiten leer diferencias intraurbanas y también procesos evolutivos: la autoconstrucción y la promoción por encargo encuentran mayores estímulos en etapas de crisis, debido a que funcionan a pequeña escala (producción unitaria individualizada) y casi nunca dependen de créditos externos o estos no son a escala masiva. Consecuentemente se favorece la polarización social de la vivienda debido a que las categorías “intermedias”, es decir, la vivienda privada terminada y la vivienda oficial se topan con obstáculos financieros que impiden su avance debido a que se trata de una producción en serie que resiente los embates negativos de la economía.

Las diversas formas de producir están involuntariamente asociadas a manera de vasos comunicantes, lo que ocurre con alguna de las formas repercute en el resto. Así por ejemplo la incorporación de suelo “formal” para producir vivienda por encargo o privada eleva el costo del suelo, lo que favorece al desarrollo de un mercado paralelo e informal, donde generalmente florece la autoconstrucción.

Un efecto contrario lo produce –aunque limitadamente– la oferta de vivienda oficial; en tanto no está regida completamente por las leyes del mercado puede actuar como un regulador de los precios de los bienes raíces.

Una vez conocidas las categorías de análisis, ponemos a prueba su aplicación en Tepatitlán de Morelos. Fueron identificadas 58 unidades urbanas: quince de autoconstrucción, diecinueve de promoción por encargo, cuatro de vivienda privada terminada y una oficial. En seis unidades se descubrió que sobre una bolsa original de suelo se mezclan dos tipologías, a las que denominamos

mixtas. También se inventariaron trece unidades en que existe *gestión de suelo*, pero todavía estaban sin construcción.

En conjunto estas unidades han consumido 452 hectáreas y alojaban en el año 1991 a 19,359 personas de las 55,717 existentes en la ciudad: dos tercios de la superficie alojan a un tercio de la población, primer indicio de la subutilización de los espacios que bordean a Tepatitlán.

La confirmación a ese modelo embrionario de urbanización lo aporta el índice de ocupación: de cada cien lotes incorporados al mercado, únicamente 34 presentaron proceso constructivo, lo que permite suponer un importante proceso especulativo y la imposición de valores de cambio sobre los valores de uso: la lógica es abrir mucho suelo y ocupar poco.

La producción reciente de espacio urbano en Tepatitlán de Morelos

Tepatitlán de Morelos se emplaza sobre un plano inclinado, en torno al río Tepatitlán. La parte central se ubica a 1,815 m de altitud, mientras que la parte más elevada, que coincide con el emplazamiento del fraccionamiento La Hacienda (1,900 msnm) y la parte más baja con los fraccionamientos Aguilillas y Cuatro Caminos (1,740 msnm) lo que supone un desnivel de 160 metros.

Las características ecológicas inciden sobre la valoración del suelo: la agricultura tiene limitaciones debido a la pobreza de los suelos, no obstante que la precipitación es favorable (manifiesta un promedio anual de 910 mm). La agricultura de temporal es una de las más desarrolladas en el entorno, mediante el cultivo principalmente de maíz.

Las zonas más llenas exhiben aprovechamientos agrícolas, pero las presiones inmobiliarias siempre se imponen y el suelo

rústico llega a ser codiciado para usos urbanos, multiplicando exponencialmente la rentabilidad económica del suelo.

La avicultura es en todo caso la actividad que "compite" por el uso del suelo; Tepatitlán está rodeada de casetas de cría de aves que en algunos casos han generado conflictos ambientales dada su incompatibilidad con los asentamientos humanos.

El modelo de propiedad de la tierra se muestra en toda su pureza: la ciudad está rodeada por una fina red de pequeñas propiedades, norma que supone ausencia de suelo ejidal.

Esta singularidad, aunada a la tolerancia de los instrumentos de gestión urbana han propiciado que mediante el mecanismo de precios diferenciales la ciudad se vaya extendiendo de manera discontinua, dejando de por medio espacios intersticiales que en una fase posterior tienden a revalorarse.

El patrón de distribución resulta muy disperso, de hecho cuesta localizar agrupamiento de unidades, la mayor parte reflejan una sensación de aislamiento y de desconexión física con la zona central consolidada por lo que estamos ante una periferia poco vertebrada.

La autoconstrucción

La autoconstrucción se ha convertido en la principal forma de edificar en la ciudad. Ha generado el 45.65% de las viviendas de la "ciudad nueva" y ha consumido el 31.68% del suelo, distribuido en quince fraccionamientos, mismos que han dado cabida a 3,745 parcelas urbanas y a 1,927 casas.

Aunque existe mucha dispersión en cuanto al tamaño de las promociones, éstas presentan un promedio de 9.54 hectáreas. El tamaño de las parcelas individuales oscila entre los 129 y los 350 m², la media es de 222 m².

Por ser una tipología de aparición temprana (finales de los años sesenta), se explica un índice de ocupación de 51.50, alto

en comparación con el índice general que observa la periferia tepatitlense. El ritmo de incorporación se ha mantenido constante a lo largo del tiempo, aunque se nota la ausencia de nuevas promociones entre 1989 y 1991.

Al hacer el inventario de viviendas encontramos que el 64.3% de ellas estaban terminadas, lo que expresa la vitalidad del fenómeno pues supone que casi un tercio de las fincas eran objeto de actividad constructiva. Las casas terminadas experimentaron el proceso autoconstructivo en un período que oscila entre los cinco y los quince años.

Excepto en Nueva España y Aguillillas, donde se observa un predominio de viviendas de dos plantas, en el resto se impone el modelo de casas bajas, aunque el mecanismo otorga un alto grado de libertad para levantar posteriormente otro nivel.

La autoconstrucción tepatitlense da alojamiento a 9,583 habitantes (el 51% de nuestro universo), manifestando una densidad de población de 68.8 personas por hectárea, que a pesar de superar la media observada en la periferia (42.8 habitantes por hectárea), resulta ser la más baja, después de la promoción por encargo.

La encuesta permitió estimar un índice de hacinamiento (habitantes por cuarto) de 2.6, así como un promedio de 6.3 habitantes por unidad doméstica. El movimiento migratorio más frecuente en los hogares resultó ser el rancho-ciudad (65%), seguido de la experiencia migratoria a Estados Unidos (44%). Por último están la interurbana regional (22%) y la urbana-urbana (15%).²

2. El inventario de viviendas se hizo mediante registros visuales, mientras que el contenido social de la urbanización se captó mediante un muestreo aleatorio por conglomerados, mismo que permitió conservar la representatividad estadística y territorial de las diversas piezas de la

Los contingentes de personas que emigran desde el rancho, encuentran en la ciudad, condiciones para incorporarse a actividades que se apoyan en la precariedad laboral y sustituyen la escasez de capital mediante el uso intensivo de mano de obra poco calificada.

La estructura laboral da cuenta de lo dicho: la muestra permitió identificar 118 trabajadores, los oficios más frecuentes resultaron ser los “empleados” (18%), principalmente en agroindustrias, comercio o servicios. En segundo lugar se sitúan los albañiles (16%), las empleadas domésticas (5%), los agricultores (4.2%), obreros (4.2%) y bordadoras (3%). Este cuadro social deja ver un importante peso de empleos inestables y en algunos casos subterráneos.

Los procesos autoconstructivos se ven apoyados por la aparición de una oferta de suelo barato que se adapta a la “insolencia” de la población y por lo tanto, contribuye a arraigar a la gente en la ciudad.

Resulta interesante observar que el 43% de los hogares estuvieron en la zona central de Tepatitlán, lo que refleja una realidad: el proceso de expulsión de las zonas consolidadas debido a cambios de usos del suelo. Al encarecimiento de alquileres, y a la oportunidad que la autoconstrucción facilita el convertirse en propietarios ya que muchas familias llegaron a la ciudad para alquilar casa.³

ciudad. Se levantaron encuestas en 110 hogares, lo que permitió conocer los principales procesos sociourbanos de nuestro interés.

3. No debe perderse de vista que otra causa que explica la movilidad centro-periferia es el matrimonio, por lo que se trata de un nuevo hogar más que de un traslado.

La experiencia de vivir en zonas centrales seguramente permitió adentrarse en las redes laborales y enterarse de la venta de terrenos baratos en la periferia.

La motivación para convertirse en propietarios en la periferia (independientemente de la tipología) puede ser confirmada con la ayuda de los datos censales. Según cifras de 1990 (INEGI), la ciudad de Tepatitlán tenía 10,195 casas habitadas, 5,486 de ellas en régimen de propiedad; esto se traduce en un porcentaje de 53.8. En nuestro universo de estudio encontramos que de cada cien casas, noventa estaban ocupadas por sus propietarios,⁴ lo que permite inferir que la mayor parte de las casas de alquiler se encuentran confinadas en las zonas céntricas.

Adicionalmente a la posibilidad de acceder a la propiedad, los nuevos espacios permiten la reproducción de códigos rurales; una ciudad pequeña como Tepatitlán de Morelos no resultan tan disonante a sus valores y expectativas, por lo que se convierte en un mecanismo natural para insertarse en la ciudad.

La falta de “urbanidad” de los espacios de autoconstrucción permite seguir desarrollando residualmente actividades agropecuarias. En el 20% de los hogares visitados se pudo comprobar la pervivencia de actividades rurales, ya sea al interior de la casa o su entorno. La combinación de usos habitacionales y productivos dentro de una misma finca se encontró en el 7% de los casos.

El nuevo escenario permite además que los miembros más jóvenes de la familia accedan a la educación. Es notoria la diferencia generacional; mientras que las personas mayores no recibieron instrucción o la vieron truncada, sus hijos (o nietos) por lo general asisten a la escuela.

4. Tal como quedó explicado en la metodología, en los casos en los que los moradores no eran propietarios, no se levantó encuesta dada la imposibilidad de poder construir el mecanismo de acceso a la vivienda.

Para comprender los procesos conviene recordar que estamos ante familias numerosas. Los hogares oscilan entre cinco y siete miembros, aunque es común que algunos permanezcan en el campo o vivan en Estados Unidos, por lo que no están contabilizados.

El tema de la dotación de servicios se refiere a 1991; se trata de una foto fija y exige tener presente que aunque los ritmos son imprevisibles, existe una evolución permanente que supone la solución de muchas de las demandas, pero al mismo tiempo están apareciendo nuevas necesidades básicas en otros espacios.

En los asentamientos de autoconstrucción tepatitlense los temas mejor resueltos se relacionan con la distribución de agua y energía eléctrica. En cambio la red de alcantarillado estaba incompleta o no existía, esto en siete de los quince fraccionamientos. Las calles mejor resueltas tenían empedrado, mientras que aproximadamente un tercio eran de tierra desnuda.

El servicio de recolección de basura resultó estar presente en trece de los quince fraccionamientos, aunque con una frecuencia de dos o tres días por semana. El transporte urbano sólo atendía directamente (es decir, dentro del propio fraccionamiento) a cuatro de las quince unidades. El valor catastral del suelo, era en promedio en 1990 de 7,245 pesos el m², el más reducido de las tipologías que estamos analizando.

Uno de los ejemplos más representativos de la autoconstrucción es la colonia Aguilillas, la más grande de la ciudad, con 45 hectáreas. En vista de que Aguilillas aglutina al 33% de la población representativa de la autoconstrucción (3,262 personas), profundizaremos un poco en ella.

El suelo de Aguilillas fue incorporado a la urbanización al margen de la ley a finales de los años sesenta y a partir de 1979 inician las gestiones para su regulación.

El ritmo de incorporación ha sido lento; hasta principios de los años noventa Aguilillas mantenía una infradotación de servicios públicos y obras de urbanización. La gran cantidad de predios (978), su categorización simbólica como “fraccionamiento de pobres”, el incremento de precios del suelo y la competencia que surge al abrirse nuevos espacios explica que todavía haya terrenos disponibles, dos décadas después de iniciar la comercialización.

Incluso se ha producido el relevo generacional, Francisco Flores Hernández, el mercader original murió y fue relevado por su hijo, no obstante la mayor parte de predios ofertados responden a reventa; abundan los rudimentarios carteles de “se vende”, lo cual aporta evidencias de inserción de valores de cambio en un suelo mediante la permisividad legal y la paciente espera ha podido plusvalorizarse.

El predio típico en Aguilillas mide diez metros de frente por 35 de fondo; los autoconstructores se encuentran con un espacio muy noble para satisfacer sus necesidades.

La mitad de los hogares muestreados en Aguilillas permitió comprobar experiencia migratoria a Estados Unidos. En cuanto a la financiación del terreno y/o vivienda mediante los dólares del “norte”, éste se presenta en un 26% de las casas. La diferencia en proporciones permite comprobar que la manutención ocupa un peso muy fuerte como destino de las ganancias obtenidas en el vecino país.

En el 75% de los hogares de Aguilillas fueron identificados procesos de migración ranchera, lo que permite visualizar una triangulación entre el ámbito rural, la ciudad alteña y Estados Unidos.

Para completar el cuadro de imágenes de la autoconstrucción, conviene hacer referencia a uno de los agentes más involucrados. Nadie mejor que Joel Mendoza personifica al promotor pirata e ilegal que sienta las bases para ofrecer suelo de autoconstrucción. Además de intervenir en dos unidades de promoción por encargo

(Comarcas Francesas y Lomas de Tepatitlán), el Sr. Mendoza fue el artífice de cinco de los quince fraccionamientos autoconstruidos;⁵ en términos de superficie significa que una sola persona fue responsable de la incorporación del 13% del suelo de autoconstrucción.

Su estrategia consistió en comprar suelo rústico alejado del centro; luego parcelar y vender clandestinamente, lo que aclara la escasez de documentación. Aunque existieron intentos de regularización, el promotor terminó esfumándose y convirtiéndose en un mito.

Diversas personas sitúan el origen del Sr. Mendoza en Ciudad Guzmán. Arribó a Tepatitlán para incursionar en la avicultura, además de prestar servicios de contabilidad en una empresa distribuidora de cerveza. Canalizó su espíritu comercial vendiendo suelo "a la brava", lo que le acarrió problemas. Se desconoce su paradero; algunas personas afirman que actualmente reside en Guatemala.

Este promotor tuvo tanta influencia, al grado de haber sido incorporado a la crónica literaria local. En su *Tierra Roja*, Gallegos⁶ afirma que, "Tepatitlán le debe más a Joel Mendoza que al INFONAVIT, porque si éste no ha construido casas aquí, Joel tampoco, pero en cambio ha vendido centenares de lotes en llanuras, cerros y lomeríos; todo a solicitud de su numerosa clientela, que se los paga 'a como vaya pudiendo', según la expresión de Joel".

5. Llama la atención conocer los nombres idílicos con que se bautiza a la precariedad urbana: Campos Elíseos, Loma Bonita, Loma Linda, El Pedregal y La Gloria. En el caso de El Pedregal puede responder a que efectivamente la promoción esta sobre un entorno rocoso, o bien hacer referencia a una lujosa urbanización de la ciudad de México. La Gloria deriva su nombre de la finca rural que existió donde ahora se encuentran varios fraccionamientos del oeste de la ciudad.

6. Tepatitlán de Morelos: Consejo de Cronistas de Tepatitlán, 1986, p. 205.

Este ejemplo ilustra la permisividad urbana y la falta de controles a la urbanización, aunque también supone el acceso a suelo barato para la población insolvente. Sin embargo, el desorden desencadenado por la dispersión y la carencia de servicios parece ser un precio que se paga caro.

La promoción por encargo

Se extiende sobre el 34.01% del suelo producido y aloja al 30.52% de los lotes. Representa al 25.89% de las casas y al 20.83% de la población de nuestro universo (4,033 personas).

Esas diferencias porcentuales explican que presente la densidad de población más baja: apenas llega a 26.3 habitantes por hectárea, lo cual confirma la gran capacidad de esta tipología para consumir suelo.

El número de personas por cuarto es de 1.7, mientras que los habitantes por vivienda resultó de 6.1; esto último muy similar a lo observado en la autoconstrucción, lo que invita a pensar que las diferencias están señaladas más por la calidad de la vivienda que por la capacidad para consumir espacio. Las disimilitudes de precio permiten a los autoconstructores adquirir buenas superficies de suelo barato pero con muy poco avance urbanizador.

Inclusive, se observa que el tamaño promedio de las parcelas sobre las que se edifican las viviendas por encargo es de 182.25 m² –menor que en la autoconstrucción–, situación que se deriva del costo que implica la preparación de obras de urbanización.

La promoción por encargo está representada en diecinueve fraccionamientos que, aunque muy dispares en cuanto a superficie, ronda el promedio de siete hectáreas. Uno de los primeros ejemplos es el de San Antonio El Alto, que en 1976 iniciaría el proceso de desdoblamiento residencial hacia el poniente, aunque contiguo a la ciudad preexistente. En 1991 alojaba a 1,490 habitantes, es

decir, el 37% de la gente que reside en viviendas que responden a esa tipología.

En esta tipología la ociosidad del suelo es mayor que en la autoconstrucción. El índice de ocupación apenas llega a 29 y únicamente el 50.7% de las casas estaban terminadas en 1991, en tanto que el 39.8% de las casas permanecían deshabitadas. Esta última cifra se explica principalmente porque en la promoción por encargo es poco común que la gente viva en las casas al momento en que se están construyendo, práctica muy frecuente en la autoconstrucción.

La limitación que imponen el tamaño de los predios, así como el nivel de ingresos de la población involucrada en el proceso y la intervención de arquitectos, puede explicar que se presente un modelo mixto en cuanto a alturas ya que están representados tanto los fraccionamientos con casas de una planta como los de dos.

Un caso importante y singular de promoción de suelo para alojar casas por encargo es el de los fraccionamientos Jardines de la Rivera, Jardines del Rosal, Sierra Hermosa "B" y Sierra Hermosa "C". Dada su vecindad, los tres últimos forman un conjunto ubicado al este de la ciudad.

Las gestiones se realizaron mediante la Sociedad Cooperativa Luz de la Tarde, que según algunos informantes se crea entorno a un cura de apellido Rivera, que luego es adoptado en una de las promociones. A pesar de que Jardines de la Rivera fue el más tardío, presentaba una dinámica constructiva muy superior al resto. La cooperativa es responsable de la incorporación del 31.22% del suelo de la tipología por encargo.

En lo que respecta a los procesos sociales, encontramos que el 29% de los hogares que representan la promoción por encargo han estado involucrados en la migración a los Estados Unidos y el 25% de las casas fueron financiadas total o parcialmente mediante los ingresos obtenidos en el vecino país.

La migración ranchera se presenta en el 29% de las casas, mientras que la interurbana regional esta presente en el 25% y la urbana-urbana en el 18% de la muestra.

La estructura de empleos deja notar la presencia de gente con formación profesional; aparecen ingenieros, arquitectos, contadores, "gerentes", al lado de albañiles, comerciantes, obreros, herreros, secretarías y ganaderos. La muestra de 44 trabajadores no delata concentraciones en algún oficio o tipo de empleo, pero sí se observa un modelo mixto en el que se mezclan oficios tradicionales al lado de trabajadores con mayor preparación profesional, algunos pocos de "cuello blanco".

Las obras de urbanización y las redes de servicio casi están cubiertas al 100%, aunque hay algunas carencias. La situación más deficitaria se presenta en los viarios; algunos no tienen cubierta, lo que refleja situaciones de irregularidad en el proceso de incorporación del suelo a la urbanización. Más de la mitad de los fraccionamientos no tienen servicio de transporte urbano, aunque aquí es elevado el índice de motorización privada.

El suelo de promoción por encargo es el que alcanza valores catastrales más elevados, situados en un promedio de 13,128 pesos por m² en el año 1990, casi duplica el valor del de autoconstrucción. No obstante, el primer cuadro de la ciudad adquiere valores cinco veces mayores.

Son precisamente dos unidades que alojan las viviendas por encargo las que han recibido una clasificación urbanística oficial más alta: Hacienda la Gloria y Paseo de las Lomas, consideradas como promociones habitacionales "tipo medio".⁷ Este último

7. El Club Residencial La Hacienda que tenemos clasificado "sin construcción", también adquirió esa categoría.

cuenta con buenas obras de urbanización, pero apenas alojaba a 32 habitantes distribuidos en ocho casas.

Otro ejemplo emblemático de esta promoción es Colonial Española, que mediante sus accesos controlados, alta calidad ambiental y arrogancia arquitectónica logra permear nuevos elementos simbólicos a partir de 1982.

La promoción de vivienda privada terminada

Se trata de una tipología tímidamente representada. Cubre el 2.24% de la superficie de nuestro universo, únicamente ha generado el 3.06% de las casas construidas en cuatro unidades urbanas. El único fraccionamiento con uso efectivo resultó ser Las Hadas, puesto que los otros tres estaban en construcción. Eso explica que el porcentaje de viviendas terminadas fuera de apenas 13.2 y el número de habitantes de 63, distribuidos en nueve casas, mientras que las restantes once estaban todavía sin moradores.

Situamos el antecedente de esta promoción en Jardines de Tepa que constituye un hito histórico local: se observa una clara intención modernizadora mediante la urbanización que escapa por primera vez (fuera de la autoconstrucción) a las ataduras que imponía el centro. Se buscó un emplazamiento exterior e imitar el modelo urbano de Guadalajara, que por aquellos años estaba en su apogeo: la vivienda privada terminada generó espacios de buena calidad para la clase media tapatía en ascenso.

Los promotores combinan la estrategia de vender casas y dejar suelo para posteriormente comercializarlo, lo que supuso una filtración importante de viviendas por encargo, motivo por el cual lo clasificamos como mixto, pero de cualquier forma constituye el ejemplo más remoto y representativo de la promoción de vivienda privada terminada.

Esta tipología ha transitado por varias fases. Desde la promoción de casas unifamiliares (de 175 m²) en Jardines de Tepa, a la oferta de viviendas de 140 m² en Las Hadas. En ambas unidades se construye sólo un sector y se dejan parcelas vacantes, respuesta a la necesidad de capitalización o simple prueba para conocer cómo responde el mercado. En Las Hadas se comenzó con diez fincas, cuando el suelo incorporado tiene espacio para 62.

Estas promociones representan también una “profesionalización” de los promotores y de las estrategias comercializadoras mediante mensajes publicitarios, así como la incursión bancaria en la financiación de las promociones. Las Hadas involucra principalmente a promotores locales que operan en varios fraccionamientos.

La aparición de edificación en altura constituye el último capítulo de la promoción de vivienda privada terminada. Tanto en Condominio La Gloria como en Santa María están vinculados agentes profesionales de extracción local.

Caso aparte es Los Sauces, conjunto en construcción completamente dislocado de la ciudad (a 3.5 km), en el que se involucran agentes de Guadalajara.

La falta de representatividad derivada del reducido número de viviendas habitadas de promoción privada justifica la falta de información social de esta tipología.

La promoción de vivienda oficial

La vivienda oficial resulta marginalmente representada en Tepatitlán. Al momento de hacer el inventario sólo existía el fraccionamiento El Tablón, que cubre el 1.11% del suelo periférico, con una ocupación de 92.7%. Este hecho delata la escasa acción pública para ofertar vivienda en ciudades pequeñas.

La vivienda de promoción oficial ha generado el 5.38% de las casas. El Tablón aloja a 1,390 personas (7.18% de nuestro universo), en un conjunto de 227 viviendas construidas en 1990.

Por su densidad de población, se coloca a la cabeza: 277.5 habitantes por hectárea, con un hacinamiento de dos habitantes por cuarto y 6.3 habitantes por casa.

En la promoción oficial, las obras de urbanización y servicios están resueltos, aunque es notoria la ausencia de una calle de acceso bien urbanizada, más aún considerando que El Tablón está aislado de la ciudad central. Las restricciones legales para hacer usos distintos a los habitacionales ha contribuido para que el vecino fraccionamiento autoconstruido de San Gabriel extienda sobre El Tablón su función en el comercio barrial a pequeña escala, pero aún así se encontraron usos habitacionales combinados con productivos en ambos casos, pequeños comercios.

En el 17% de los hogares de la muestra levantada de El Tablón se detectó experiencia migratoria a Estados Unidos. El mecanismo crediticio de acceso implica que los demandantes sean trabajadores asalariados con un "empleo formal", lo que explica que la migración al vecino país no contribuyó en la financiación de la vivienda.

En el 33% de la muestra se manifestó migración ranchera a la ciudad, proporción idéntica para la interurbana regional. La migración urbana-urbana se presentó en un 17%. En el 67% de los casos se descubrió movilidad residencial del centro a la periferia. En vista de que para convertirse en sujeto de un crédito oficial se requiere no tener propiedades, se infiere que los habitantes de El Tablón alquilaban vivienda, aunque también puede tratarse de matrimonios recién formados.

Las unidades mixtas

Representada por seis unidades, la tipología mixta abarca el 7.87% de la superficie, con un índice de ocupación de 83.20 (el segundo más alto) y una producción del 20% de las residencias. Da cabida al 20.76% de la población de nuestro universo, monto muy similar a la promoción por encargo.

El tamaño medio de los fraccionamientos es de seis hectáreas y la superficie media de las 1,012 parcelas urbanas es de 174 m², también similar a la de la promoción por encargo.

El paisaje generado por estas unidades muestra realidades opuestas; en todos los casos (excepto Jardines de Tepa) vemos una mezcla de autoconstrucción y de por encargo, que a pesar de representar niveles de ingresos diferentes, están hermanadas por su afán de escapar al mercado estandarizado de vivienda: ambas tipologías generan actuaciones unitarias. Existe una mezcla de viviendas de una y dos plantas, aunque en términos estadísticos predominan las de una.

La realidad constatada permite afirmar que existen promociones por encargo que no llegan a ser opulentas y representan a la población en pleno ascenso social que mediante un lenguaje arquitectónico "moderno" y la contratación de un agente profesional para que le edifique la casa, intenta reflejar su estatus.

La promoción mixta más grande (13.2 hectáreas) es Jardines de Tepa a la cual nos referimos anteriormente. Otro ejemplo, aunque en versión pobre es San Miguel. Promoción de 5.3 hectáreas y que representa bien esa dicotomía entre la autoconstrucción y la promoción por encargo de regular calidad.

Todas las unidades proceden de finales de los años setenta y principios de los ochenta. De las 842 casas inventariadas, únicamente 56.4 estaban terminadas, lo que refleja la falta de consolidación del parque inmobiliario, pero también de las obras de urbanización.

Aunque las redes de abasto de agua y desecho estaban casi completas, se notaba un déficit importante en el viario. Fuera de Jardines de Tepa que cuenta con calles cubiertas de hormigón, el resto tiene empedrados de regular o mala calidad.

La muestra levantada permitió estimar un hacinamiento de 1.7 habitantes por cuarto y 5.6 moradores por vivienda. Un tercio de los hogares ha experimentado en alguno de sus miembros la migración a Estados Unidos, aspecto que se refleja en la financiación de las residencias: el 24% fueron total o parcialmente apoyadas por ese recurso. La migración ranchera a la ciudad está presente en el 52% de los hogares. Al igual que en las tipologías “puras” hay un fuerte proceso de movilidad residencial del centro a la periferia: en el 62% se identificó dicha trayectoria.

En la estructura laboral se nota un nivel intermedio de profesionalización; predominan los empleados (en agroindustria, comercio y servicios), con un 18%, los comerciantes con un 12% y los profesores con 9%, todo esto de una muestra de 33 trabajadores.

El suelo alcanza valores catastrales que en promedio se ubican (en 1990) en los 10,208 pesos por m², así que únicamente es superado por el suelo que alberga a la promoción por encargo.

Las unidades sin construcción

Los fraccionamientos baldíos ocupan el 26.74% del suelo, lo que refleja que la apertura de suelo siempre va muy por delante de la capacidad para construir viviendas. Estas promociones cuentan con 3,306 parcelas.⁸

8. No se incluyen en la cifra las parcelas de El Mirador, San Francisco y Los Viveros debido a la insuficiencia de información documental y evidencia materiales. A pesar de haber encontrado antecedentes de algunas gestiones, esas unidades mostraron poca evolución.

Se trata de trece unidades que consumen 120.87 hectáreas, lo que da un promedio de 9.29 hectáreas por unidad. Lo más sorprendente es que algunas promociones tenían más de quince años (como Jardines de Tepa II) y no han visto avanzar el proceso de ocupación.

Siempre se detectan fenómenos de ilegalidad o de incumplimiento de las normas, o posibles fraudes. Otra causa es que la unidad estaba siendo preparada con las obras de urbanización y se encontraba en fase de comercialización, como Club Residencial La Hacienda que lanza una “agresiva” campaña publicitaria bajo el eslogan “un privilegio a la altura de Los Altos”.

Al igual que el grado de avance de las gestiones, existen muchas diferencias en cuanto a la dotación de obras de urbanización y servicios; así por ejemplo, Cuatro Caminos cuenta con las redes de servicios y calles pavimentadas pero permanecía sin proceso constructivo. La susceptibilidad a las inundaciones seguramente ha influido en su abandono, los tepatitlenses irónicamente han rebautizado al fraccionamiento como “cuatro canoas”.

La falta de asignación de valores comerciales en los fraccionamientos sin construcción (excepto en Jardines de Tepa II y Noroeste de Tepa) prueba el poco avance en las gestiones de urbanización y/o la incipiente fase de incorporación del suelo al mercado.

A manera de conclusión

La última fase de urbanización tepatitlense da cuenta de un espacio abierto a las diferencias formales y sociales. Durante las tres últimas décadas se ha producido un reacomodo espacial de la segregación social y residencial. Si anteriormente la vivienda se jerarquizaba socialmente por la calidad de la casa y su centralidad, ahora ha cambiado de escala, se vive en un barrio rico o en uno pobre.

La autoconstrucción se ha arraigado como la principal forma de hacer ciudad. Los principales procesos detectados fueron el

éxodo desde los ranchos hacia Tepatitlán⁹ y la migración hacia Estados Unidos. En torno a ese triple escenario giran ciertos procesos en que la principal novedad quizá sea la consolidación de la ciudad alteña como centro de gravedad que permite organizar la vida y aspiraciones de la gente del campo.

La escasez de vivienda para clases medias (privada terminada y oficial) comprueba la consolidación de un mercado neoliberal y la poca intervención del estado, tanto para producir vivienda como para ejecutar acciones efectivas de ordenamiento urbano.

A nivel social se detecta la complementariedad familiar, conseguida mediante la incorporación de diferentes miembros a un mercado laboral que basa su rentabilidad en la intensidad del trabajo humano más que en la modernización tecnológica, por lo que se trata de un abaratamiento de la mano de obra.

La consolidación del modelo económico local, aunado a la capacidad de la ciudad para ofrecer servicios y la aparición de nuevos mecanismos para acceder al suelo han imantado a la ciudad pero también han desatado nuevos problemas.

El modelo “extrovertido” de crecimiento implica tal despilfarro del suelo, que la ciudad crece más deprisa que la capacidad financiera para resolver sus requerimientos, lo que constituye una manera de hipotecar el futuro.

La ciudad es ahora un escenario en que los alteños despliegan su ancestral afán por poseer tierra y para los capitalistas locales una nueva oportunidad para hacer negocios.

Martínez (1976) y Gándara (1976) documentaron hace años la capacidad adaptativa de las oligarquías alteñas para incursionar en las actividades que van siendo rentables. Nuestros registros de

9. La migración campo-ciudad tiene un radio de influencia de 21 kilómetros en promedio.

propietarios y promotores inmobiliarios nos permiten corroborar esa información; los empresarios agroindustriales alteños —que localmente son los capitalistas más poderosos— se han convertido en agentes inmobiliarios con las peculiaridades del caso.

El tamaño del mercado local y la demanda generada por lo migrantes dolarizados propicia una mayor atención a la mercantilización del suelo que a la producción de vivienda.

Las renovadas identidades de la sociedad tepatitlense hay que buscarlas también en las estrategias para hacer ciudad ya que, es ahí donde últimamente se ponen en práctica nuevas estrategias que están desatando procesos inéditos.

Aunque la tierra alteña sea pobre, representa un campo fértil de especulación e impone un reto a la sociedad local para romper las inercias que están generando un modelo urbano excesivamente segregado y anárquico.

Bibliografía

- Gallegos Franco, Francisco. *Tierra Roja, anecdotario alteño*. Tepatitlán de Morelos: Consejo de Cronistas de Tepatitlán, 1986.
- Gándara Mendoza, Leticia. “La evolución de una oligarquía: el caso de San Miguel el Alto, Jalisco”. *Política y Sociedad en México: el caso de Los Altos de Jalisco*. México: SEP-INAH, 1976, pp. 149-285.
- Martínez Saldaña, Tomás. “Formación y Transformación de una oligarquía: el caso de Arandas, Jalisco”. *Política y Sociedad en México: el caso de Los Altos de Jalisco*. México: SEP-INAH, 1976, pp. 17-147.

Cuadro 1
Tepatlán de Morelos, características de las unidades urbanas incorporadas entre 1968 y 1991

Entidad Federativa	Población	%	Superficie		Población urbana
			km 2	%	
Aguascalientes	862,720	4.00%	5,471	1.50%	77%
Querétaro	1,250,	5.90%	11,449	3.20%	60%
Colima	488,028	2.30%	5,191	1.50%	83%
Guanajuato	4,406,568	20.70%	30,491	8.50%	63%
Jalisco	5,991,176	28.10%	80,836	22.70%	82%
Subtotal		61.00%		37.40%	73%
Michoacán	3,870,604	18.20%	59,928	16.80%	62%
Nayarit	896,702	4.20%	26,979	7.60%	62%
San Luis Potosí	2,200,763	10.30%	63,068	17.70%	55%
Zacatecas	1,336,496	6.30%	73,252	20.50%	46%
Subtotal		39.00%		62.60%	58%
Total región	21,303,533	100%	356,665	100%	67%

Cuadro 2
Tepatlán de Morelos, características de las unidades urbanas incorporadas entre 1968 y 1991

Tipología de vivienda	Habitantes	Habitantes por hectárea	Habitantes por cuarto	Habitantes por vivienda
Por encargo	4033	26.3	1.7	6.1
Privada terminada	63	19	2.3	7
Oficial	1390	277.5	2	6.3
Mixto	4020	113	1.7	5.6
Total	19359	42.8	2.1	6.1

Cuadro 3
Tepatlán de Morelos, 1991.
Procesos sociourbanos detectados en la periferia

Tipología de vivienda	Muestra	Migración a Estados Unidos		Migración rancho-ciudad		Migración interurbana		Migración urbana-urbana	
		Número de hogares	%	Número de hogares	%	Número de hogares	%	Número de hogares	%
Autoconstrucción	54	24	44	35	65	12	22	8	15
Por encargo	28	8	29	8	29	7	25	5	18
Privada terminada	1	1	100	0	0	0	0	1	100
Oficial	6	1	17	2	33	2	33	1	17
Mixta	21	7	33	11	52	1	5	2	10
Sin construcción	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Total	110	41	37	56	51	22	20	17	15

Las políticas para el desarrollo de Tepatitlán de Morelos: moldes de amnesia y normas para la conquista ambiental

Miguel Ángel Casillas Báez
El Colegio de Jalisco

Introducción

La ciudad de Tepatitlán de Morelos, Jalisco, recibió su título como tal en 1883. El próximo año,¹ en septiembre, cumplirá un siglo y la quinta parte del segundo. Para lograr ese nombramiento seguramente que influyeron varios aspectos, como el crecimiento de la población durante el siglo XIX, de la mano de un factor religioso: la veneración al Señor de la Misericordia, cuyo santuario fue consagrado y abierto al culto público aún antes de terminada su construcción, en abril de 1852.

El sitio donde está emplazada la ciudad, esto es, el lugar que ocupa el centro de Tepatitlán en este siglo XXI, fue el fruto de una conquista silenciosa durante la segunda mitad del siglo XVIII. La razón era entonces muy sencilla, puesto que en este sitio donde se localizan “las primeras cuadras” de Tepatitlán—tierras que formaban parte del fundo legal en favor de los indígenas—, obtenía su abasto de agua tanto del río Tepatitlán como de una serie de manantiales superficiales que bien recuerdan incluso quienes fueron testigos de la vida en esta ciudad durante la primera mitad del siglo XX.

1. Este trabajo fue presentado en julio de 2002 en Tepatitlán, durante un foro que organizó la Universidad de Guadalajara y El Colegio de Jalisco para reflexionar sobre el desarrollo urbano de Tepatitlán de Morelos, Jal.

Cuadro 4
Tepatitlán de Morelos, 1991.
Procesos sociourbanos detectados en la periferia

Tipología de vivienda	Muestra	Financiación de vivienda por remesas de EUA		Presencia de economías rurales		Movilidad residencial	
		Número de hogares	%	Número de hogares	%	Número de hogares	%
Autoconstrucción	54	14	26	11	20	23	43
Por encargo	28	7	25	0	0	14	50
Privada terminada	1	0	0	0	0	1	100
Oficial	6	0	0	0	0	4	67
Mixta	21	5	24	1	5	13	62
Sin construcción	0	0	0	0	0	0	0
Total	110	26	24	12	11	55	50

Los españoles, que tenían bien puesto su objetivo de fundar pueblos a lo largo del camino entre Guadalajara y Lagos de Moreno, habían respetado durante el siglo XVII los lugares donde vivía la mermada población indígena de la región alteña. En las cercanías de Tepatitlán fundaron un poblado al que llamaron Villa de San José de Moctezuma y al que luego le pusieron el apellido del octavo gobernador de la Nueva Galicia, José de Bazarte y Lorenzana. Adujeron para fundar ese pueblo que era necesario un lugar en esta parte del camino en

el que los viajeros tengan un pueblo de españoles donde hospedarse y curarse si vienen enfermos y viajen por camino recto que viene de Zapotlán [Zapotlanejo] sale para Acatic y ahí se encaminaría vía recta para la Venta [Valle de Guadalupe] y Xalostotitlán, si fragosidad, ni rodeo, que ahora no puede excusarse por la necesidad de ser paraje forzoso el referido pueblo de Tepatitlán, a cuyos indios se seguirán las incomodidades.²

Pero en los primeros años se dieron cuenta de que el agua que conseguían recoger en fuentes superficiales no era suficiente para el abasto del pueblo, muy a diferencia de lo que sucedía en el poblado indígena llamado hasta entonces San Francisco de Tepatitlán. Todavía hoy —con sus bemoles— la disposición de agua durante todo el año es muy distinta entre Tepatitlán y la villa de San José. Acá, las fuentes superficiales son abundantes; allá, fuera de los meses de temporal, el agua es escasa. La lenta emigración desde San José de Moctezuma o de Bazarte hacia el poblado de Tepatitlán es un tema que todavía tiene pendientes varias investigaciones para su estudio, pero lo que sí es seguro es que a principios del siglo XIX hubo un motivo para acrecentar el poblamiento de Tepatitlán.

2. Carmen Icazuriaga Montes. *La ciudad y el campo en Tepatitlán de Morelos, Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, CUNORTE-CUALTOS, 2002, pp. 200-201.

Se trata nada menos que la presencia de la imagen del Señor de la Misericordia, un crucifijo de madera encontrado por Pedro Medina en una de las barrancas al oeste del Cerro Gordo. En aquel entonces fue Pantaleón Leal, un singular personaje en la historia de esta ciudad, quien convenció a Pedro Medina de trasladar hasta Tepatitlán a la imagen para su veneración pública. Así sucedió, como anoté en el primer párrafo de este escrito, de tal forma que para mediados del siglo XIX el templo ya estaba en condiciones de recibir en el altar a la milagrosa imagen y con ello comenzó el crecimiento del pueblo. Basta una anotación para fundamentar esta afirmación: el santuario del Señor de la Misericordia fue construido en terrenos donados por el señor Arturo Peña. Escribió el padre Agustín Ramírez, autor de los *Apuntes históricos sobre el Señor de la Misericordia y su culto*:

En un principio, cuando ocurrió el pensamiento de erigir capilla al Señor de la Misericordia, se intentó levantarla contigua a la casa de ejercicios, o sea hacia el solar que hoy ocupa la Iglesia de Nuestra Señora del Refugio —junto a la parroquia de San Francisco de Asís—; mas después, con mejor acuerdo, teniendo en consideración ya la estrechez del sitio, ya la proximidad de la parroquia, o que la hacía menos útil y necesaria a los fieles; ya también, la espontánea generosidad de D. Alberto Franco que cedía gratuitamente para aquel objeto un lugar amplio y bien situado, pues que no distaba mucho del centro de la población y se encontraba en la calle principal; ya, por fin, considerando que, al fabricarse en el campo donado por este señor, la villa podía extenderse más hacia el sur y se proveería mucho mejor al bien espiritual de los habitantes de ese barrio.³

Existe un mapa que nos describe lo que era la villa de Tepatitlán en el momento de obtener su nombramiento como ciudad, en

3. Agustín Ramírez Barba. *Apuntes históricos sobre el Señor de la Misericordia y su culto*. 8a. ed. Guadalajara: Talleres Linotipográficos Vera, 1968, pp. 89-90.

1883. En él encontramos a una ciudad no muy distinta de lo que era veinte años después, en el mapa de 1905, es decir, apenas un centenar de cuadras de las cuales una de ellas correspondía a la parroquia de San Francisco de Asís, otra a la llamada “plazuela” junto al templo de la Virgen de Guadalupe, otra más al templo de San José y la respectiva del Santuario del Señor de la Misericordia, la de la plaza de Armas y la del mercado “de las cañas”, que antes de espacio público para el comercio fue la plaza de toros. El resto de las cuadras en la ciudad no eran muy distintas a lo que nos describió Agustín Ramírez para la cuadra donde está situado el Santuario, que por un lado estaba el templo, por otro lado, al norte, un par de casas que en comparación con las actuales eran enormes mansiones con corrales, porquerizas, caballerizas y grandes patios, y al sur “se veía ahí una huerta plantada de árboles o una semejanza de jardín mal cultivado”.⁴

En efecto, no sería difícil imaginar aquella villa convertida en ciudad como un lugar lleno de huertos. Tampoco sería desatinado puesto que, hasta la primera mitad del siglo xx así se documentan en las semblanzas y los recuerdos de quienes vivieron en esos años en la ciudad. Manantiales y pozos abastecían con abundancia de agua a las grandes extensiones sembradas de duraznos, ciruelos, naranjos, limos y zapotes, amén de las hortalizas que eran regadas en las márgenes del río Tepatitlán.

En términos de población las primeras cuatro décadas del siglo xx nos describen dos situaciones distintas. Entre 1900 y 1910 la población decreció: según el censo de 1900 habitaban en esta ciudad 5,966 personas, de las cuales quedaron 5,560 para 1910. Pero en esta década comenzó un crecimiento poblacional

4. *Ibid.*, p. 89.

que alcanzó cifras mayores a los siete mil habitantes de los que ya no bajaría la población tepatitlense.⁵

En 1920 la población censada en la ciudad fue de 7,491 habitantes, que si bien para 1930 esa cantidad fue de 7,397 personas también deben considerarse otros aspectos para comprender lo que sucedió entonces. Uno de los fenómenos más importantes que se presentaron durante la tercera década del siglo xx sucedió de la mano con la llamada “cristiada” con las “reconcentraciones”. Aunque el crecimiento de la ciudad fue de -0.14 entre 1920 y 1930, las apariencias podrían engañar, ya que en unos pocos meses del año 1928 la población localizada en la ciudad ascendió hasta los 25,000 habitantes, toda vez que el Gobierno federal dispuso que todos aquellos alteños que se encontraban viviendo en sus ranchos—donde habitaba la mayor parte de los pobladores de la región alteña—deberían acudir hasta las ciudades más importantes de la región—Arandas, Tepatitlán, San Juan de los Lagos y Lagos de Moreno—como una de sus tácticas para reducir la fuerza que tenían en el bloque cristero de la región de Los Altos.

Y es que así, con la forma de vida de los rancheros alteños era prácticamente imposible el control militar. Nadie conocía mejor los caminos de herradura y las veredas para correr a caballo de un lado a otro de la región. Los laberintos además estaban protegidos por una gran cantidad de árboles, tantos que sería imposible imaginar ahora a esta zona en la situación en que se encontraba entonces. Los aviones del ejército, desde donde buscaba la federación el control militar de los cristeros, práctica-

5. Luis Felipe Cabrales Barajas. “Mercado de suelo urbano y tipologías de vivienda”. David E. Lorey y Basilio Verduzco (comps.). *Realidades de la utopía. Demografía, trabajo y municipio en el Occidente de México*. México: Universidad de Guadalajara-UCLA, Program on México-Juan Pablos Editor, 1997, p. 154.

mente estaban imposibilitados por esa razón para descubrir desde el aire los pelotones de rancheros alteños andando y desandando aquellos caminos. Fue por eso que más tardaron en firmar los acuerdos para darle fin a la cristiada, el 31 de julio de 1929, cuando el Gobierno federal comenzó con una campaña que tenía como objetivo evitar a toda costa que se repitiera el singular descontrol en Los Altos de Jalisco.

Fueron particularmente dos las acciones que se tomaron entonces: la construcción de carreteras y la deforestación de la región alteña. De esta forma, dos rutas de caminos por el territorio de Los Altos comenzaron a ser pavimentadas, ambas tan antiguas como la colonización misma de estas tierras. Una, la carretera ente Guadalajara y Lagos de Moreno, pasando por Zapotlanejo, Tepatitlán, Pegueros, Valle de Guadalupe, Jalostotitlán, San Juan de Los Lagos y Lagos de Moreno. La otra, desde Atotonilco hasta San Juan de los Lagos. De ambos caminos comenzaron a desprenderse el resto de las conexiones terrestres entre los pueblos alteños: por San Julián hasta el Bajío guanajuatense; desde Tepatitlán hasta Yahualica; de Jalostotitlán por Teocaltiche y hasta Aguascalientes. Para no olvidarnos de la deforestación que comenzó a depredar este territorio basta con citar un párrafo que escribió Agustín Ramírez, sacerdote que estuvo encargado del Santuario del Señor de la Misericordia durante la mitad del siglo xx, oriundo de San Miguel el Alto y conocedor de la región alteña.

En su descripción del Cerro Gordo anotó:

Hasta hace como un siglo formaba todo él una espesa selva virgen de gigantescos árboles que se extendían en un gran perímetro, en dirección de los pueblos vecinos de Tepatitlán, Arandas, San Miguel y Atotonilco el Alto. Por desgracia, desde aquella época, la hermosa selva ha ido desapareciendo poco a poco, a la fuerza del hacha del labriego que se complace al derribar los enormes vegetales no sólo para sacar de ellos leña que alimente el fuego del hogar doméstico, más también vigas

de techo, arados, timones, yugos, carretas, etc. Al presente, talado casi todo el monte, es triste el aspecto que presenta, solamente la parte superior está poblada de árboles, restos de la antigua selva, que dan a conocer la prodigiosa exuberancia de aquel suelo privilegiado.⁶

Luego de este párrafo, el padre Ramírez anotó a pie de página: “Escribí esto en 1937. En estos últimos años, la ¡¡Forestal!! –así, con doble signo de admiración–, o personas autorizadas por ella, han derribado casi todos los árboles que quedaban en la parte superior del cerro, convirtiéndolos en carbón”. Sólo para documentar la escasa vegetación que en estos días se levanta en el suelo alteño considero otro párrafo más de Agustín Ramírez como parte de un escenario que muy difícilmente regresará: véanse en el Cerro Gordo

seculares encinas cuyas ramas horizontalmente extendidas afectan la forma de un gran paraguas desplegado: altos y frondosos palos colorados, a cuya fresca sombra alivia el viajero la fatiga del camino; astas en forma de agujas u obeliscos, que se elevan verticales a prodigiosa altura; alisos, de figura cónica, de madera dura y apreciada, cuyas ramas permanecen siempre verdes; copudos madroños, de grueso tronco, que dan madera para la fabricación de utensilios domésticos y recreativos, como bateas, cucharas, molinillos, trompos, churumbelas, pirinolas; finalmente, crecen en aquellos bellísimos parajes otra incontable muchedumbre de diversos árboles, arbustos y hierbas de verdor casi perpetuo.⁷

Volviendo la mirada a la ciudad de Tepatitlán, en aquel principio de siglo, nos encontramos con los recuerdos de quienes conocieron aquel punto urbano cercano a reventar en crecimiento sostenido que se mantuvo desde 1930 y durante todo el siglo xx. En el centro de la descripción está, por supuesto, el uso de agua

6. Ramírez, *op. cit.*, p. 11.

7. *Idem.*

en la ciudad. Ha sido don Juan Flores García quien con sus escritos⁸ sobre “aquellos tiempos”, nos ha dejado documentadas tanto las técnicas para la explotación como las condiciones en que se encontraba el agua. Esto es, don Juan nos aporta indicios interesantes sobre la relación que la ciudad mantenía con las fuentes acuíferas; Tepatitlán era, en su visión, un lugar de privilegios naturales.

Una de las principales fuentes para el aprovechamiento de agua era, como ya mencioné, el río Tepatitlán: “cuando llegaba a Tapa siempre traía ese aguadal que corría desde quién sabe dónde”. En él descargaban sus aguas una serie de arroyos “como el de El Tablón, El Recodo, Jesús María, La Gloria, los Sauces y el de El Molino”. Y si estos datos son valiosos, mucho más lo son tres palabras que Juan Flores recordó de sus observaciones de infancia: “arrastraban pura agua”.

El aprovechamiento del líquido a principios de siglo nos manifiesta, justamente, un estilo de vida en relación con la cantidad, continuidad y disponibilidad del recurso en estrecha interdependencia con el ser humano. Por ejemplo, en el arroyo de El Molino “se podía echar uno sus buenos clavados y nadar”; en el arroyo de Jesús María, las señoras “llevaban aquellos grandes bultos de ropa para ponerse a lavar en la orilla”. De hecho, “ahí se daban su baño, también mientras su ropa tendida se secaba”; incluso la tarea se convertía en un motivo que congregaba a “varias familias, y se jugaba en el llano”.

El río Tepatitlán no era la única fuente de abastecimiento de agua. Existía un lugar llamado El Pipón. Era un terreno que “abarcaba desde la primera manzana de la calle Manuel Doblado,

8. Juan Flores García. *Tepatitlán en el tiempo*. México: edición del autor, 1992.

al poniente, hasta la calle 20 de Noviembre (antes llamada Nochistongo)” que colindaba con el mismo río. Ahí se tenían norias para abastecer aquella red de distribución de agua para el centro de la ciudad, que a su vez eran alimentadas por “un nacimiento permanente de veneros”, mismos que surtían de manera natural de líquido a “unos pocitos” de los que “se abastecía la gran parte del Barrio Alto”; por esa razón “era una tarea diaria recoger ese líquido para beber”, ya fuera en “cántaros de barro o en botes alcohólicos”.

Flores García platica que este trabajo “consistía en que mujeres, hombres, chamacos y chamacas, íbamos a llenar nuestros cántaros, desde luego a la hora más apropiada que era por la mañana (o bien) de 7 a 8 por la tarde. Del pocito al cántaro sacábamos agua con un jarro o algo pequeño, con mucho cuidado para no batirla y se sacara con tierra”.

Situado actualmente al sur del centro de la ciudad existió otro lugar que fue conocido como El Edén. Su dueño el ingeniero Aurelio Navarro construyó “diez regaderas individuales y treinta lavaderos”, por lo que se le conoció como “los baños de El Edén”. Este hermoso paraje era una gran huerta dotada de varias norias. El uso más frecuente de los servicios era el aseo personal durante los domingos: “nos aguantábamos toda la semana sin bañarnos, al fin que decíamos que la cáscara guarda al palo, aunque las mujeres acudían a diario para lavar la ropa”.

Como sucedió en El Molino, los arroyos de La Gloria se llenaban de agua durante la temporada de lluvias—desde el trece de junio, cuando “entraban las aguas lloviera o no lloviera” hasta el mes de septiembre—, “todo era gozar bañándonos en esa agua cristalina que nos deleitaba”. El pequeño cuadro que intento trazar sobre las costumbres y forma de vida, es decir, sobre el lugar del agua en la cultura de los tepatitlenses a principios de siglo, no

puede quedar terminado sin un elemento muy importante: el de la calidad del agua. “Tomar un jarro de agua de exquisito sabor, sacada del pozo”, de aquella agua que cuando algunos visitantes la tomaban “en un jarro de a un litro, sin despegar” llegaron a decir que “tenía sabor a chicle de aquél de terrón que no tenía sabores”.

Me refiero, entonces, al agua para el consumo de los pobladores, “cuando Tepa no tenía demasiados problemas, cuando si bien es cierto que había penurias, nuestra ciudad era reducida” pero “el abastecimiento de agua estaba asegurado”. Así es que tener agua significaba tener un “pozo de superficie que en la mayoría de las casas había”, de tal suerte que era “rara la casa que no lo tenía para su uso y el de sus vecinos”.

Sin ninguna razón en particular, la enumeración de los pozos existentes entonces podría comenzar con El Pozo del Monte, “al cual acudíamos para traerla en baldes o cántaros, o botes alcohólicos con un hombro en ‘la burra’; había otro pozo, conocido como el de La tía Lina, y el pozo de El Zacamecate “de donde más se extraía” para la venta; el pozo de La Raíz “que tan sabroso sabor nos dejaba al beber”; el pozo de El Pipón “que estaba lleno de vericuetos para llegar a él y que nos daba el agua que quisiéramos”; el pozo de La Gloria “el cual permanecía siempre lleno y las norias de don Alberto Romo de las cuales se llenaba un tanque”; el Pozo Prieto, que de ser propiedad municipal pasó a manos de particulares “sin que al parecer sea aprovechado por nadie”; el pozo de Pancho Cocoy; el de El Ahogado; el de Murcio Ornelas y otro más en la casa de doña Justa Pozos, que “por la fe que tenía bastaba para que nunca le llegara a faltar el agua”.

El túnel del tiempo no estaría bien ajustado si omitiera a “los vendedores de agua” que también recordó en sus apuntes don Juan Flores. Como su nombre lo dice, el oficio de esos hombres

consistió en “acarrear agua para tomar”, apoyados para su labor en burros “a los que con una armazón especial les cargaban sobre el lomo cuatro cántaros de barro y hasta seis, tres o dos a cada lado de aquella que llamaban silla de cabrilla. Traían el agua desde tres pozos, principalmente: El Zacamecate, La Gloria y El Ahogado”.

Escribió Flores García:

Llenaban sus cántaros con el agua y los tapaban con una cubierta de olotes que hacían amarrando a lo largo varios de ellos hasta dar con el grueso del gollete. A temprana hora del día empezaban a caminar por las calles para ir entregando domicilio por domicilio. El cántaro de agua valía tres centavos. Se compraban varios todos los días, porque no solamente se utilizaba el agua para tomar, también para hacer la comida. El aguador vaciaba el agua a los cántaros que en la casa se tenían y que se tapaban con un jarro o plato de barro. Los aguadores tenían tres o más animales. Llegaron a existir hasta dieciocho personas que se dedicaban a este trabajo. Sólo recuerdo el nombre de algunos de ellos, como don Salomé Limón, Margarito Navarro y Lorenzo Vázquez. Benditos señores que daban de beber al sediento. Decía mi tío Casimiro que a esa agua le faltaba un grado para que supiera a pulque o supiera a leche.⁹

Aunque no todo el año fue así, porque justo durante el temporal disminuía un poco la entrega domiciliaria de agua, debido a que en todas las casas había canales en lugar de bajantes, cuando ya estaba limpia

[En] la azotea se recogía agua llovediza. Se llenaba todo aquello que había en la casa para guardarla: tinas, baldes, ollas, etc. Bueno ¡hasta nos bañábamos debajo del chorro de la canal! Vaya que algunos hasta se adelgazaban un poco de tanto bañarse de esta manera.¹⁰

9. *Ibid.*, p. 40.

10. *Idem.*

Ahora bien, según el profesor Heriberto Alcalá Cortés,¹¹ en los primeros años del siglo xx hubo un grupo de tepatitlenses que conformó la Sociedad Cívico Industrial y que rindió varios frutos. Es particularmente importante la presencia en el pueblo de una fábrica de hielo que se fundó en 1911, propiedad de Fernando Navarro. Asimismo, instalaron una planta hidroeléctrica desde los primeros años del naciente siglo xx, que se había puesto a funcionar en un lugar conocido como Támara, quince kilómetros al poniente de la ciudad sobre el cauce del río Verde. Este fue, durante la lucha cristera, un lugar de control estratégico de las fuerzas locales, como también apuntó Alcalá Cortés. De igual manera resultó muy provechosa la fábrica de Aguas Gaseosas que trabajó en la calle Porfirio Díaz 609 hasta 1928. Finalmente la mención de que Alberto Romo introdujo, en 1911, el servicio de agua entubada a una cantidad restringida de domicilios particulares, poniendo con ello las bases de la distribución domiciliaria de agua.

A las inversiones de Alberto Romo siguió la incorporación al negocio del agua para consumo doméstico de tres empresarios de Tepatitlán. Ellos fueron don Filomeno Gómez, Jesús González Amezcua y Domingo Cortés. Según las anotaciones de Juan Flores García, estos empresarios construyeron algunos componentes para el sistema de distribución. Primero “un tanque de proporciones y sobre roca, de sesenta metros de largo, que se llamó tanque de La Gloria”. Esta obra fue construida en un terreno junto al lugar donde ahora se encuentra la parroquia de la Sagrada Familia y desde ahí condujeron el agua “por tubería bajo el sistema de sifón”. Luego, en Las Colonias, los empresarios recibieron en donación una parte de la lotificación que hizo Francisco de la Torre Romero

11. Heriberto Alcalá Cortés. *Efemérides alteñas*. Guadalajara: El Alteño, 1993, 2 t.

en el lugar con la condición de que construyeran el segundo “tanque” de la ciudad; después vendría un tercero, construido “en el Zanjón, adelante del rastro viejo, llamado Pozo Zarco”.

Pronto se desanimaron el grupo de los tres inversionistas locales encabezados por Filomeno Gómez y optaron por vender a Silviano Gutiérrez lo que habían hecho hasta entonces. El precio de esas obras correspondientes a la introducción del agua fue de nueve mil pesos. No obstante, Alberto Romo siguió trabajando en la exploración de más lugares que sirvieran como centros distribuidores del líquido en distintos puntos de la ciudad. En este sentido Juan Flores anotó que primero construyeron

unos túneles que hemos sabido que hay para conducir el agua, justamente en la calle 20 de Noviembre y Manuel Doblado. Quedó, cuando se abrió la calle, un tanque que almacenaba agua de noria que aún —en 1993— proporciona suficiente líquido pues alimenta el consumo de unos baños que están por esa calle. Otra gran noria estuvo en lo que es hoy una vecindad por la calle Manuel Doblado. Otra más se construyó en el fondo del ‘zanjón del Diablo’. Una más en lo que es hoy el kinder (Tepeyac) en la Plazuela (en el terreno aledaño al templo dedicado a la Virgen de Guadalupe, en el lado sur). Otra más que se tapó, estuvo frente al actual sitio (es decir, la caseta de vigilancia de los taxis que se encontraba por la calle Zaragoza casi en la esquina con la calle Porfirio Díaz, afuera de donde actualmente se encuentra la puerta sur de ingreso en la sacristía de la parroquia de San Francisco), y aquella que está en la parte del Mercado,¹²

es decir, la zona posterior al ingreso principal del mercado Centenario, por la actual calle de Insurgentes entre Progreso y Abasolo.

12. Flores, *op. cit.*, p. 155.

Después de los enfrentamientos cristeros, hacia 1930, se dieron los primeros síntomas de desconcentración en lo que era la pequeña mancha urbana de Tepatitlán, comparada con lo que es ahora. A una distancia de 1,500 metros del centro de la ciudad, con dirección al poniente y a una altura de sesenta metros mayor que aquél, encontramos Las Colonias. Su nombre, originado en el hecho mismo de que era la primer colonia de Tepatitlán fuera de los hasta entonces tradicionales barrios, tiene una importancia doble: por el origen mismo y porque fue el centro de distribución de agua para la zona urbana.

Juan Flores García, como otros paisanos que guardan en la memoria la tercer década del siglo [xx], recuerdan que Las Colonias fueron una serie de casas de campo “estilo colonial que cada una de aquellas honorables familias que habitaban Tapa se construyó para habitar temporalmente en un lugar distante del centro de la ciudad, para un sano esparcimiento, para ‘respirar a gusto’, para alejarse del trajín del pueblo”.

Aunque Las Colonias resultó ser, con la vuelta de los años, el lugar indicado para la distribución del agua, los lugareños todavía a finales de la década de los treinta tenían puesta la mira en la construcción de diques sobre el río Tepatitlán, aprovechando los puentes que conectaban al pueblo con los caminos. Rumbo al oriente, hacia Atotonilco y luego Michoacán, está todavía –hoy reconstruido– el “Puente de Palo”. Ahí se intentó edificar una represa para almacenar agua de manera que la población pudiera abastecerse, pero el proyecto –denominado Presa Fuerte– no tuvo éxito. Por el contrario, los tepatitlenses tenían que buscar los lugares altos para desde ahí conducir el agua hasta las casas. La solución fue, entonces, construir los acueductos desde Las Colonias.

Los tiempos de Elías González Chávez

Entre 1930 y 1940 se registró el menor de los crecimientos en el número de habitantes dentro de la ciudad durante el siglo xx. En esos diez años la población creció en un número de poco más de 1,500 habitantes: de 7,397 personas que vivían en la ciudad pasaron a ser 8,894 en 1940. Ciertamente que la tasa media anual de crecimiento era de tan sólo 1.86%, sin embargo, estaban en construcción algunas obras que atrajeron a los habitantes de las rancharías circunvecinas, lo que detonó la concentración de habitantes e impulsó la vida urbana en Tepatitlán. Ya fueron mencionadas las carreteras, particularmente la llamada carretera federal 80 que atraviesa Tepatitlán y prácticamente la zona alteña desde Guadalajara hasta Lagos de Moreno. Además, otra vez fue desde el curato desde donde fueron impulsadas varias obras que trajeron beneficios a la población, sobre todo con la construcción de escuelas.

El señor cura José de Jesús Reynoso, a quien recuerdan con afecto los tepatitlenses que le conocieron, promovió la construcción del Colegio Morelos para lo que solicitó la presencia de los Hermanos Maristas. En un predio para entonces apartado del centro de la ciudad fueron proyectadas y construidas las primeras aulas de esta escuela y junto con la congregación de religiosos llegó la posibilidad de seguir con los trabajos del agua.

Entre los primeros maristas que llegaron a Tepatitlán estaba Cesáreo González Chávez. Ni el señor cura sospechaba que un hermano de Cesáreo trabajaba en esos momentos buscando alternativas para abastecer de agua a la ciudad de Guadalajara. Me refiero a Elías González Chávez, un ingeniero experto conocedor de la topografía alteña y también uno de quienes prepararon el famoso proyecto que se llama La Zurda-Calderón. Por cierto, esa década de 1941 a 1950 fue la que durante el siglo

xx registró el mayor número de pobladores en Tepatitlán, ciudad que creció de 8,894 habitantes hasta los 15,053, es decir, un 5.40% en su tasa de crecimiento medio anual, lo que significa que en diez años la población prácticamente se duplicó.

Con la presencia de Elías González Chávez en Tepatitlán, de la mano del impulso urbanizador del cura Reynoso, las alternativas para abastecer de agua a la ciudad fueron cada vez más concretas. Elías compró a don Alberto Romo, en 1943, el sistema de distribución de agua de que disponía la ciudad. Con planos y proyectos en la bolsa, además de estudios topográficos, orográficos, hidrológicos, González Chávez se dispuso a la construcción de una presa que sirviera como almacén de agua para Tepatitlán.

El rancho escogido para tal objetivo fue el llamado Paso de Carretas, hasta entonces propiedad de María Alatorre. De hecho ahí estaba construida una presa, mucho más pequeña que la anhelada y además los buenos augurios estaban cerniéndose sobre el proyecto: Juan Flores documentó que a causa de una tormenta en el año de 1946 y por el enorme caudal que conducía el arroyo que alimentaba al vaso, la presa se reventó en ese temporal. En el mismo lugar, que tiene una altura de 1,950 msnm, comenzó en 1947 la construcción de la presa llamada El Durazno, con una capacidad para almacenar 500 mil metros cúbicos con su correspondiente acueducto de 4,500 metros de longitud hasta Las Colonias, desde donde se distribuiría el líquido en Tepatitlán.

Escribió Flores García sobre este acuífero: “con tubos de barro se tiró una línea para llegar al tanque de almacenamiento que estuvo en el lugar que hoy ocupa la planta en Los Viveros. De este tanque se distribuía a la ciudad, a donde llegaba sin tratar. Recordamos que salía por las llaves el agua de color rojo”. A González Chávez le habían funcionado muy bien las expectativas, tanto que al mismo tiempo en que estaba concluido el almacén de

agua para distribuirla en los domicilios de Tepatitlán también el licenciado Jesús González Gallo, a la sazón Gobernador de Jalisco (1947-1953), lo llamó para que se integrara a su gabinete nada menos que como secretario de Recursos Hidráulicos.

En esta década, para Tepatitlán, comenzó a ser evidente una relación que al primer vistazo parece simple: cuando el pueblo necesitó más agua para el consumo humano y doméstico, la respuesta fue la construcción de una presa. Y con la existencia de agua acumulada en la presa El Durazno, la ciudad comenzó con el vertiginoso crecimiento al que antes me referí. La relación en la década siguiente parecía seguir la misma lógica: a mayor cantidad de personas en el punto urbano creció la necesidad de su abasto de agua; con mayor agua para abastecer a la población resultó ser más atractiva la concentración de personas.

Nadie advirtió entonces, y parece todavía pasar desapercibido, que uno de los síntomas por la presencia de agua fue la descarga de los drenajes en el río Tepatitlán. De esa forma, la que fuera una fuente principal de abasto de agua revirtió su tendencia: ya no correría por su cauce sólo agua limpia; a partir de 1947 también llevaría drenajes. Es decir, la función del río ya no era la de asegurar el abasto de agua para la población, sino el de ser la salida del agua sucia. Los efectos del cambio en la cultura se harían sentir medio siglo más tarde en el ecosistema de todo el valle de Acatlic, aguas abajo del río Tepatitlán, y luego en la cuenca de Calderón y en el río Verde.

La tendencia en el crecimiento poblacional para la zona urbana de Tepatitlán se hizo irreversible: si para 1950 había en la ciudad poco más de 15,000 habitantes, los números de una década después, en 1960, ya manifiestan abiertamente la concentración urbana: sumaban 19,835 las personas que habitaban en la ciudad. El origen de los pobladores, que formaban una gran parte de los

vecinos en la ciudad, eran los ranchos del municipio de Tepatitlán y de otros cercanos, como Acatic, Valle de Guadalupe, Arandas, Yahualica y Cañadas de Obregón, entre otros.

Durante la década de 1950 hubo cambios. En la legislación federal que decretó al estado como el principal responsable del abasto de agua a las ciudades. En el medio local se conformó una Junta Local de Agua Potable que durante tres años, de 1954 a 1957, se hizo cargo de los trabajos de promoción de la red de agua y de drenaje en la mancha urbana. Pero en 1960 la población era cuatro veces más grande que la de medio siglo antes por lo que no tardaron en llegar las presiones sobre el almacén de agua y por tanto las exigencias de aumentar la oferta de agua en la red de distribución. Con el paso irreversible en el crecimiento urbano no se hicieron esperar los trabajos de gestión de una obra que solventara las exigencias de mayores cantidades de agua.

Fue entonces, cuando Adolfo López Mateos, sin duda el presidente de la República que impuso una marca como asiduo visitante de Tepatitlán, decidió invertir recursos económicos de fondos federales para construir una nueva presa. Hicieron los proyectos para un almacén de cinco millones de metros cúbicos en la zona nororiente de la ciudad. Vinieron los trabajos de construcción de la cortina y finalmente el nombre: El Jihuite. No sólo fue eso, formaba parte del proyecto una planta potabilizadora de agua denominada Los Viveros y una red de distribución que alcanzaría a cubrir la demanda de agua en la mayor parte de los hogares tepatitlenses. Todo fue una realidad para 1964 y con esas obras, según escribió el historiador tepatitlense Heriberto Alcalá Cortés, el abasto de agua quedó resuelto “para los próximos veinte años”.

Esa década de 1960 fue histórica por la existencia de agua para el abasto urbano. Nunca antes hubo abundancia de agua, potable y directa a las casas en una eficiente red de distribución. El

monumento que recuerda a muchos tepatitlenses de hoy aquellos días de 1968 son dos fuentes que funcionan todos los días en la Plaza Morelos, en el centro de la ciudad actual. Así, según intento marcar desde el inicio, la seguridad en la distribución de agua para la población en la zona urbana fue uno de los factores que incentivó la concentración. Si para 1960 había casi 20,000 habitantes, para 1970 la población urbana creció hasta alcanzar los 29,292 y en 1980 los pobladores de Tepatitlán eran 41,813:

Luis Felipe Cabrales Barajas escribió, en uno de sus tantos artículos sobre Tepatitlán:

En 1960 puede notarse un avance notable en el proceso de concentración, conservándose la dualidad norte-sur (en la región alteña). En cambio, para 1970, más que la velocidad del proceso destaca su distribución espacial. La concentración tiende a homogeneizarse, lo cual implica una aceleración del fenómeno en la subregión Tepatitlán¹³

al grado de que para 1980 sobresalía Tepatitlán en la configuración territorial de la región de Los Altos “por su grado de concentración”. Los siguientes datos que aportó Cabrales Barajas abren una dimensión del fenómeno de la concentración: entre 1970 y 1980 desaparecieron 386 localidades menores de 99 habitantes en el territorio alteño, en el que existían cinco ciudades mayores de quince mil habitantes. Tepatitlán entre ellas; además, con los 41,813 habitantes que había en Tepatitlán para 1980, esta ciudad se convirtió en la de mayor tasa de crecimiento de las tres que comparten la hegemonía regional.

13. Luis Felipe Cabrales Barajas. “La población de Los Altos de Jalisco: de la dispersión a la concentración espacial”. *Carta Económica Regional*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-Instituto de Estudios Económicos y Regionales, año II, núm. 11, 1990, pp. 6-11.

Sin embargo, nadie se dio cuenta de la crisis a la que estaban siendo sometidos los acuíferos superficiales. Los arroyos y ríos fueron contaminados al considerarlos como drenajes. Ahora estamos pagando los costos y a pesar de que la factura es más cara de lo que nos imaginamos, las autoridades parecen tener la intención de pagarla con recursos que no alcanzan ni para olvidar temporalmente el problema, ya no digamos para revertir la tendencia de erosión en el medio ambiente.

El colapso como herencia

Pero el plazo de los veinte años sin problemas de agua para la ciudad de Tepatitlán, con la existencia de la presa de El Jihuite, llegó puntualmente para principios de la década de los ochenta. La seguridad en el abastecimiento correspondía a menos habitantes de los que se habían concentrado en la ciudad hasta los primeros años de la década de 1960, de manera que la falta de agua provocaría una crisis sin precedentes, como sucedió entre 1981 y 1982. La alternativa tecnológica que solucionó los problemas de una mayor demanda de agua en el sistema de distribución urbana fue, entonces, la perforación de pozos profundos que comenzaron a extraer el líquido desde los acuíferos subterráneos.

Los primeros años de la década de los ochenta fueron de crisis y de innovaciones: en esos años, cuando la población urbana estaba padeciendo una de las crisis más agudas por falta de agua, a su vez ocasionada por los malos temporales y por lo tanto el escaso acopio en las presas desde donde se abastecía la urbe. Además de la empresa refresquera en Tepatitlán, se comenzó la venta de terrenos en uno de los fraccionamientos, Jardines de Tepa, que “abrió” –literalmente– el mercado de los terrenos urbanos hacia el poniente de la Ciudad. Es significativo que entonces el mejor promocional para la venta de terrenos en ese fraccio-

namiento se hizo con la construcción de una enorme fuente al inicio de la calle principal desde cuya parte superior saltaba agua que escurría por paredes pintadas de vivos colores. Esto es, una de las garantías de los urbanizadores entonces para atraer compradores para los terrenos de ese fraccionamiento era que en él había un pozo profundo propio, sólo para cubrir las necesidades de quienes decidieran hacerse los nuevos habitantes de ese sitio. Con otras palabras, en Jardines de Tepa no faltaría el agua como sí estaba sucediendo, por los caprichos de los temporales, en el resto de la Ciudad.

La perforación de pozos cambió los aprovechamientos hidráulicos desde entonces. Un nuevo patronato en el que estaban integrados algunos de los miembros de la sociedad tepatitlense, encabezados por el señor cura y por los representantes de organizaciones tan importantes como la de los ganaderos, los porcicultores y los avicultores, se propuso entonces buscar las soluciones para el abasto de agua a una ciudad que había crecido y para la que el agua de las presas construidas a lo largo de las últimas dos décadas ya era insuficiente. Los empresarios, tanto de la compañía refresquera como los inversionistas en terrenos urbanos, estaban poniéndole el acento a la letra indicada: la solución para Tepatitlán estaba en la perforación de pozos profundos que abastecieran el consumo de agua, doméstico y humano, en la población. Entonces se tomaron medidas para recaudar dinero entre la población y perforar los primeros pozos artesianos, mismos que fueron conectados al sistema público de distribución de agua. Atrás en el tiempo estaban quedando las estrategias coloniales de construir diques en las corrientes superficiales para acopiar aguas de escurrimientos durante el tiempo de lluvias. Sencillamente porque las corrientes superficiales eran de aguas negras, de drenajes, de desechos.

Las cosas ahora, veinte años después de esa crisis, son totalmente distintas a las que le precedieron: en el año 2001, por ejemplo, durante varios meses la ciudad de Tepatitlán fue abastecida de grandes cantidades de agua extraídas de los mantos acuíferos subterráneos. Tanto, que entre marzo y abril las aportaciones del líquido desde la presa El Jihuite fueron nulas en tanto que el consumo de agua en la ciudad dependió íntegramente de los pozos artesianos que forman parte del sistema público de distribución de agua para la ciudad. Pero no sólo hubo esa transformación: la ciudad no puede recurrir a otras fuentes superficiales para abastecer su consumo de agua puesto que el líquido que corre por la superficie es parte, legal y administrativamente, del sistema de abastecimiento de agua para Guadalajara que todavía no está construido. Esto significa, en otras palabras, que el agua de presas como La Red sobre el río tributario de la actual presa Elías González Chávez, no puede utilizarse para el consumo de ciudades como Tepatitlán puesto que el líquido ahí acumulado están esperándolo en Guadalajara.

Hasta el cierre del siglo pasado, de entre los proyectos que comenzaron a escribirse seis décadas antes por Elías González Chávez, habían sido construidas dos presas: la referida, ahora con el nombre del ingeniero Elías, que se localiza al sur-poniente de Tepatitlán en territorio de los municipios vecinos de Acatic y Zapotlanejo, y la presa El Salto, en el municipio de Valle de Guadalupe, vecino de Tepatitlán al noreste. La diferencia entre una y otra es que mientras la presa Elías González Chávez actualmente está conectada a la ciudad de Guadalajara por un enorme acueducto, la presa El Salto todavía no tiene acueducto pero el agua ya está destinada por el Gobierno federal y de la entidad para abastecer a la misma zona metropolitana antes que a las poblaciones alteñas. Tanto el acueducto de El Salto como la

construcción de más presas a lo largo del río Verde en la región alteña, están sujetos a la disposición de dinero por parte del estado; pero por distintas causas no ha sido posible aventurarse en la enorme inversión que se requiere para convertir a esta zona de Jalisco en la principal abastecedora de agua de la ciudad capital y su zona metropolitana.

Hasta el año 2000, casi ochenta mil habitantes en la zona urbana de Tepatitlán de Morelos dependen del abastecimiento de agua de los pozos artesianos. Ya pasaron a otros tiempos los aprovechamientos superficiales; es decir, las presas no son más una garantía para el abasto de agua a la ciudad. Y aunque tampoco lo son los acuíferos interiores, para el gobierno municipal esa es la única alternativa con la que se ha resuelto la demanda urbana de agua de manera inmediata. Así ha sido en los últimos veinte años. Y entre más pobladores se suman a la ciudad, mayores son las cantidades que se extraen sin estudios que validen las extracciones de cientos de litros de agua por segundo. Lo mismo para los usos urbanos que para resolver las necesidades de la agroindustria: la avicultura, la porcicultura, la ganadería, han resuelto sus problemas de escasez de agua en el medio ambiente con base en la perforación de pozos.

No podemos dejar al margen a otras industrias que se benefician de este esquema, lo mismo las compañías productoras de refresco que las industrias tequileras y las empresas dedicadas al "embotellamiento" de agua para consumo humano. Por supuesto, en la industria pecuaria se utilizan enormes cantidades de agua, tanto para la manutención de las gallinas, que en veinte kilómetros a la redonda de Tepatitlán existen en un número no menor a los veinte millones, como a la industria porcícola y al ganado bovino.

Reflexiones a manera de conclusión

Quiero compartir ahora, aprovechando este espacio privilegiado, algunas reflexiones sobre los asuntos que ya antes relaté.

Este trabajo es parte de la tesis que presenté para acreditar la maestría en Estudios Sobre la Región en El Colegio de Jalisco.¹⁴ En ese documento intento brindar un panorama concreto en el que se manifiesta la interacción dinámica del crecimiento de la ciudad, la existencia del agua como recurso estratégico y los síntomas de un desarrollo fundamentado en una racionalidad poco entendida en términos del aprovechamiento de los recursos naturales. Cuando se reúnen estas tres condiciones estamos frente a una “revolución del agua”. Es decir, el asunto no se detiene en el simple “cruce” diacrónico de datos que manifiestan la relación entre el número de pobladores de la ciudad y las estrategias técnicas de explotación del agua que permiten asegurar el abasto: advertir el siguiente paso implicará explicar que una cosa es el crecimiento urbano concatenado a la existencia de recursos naturales como el agua, que permiten mayores índices de concentración humana, y otra muy distinta son los mecanismos para aprovisionar de agua a la ciudad y, por ende, las consecuencias de esa explotación de manera alterna a los efectos de urbanización sobre el escenario ecológico. La primera, en relación a lo que considero como la “cultura del agua”; la segunda, con la “gestión del agua”.

En el planteamiento inicial del trabajo que presenté reviso la presencia de fuentes de agua que impulsaron el crecimiento de la ciudad de Tepatitlán. Paralelamente, a mayor concentración humana fue necesario abrir fuentes que brindaran la misma

14. Miguel Ángel Casillas Báez. *La tercera revolución del agua*. Sociedad y medio ambiente en Los Altos de Jalisco. Zapopan: El Colegio de Jalisco-CEAS, 2002.

seguridad en el abasto a la población que se incorporaba en el espacio urbano. Los efectos de la ciudad sobre los sistemas hidrológicos produjeron una alteración negativa, es decir, la contaminación de las fuentes primarias como un elemento que bien podría inscribirse dentro de las prácticas mal adaptantes entre el hacer del ser humano con los recursos de su medio ambiente.

Concretamente, así como el agua es un recurso cuya presencia motiva la concentración urbana, desencadenando crecimiento, también la acelerada presencia de población en número creciente significa una alteración para el ecosistema, si no se acompaña la urbanización de políticas concretas que regeneren los recursos naturales.

La relación del hombre con la naturaleza debe fundamentarse en niveles de equilibrio, a partir de estudios regionales que permitan establecer las políticas concretas con base en las características de cada cuenca hidrológica y, por lo tanto, de la cantidad y los ciclos del agua. El objetivo de los estudios regionales, entonces, debe tener una clara tendencia al cambio en las prácticas en las que el ser humano concibe su relación con los recursos naturales: sólo así podrán sustentarse esas relaciones, cuando encuentran en su realidad el desequilibrio, o lo que es lo mismo, el deterioro y la contaminación.

El problema de las prácticas mal adaptantes está contenido en la relación desigual entre el ser humano, sus necesidades y los recursos naturales con que cuenta para la obtención de sus satisfactores. Para fundamentar esas relaciones, Manfred Max Neef¹⁵ puso el punto de reflexión en un hecho específico: sim-

15. Manfred Max Neef. “Desarrollo a escala humana”. *Boletín del Departamento de Geografía*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, núm. 12, 1994.

plemente la vida. “La vida probablemente es el resultado de un universo que, a fin de tener significado, precisa descubrirse a sí mismo. Sin el universo no habría vida; sin vida, todo el desenvolvimiento cósmico carecería de sentido”. El asunto básico se encuentra en que en el fondo, y como centro de las discusiones, emerge el hombre como autor y actor de las modificaciones que transforman su espacio.

El mismo Max Neef apuntó que la dimensión crítica de este problema de interacción humana se encuentra, subyacente, en la idea del “desarrollo” como contraparte de la “conservación”, términos que han sido planteados como una disyuntiva que se adopta mecánicamente y, por ende, sin discusión alguna. “Perfectamente puede haber desarrollo, perfectamente puede haber conservación, pero nunca ponerlos como opciones porque están ontológicamente en categorías distintas”. El desarrollo, entonces, no contiene ningún elemento que aluda concretamente a la vida, en tanto que la conservación del medio ambiente sólo significa vida.

La exposición de Max Neef estuvo dirigida para un contexto global y con la intención de cuestionar al mundo sobre lo que está aconteciendo en nuestros días “al interior” de los conceptos de crecimiento económico y conservación del medio ambiente. Este hecho no le quita validez para aplicar su esquema en una ciudad de Jalisco como Tepatitlán de Morelos. Aquí se registra un fenómeno de crecimiento económico por la intensa explotación agrícola y pecuaria, por la efervescente e intensa urbanización a partir de la década de los setenta. De hecho, en este fenómeno es posible describir, analizar e interpretar para dar cauce también a una explicación sobre el crecimiento, en oposición a la conservación del medio ambiente y los recursos naturales sobre los que se construye.

En el trabajo que presenté para obtener el grado de maestro en Estudios Sobre la Región adopté la misma “hipótesis del umbral” que propuso Max Neef: “en toda sociedad se da un período en el que el crecimiento económico conlleva un mejoramiento de la calidad de vida, pero llega a un punto en el cual, si hay más crecimiento económico, se empieza a deteriorar la calidad de vida”.

¿Qué cambia entre el estudio de Max Neef y la observación sobre Tepatitlán que fue parte de la propuesta? Básicamente un punto, que es el importante y sobre el que intento llamar la atención. Mientras que en los países ricos en los que se ha cruzado el punto de “no retorno”, esto es, en los que “hagan lo que hagan en materia de más crecimiento no mejorará la calidad de vida”, en Tepatitlán, como unidad básica de este análisis, es momento de ejercer acciones que permitan equilibrar el crecimiento con la conservación.

Pero en tanto no se realicen los trabajos de recuperación del equilibrio, desde las mínimas unidades de la escala mundial, los efectos de la acción humana seguirán teniendo un impacto ecológico que se dirige a cruzar el “punto umbral”; el hecho es perfectamente perceptible puesto que hasta ahora no hay recursos económicos suficientes para corregir el deterioro y, si los hubiera, una gran parte del gasto sería para enmendar los daños.

El asunto está en que “todo este tipo de gasto, si se tiene conciencia del cuánto es suficiente y si se tiene conciencia del punto umbral, son cosas que se pueden derivar hacia un mundo más equitativo”. Entonces el equilibrio, además de que está expuesto entre el crecimiento económico y el desarrollo de los pueblos, yo lo considero también como un equilibrio entre el hombre y el medio ambiente.

¿Cuál es la contrapartida? Es decir, en mi asunto para englobar las relaciones de explotación del agua como un recurso que se incorpora a la vida de la ciudad y que significa también un factor para el crecimiento urbano, el punto contrario se encuentra en las

mismas relaciones ecológicas, pero en otras circunstancias. El desarrollo debe documentarse en ejemplos que se refieren a la responsabilidad del hombre en su interacción con el medio ambiente. Una ventaja es que existen ejemplos para documentar el desarrollo; la desventaja es que esos ejemplos deben escribirse con verbos en pretérito.

Para los fines del trabajo que elaboré bastan dos respuestas, una sobre el agua como tema principal, para acercarnos al problema de su conservación, y otra sobre el uso de la geografía regional. Esto es, para enfocarme en las relaciones sociales en torno al agua en la región alteña con base en una perniciosa y degradante —mal adaptante y alienante, para señalarlo con otros conceptos— acción humana sobre el agua como recurso natural, fue importante la apropiación de un instrumento basado en la geografía regional. La respuesta también es doble.

Por un lado, porque la geografía regional permite acercamientos a unidades básicas como las cuencas hidrológicas sobre las que es posible un fundamento sobre la dinámica espacial y territorial con base en sus recursos naturales. Una geografía de localización, descripción y de explicación, no una geografía que se quede en la identificación y especificación de los problemas geográficos como productos de la relación del hombre y el medio ambiente en un esquema regional, porque no basta con localizar espacialmente el problema, ni tampoco con describirlo, identificarlo y especificarlo, sino que debemos preguntarnos qué se debe hacer, basados en la definición de la geografía como una ciencia que se ocupa del territorio y de la vida.

La respuesta sobre el agua es más simple y, a la vez, menos compartida en los hechos, en la vida diaria. Me refiero, como lo

señaló Federico Aguilera Klink,¹⁶ a que “el agua es un recurso social o comunal: patrimonio económico, ecológico y social”, lo que significa que “pertenece a la sociedad” de tal forma que es parte “de la riqueza de un país y por lo tanto facilita un estilo de vida”. Si advierto que el agua es un recurso de todos del que dependen una serie de funciones ambientales que permiten el mantenimiento de la vida, eso conlleva a que “existe una estrecha interdependencia entre la disponibilidad de agua, en términos de cantidad y calidad, su continuidad y el estilo de vida que es compatible”.

Intervienen entonces otros dos conceptos que forman parte de mi exposición sobre el análisis del problema en Tepatitlán. Por un lado reconozco que existen “un conjunto de decisiones de carácter normativo que afectan y condicionan el uso que se hace de ese activo”, es decir, lo que se llama la gestión del agua. Por otro lado se encuentra la “cultura del agua”, esto es, el volumen que existe de agua, así como la tecnología y los criterios de que disponemos socialmente para su uso, lo que “condiciona el estilo de vida de la población”, siguiendo los conceptos de Aguilera Klink.

La gestión y la cultura del agua son dos elementos importantes en el intento de encender un botón de alarma, puesto que “la renovabilidad física del agua puede verse impedida por el comportamiento humano, convirtiéndose en agotable lo que era renovable” ya sea por exceso en la extracción o bien “por interferir en el ciclo biogeoquímico mediante los diferentes tipos de contaminación”.

16. Federico Aguilera Klink. “El agua como activo social”. *El agua: mitos, ritos y realidades*. Barcelona: Diputación Provincial de Granada-Centro de Investigaciones Ángel Ganivet-Anthropos Editorial del Hombre, 1995.

Es cierto que el problema que afecta al ciclo del agua en términos cuantitativos tiene relación con el posible cambio de las condiciones climáticas en la Tierra, pero es en la escala local, es decir, en Tepatitlán, donde las condiciones particulares de gestión del agua están agravando el problema del caudal disponible con una aceptable calidad. Esta idea del agua como activo social intento completarla con el reconocimiento de que el agua es un recurso, lo que significa que cumple una función que es la de satisfacer una necesidad.

Así es en el aspecto formal puesto que en el sentido estricto de lo económico se reconoce “la dependencia en que se encuentra el hombre con respecto a la naturaleza y a sus semejantes para poder subsistir”, como afirmó Aguilera Klink. Es, pues, un activo social porque no forma parte de una propiedad privada; dicho de otra forma, es una propiedad que nos pertenece a todos y por lo tanto implica un libre acceso. En ese sentido, escribió Tawney,¹⁷ cuando hay derechos, éstos condicionan y derivan. “Derivan del fin del objetivo de la sociedad en que se dan” y al mismo tiempo “estarán condicionados a que se los use para contribuir al logro de ese fin, no obstaculizarlo”.

Las cuestiones están ordenadas en dos escenarios. Primero, en un plano primordial, el agua tiene relación como activo social con el acceso, con su distribución, conservación y mantenimiento, reemplazo y acrecentamiento. En un segundo plano, de largo plazo, esto significa la necesidad de planificar, de incorporar los costos sociales y de advertir una preocupación ética por las generaciones futuras que bien podría entenderse como un legado vital.

Así como antes que el crecimiento económico y el desarrollo de los pueblos son dos elementos desarticulados cuando se ve

17. Cfr. *Ibid.*, p. 150.

disminuida la capacidad biofísica, estoy considerando como elementos de un panorama contrario el encuentro con la siguiente disyuntiva, planteada por Hueting:¹⁸ “mientras que la fabricación de mercancías o aspecto positivo la medimos en términos monetarios, la pérdida de funciones ambientales debemos medirla en términos biofísicos, pero sin que exista una unidad de cuenta de carácter homogéneo que permita una comparación rigurosa”.

Finalmente, formó parte de un marco de análisis la definición del concepto de gestión del agua como activo social. Es una realidad que la gestión es regulada por instituciones con base en un marco normativo; por ende, tiene el propósito de regular tanto las actividades económicas como los costes y beneficios. Pero es importante considerar que el marco constitucional no tiene autonomía porque son los intereses económicos y políticos los que determinan su configuración. Entonces “la eficiencia técnica o el beneficio no son menos normativos que el respeto por los ritmos de reconstitución de un recurso renovable”, dice Aguilera Klink. Por tanto, si bien la eficiencia técnica de los procesos de producción y consumo dependen de las regulaciones institucionales, la consideración va más en el sentido de que esto lleva a determinar un nivel de contaminación y de destrucción de los ecosistemas y de la capacidad de asimilación de los mismos.

Es entonces, una eficiencia productiva no sólo articulada a partir del marco institucional en el aprovechamiento de recursos naturales, sino que también debe considerarse—siguiendo puntualmente el planteamiento de Federico Aguilera—, como “una noción ideológica que enmascara la destrucción que se realiza en su nombre y que sólo tiene sentido cuando se hacen explícitos los supuestos o juicios de valor que entran en su definición”.

18. *Idem.*

El concepto de agua como activo social implica, para realizar una gestión adecuada de ese recurso, considerar su ciclo natural, las condiciones climáticas, lo que necesariamente determinará una estimación en términos físicos tanto del volumen disponible como de la calidad del mismo. Una vez hecho esto, habría que, entonces sí, acercarnos a los criterios y a las normas que nos permitan el uso sostenible o renovable del agua tanto por la compatibilidad con las funciones ambientales como por la apropiación y la distribución del recurso.

Como intenté explicar en mi trabajo de tesis y brevemente en este resumen, en la configuración regional basada en cuencas hidrológicas, el agua es uno de los elementos de observación. El otro elemento es la organización territorial como región, configurando espacialmente bajo un esquema centro-periferia. Este modelo es imprescindible si el objetivo es la reconversión del equilibrio: sí al crecimiento, pero con conservación natural. Dicho de otra forma, la unidad que nos permite acercarnos al diseño de las acciones de una reconversión es la región, en términos hidrográficos. Entonces, no sólo se trata de inversiones en equipo ni de revertir el desequilibrio crecimiento-conservación; lo que estaríamos haciendo es el pago a la conservación natural de los recursos sobre los que se ha fincando el descrito crecimiento. Una vez hecho entonces podremos hablar de desarrollo.

Ahora sí comenzaré por el título de este trabajo: desventuradamente las políticas para el desarrollo urbano en lo que al abasto de agua se refiere están condicionadas a dos asuntos. El primero es la abundancia del temporal. Cuando un año trae fértiles lluvias, nos olvidamos de la palabra escasez. Aunque cada vez es menos el uso de ese vocablo, fundamentalmente desde que es posible la perforación de pozos desde los acuíferos subterráneos. Pero la amnesia tiene límites trienales. En tres años las administraciones pú-

blicas han querido sortear el paso del tiempo por encima de las probabilidades de un colapso, tanto por la contaminación de los arroyos y ríos como por la abundante extracción de agua desde cientos de metros abajo de la superficie.

Tal parece que nos hemos creído, al pie de la letra, las variaciones sobre el antropocentrismo y todavía queremos creer que el mundo está hecho para los seres racionales, de manera que la explotación de la naturaleza es la extensión de la racionalidad, de la única racionalidad. En fin, estamos siendo víctimas de una enfermedad genética con la cual el ser humano se consideró conquistador y que, con el paso del tiempo, sigue aprovechando esa condición mental para avasallar los recursos naturales sin límites, con excepción de los momentos en que la amnesia nos hace olvidar nuestras propias perversiones. Las políticas para el desarrollo urbano, en Tepatlán para hablar de lo inmediato, deben dejar de ser moldes para la amnesia y normas para la conquista ambiental.

Bibliografía

- Aguilera Klink, Federico. "El agua como activo social". José A. González Alcantud, Antonio Malpica Cuello (coords.). *El agua: mitos, ritos y realidades*. Barcelona: Diputación Provincial de Granada-Centro de Investigaciones Etnológicas Ángel Ganivet-Anthropos Editorial del Hombre, 1995.
- Alcalá Cortés, Heriberto. *Efemérides alteñas*. Guadalajara: El Alteño, 1993, 2 tt.
- Cabrales Barajas, Luis Felipe. "La población de Los Altos de Jalisco: de la dispersión a la concentración espacial". *Carta Económica Regional*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-Instituto de Estudios Económicos y Sociales, año II, núm. 11, 1990.
- . "Mercado de suelo urbano y tipologías de vivienda en Lagos de Moreno, Tepatitlán y Ciudad Guzmán". David E. Lorey y Basilio Verduzco (comps.). *Realidades de la utopía. Demografía, trabajo y municipio en el Occidente de México*. México: Universidad de Guadalajara-UCLA, Program on México-Juan Pablos Editor, 1997.
- Casillas Báez, Miguel Angel. *La tercera revolución del agua. Sociedad y medio ambiente en Los Altos de Jalisco*. Zapopan: El Colegio de Jalisco-CEAS, 2002.
- Flores García, Juan. *Tepatitlán en el tiempo*. México: edición del autor, 1992.
- Icazuriaga Montes y María del Carmen B. "La ciudad y el campo en el municipio de Tepatitlán, Jalisco". México: Universidad Iberoamericana, 1975. [Tesis de licenciatura en Antropología social]
- Max Neef, Manfred. "Desarrollo a escala humana". *Boletín del Departamento de Geografía*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, núm. 12, 1994.
- Ramírez Barba, Agustín. *Apuntes históricos sobre el Señor de la Misericordia y su culto*. 8ª ed. Guadalajara: Talleres Linotipo-gráficos Vera, 1968.

Factores de la dirección del crecimiento urbano en Tepatitlán de Morelos, Jalisco

Ing. Fernando Navarro Ibarra

La ciudad de Tepatitlán como muchas ciudades del Estado y la República, ha crecido de manera caótica y a gran velocidad sobre todo en las décadas de los setenta, ochenta y noventa, y con una característica de tendencias de dirección: hacia el poniente.

Hay algunos factores que según diferentes opiniones provocan esta tendencia, pero son intangibles, como por ejemplo, el crecer hacia donde el sol se pone. No es objetivo de este análisis el desmentir dicha opinión o sustentarla, solo que tratando de apegarnos al método científico, pondremos sobre el papel aquellos factores que son tangibles, medibles, verificables y repetibles.

Factores tangibles:

Físicos naturales

Hidrológicos

Topográficos

Climáticos

Orográficos

Geotécnicos

Físicos artificiales

Construcción de estructuras viales

Construcción de vialidades

Construcción de inmuebles

Sociales

Iniciativa privada

Especulación
Políticas de regulación urbana
Factores intangibles:
Movimiento del sol
Tendencia de dirección hacia Guadalajara

Antecedentes Históricos

La zona centro de la ciudad de Tepatitlán, no fue el asentamiento inicial según manifiestan los documentos históricos. El primer punto que los registros así lo mencionan (específicamente en 1530 a la llegada de Pedro Almíndez Chirinos), es el cerro de Raumalelí o cerrito de Moctezuma, actualmente propiedad de la familia Alcalá. Posteriormente se trasladó el fundo a la margen derecha del río Tepatitlán, aunque se tienen registros de dicho asentamiento a partir del siglo XVII.

Acerca del asentamiento de la Villa o San José de Bazarte, existe un documento histórico de que fue fundado en 1707 a petición de los españoles de la zona. Sin embargo, con el tiempo y varias epidemias, la zona actual de Tepatitlán se fue integrando con los españoles de San José de B. Lo que se tiene es información acerca del proceso de integración de estos españoles y criollos, por lo que se deduce que simplemente lo hicieron de manera pacífica y llenando los huecos dejados por la mortandad de indígenas víctimas de las enfermedades.

Factores de influencia de la dirección del crecimiento

Hidrológicos

La ciudad de Tepatitlán fue asentada en la margen derecha del Río Tepatitlán, asumiendo el principio básico del ser humano que es la supervivencia y que, por supuesto, el vital líquido proporciona.

Sin embargo, al nacer sobre la margen derecha, el crecimiento lógico sería el mismo lado del río, pues el cuerpo de agua se convierte asimismo en un obstáculo para el crecimiento. En este caso, la corriente del río es de norte a sur, la margen derecha será entonces el poniente y hacia allá su crecimiento.

Como situación paradójica, está el hecho de que las crecidas convierten en una amenaza al río que es el principio de supervivencia para la población de tal manera que, se busque siempre zonas más altas para garantizar el escape de las crecidas. Al desarrollarse el centro de población hacia terrenos más altos, sus desechos irán a dar hacia los cuerpos de agua más bajos, lo que en este caso hace del río fuente de infecciones, insectos, basura, malos olores, etc.

La única manera de hacer que el río no sea obstáculo, es que precisamente las calles que se topan con su cause, tengan un puente, un cruce artificial. La construcción de puentes en el río se inició ya entrado el siglo XIX, siendo la mayoría erigidos en las décadas de los años ochenta y noventa. Sin embargo, esto no invirtió el crecimiento hacia el poniente. De hecho, existen dos puentes, el Córdoba y el Puente de palos que aunque su construcción es del siglo XIX, no generaron desarrollo urbanístico hacia la margen izquierda del río.

Topográficos

Como se podrá verificar gráficamente, la topografía juega un papel muy importante en la ubicación de las zonas de crecimiento de la ciudad, aunque por supuesto no es privativo de la misma. Las macrozonas de topografía que pudiéramos llamar conflictiva para el crecimiento urbano; pendientes superiores al 5% y cambios bruscos en los niveles naturales de terreno son perfectamente identificados en el lado norte y en lado oriente.

La topografía incide directamente en dos factores: la dificultad constructiva y de urbanización para llevar a cabo obras, y el factor económico, ya que el generarse dificultades para urbanizar y edificar, pues al hacer forzosamente dichas actividades, se invierte una cantidad mayor de dinero para lograr los mismos objetivos que en una zona de topografía regular; además de otros problemas marginales: el costo que implica al municipio llevar servicios y la deficiente calidad de construcciones y obras de infraestructura.

Los aspectos negativos antes mencionados provocan naturalmente dos reacciones, una donde la iniciativa de la sociedad en no generar urbanización en zonas de topografía accidentada y la otra, en el plano público que es la determinación gubernamental de no incentivar o inclusive, dificultar las acciones de urbanización.

Climáticos

La ciudad de Tepatitlán goza de un clima templado sub-húmedo, con temperaturas máximas promedio de 30° c en mayo y mínimas de 12° c en enero. La precipitación media anual es de 840 mm, teniendo 94 días de lluvia promedio. El viento sopla en dirección suroeste a velocidad aproximada de 10 km/h.

En general podemos hablar de un clima benigno, y no encontramos alguna interacción entre el clima y la dirección del crecimiento urbano.

Orográficos

La ciudad de Tepatitlán en sus inicios, fue asentada en una cañada de pendientes suaves, por lo que, aunque no se encuentra en una explanada con río por medio, tampoco se halla en una garganta generada por el escurrimiento de un río. De tal manera que tiene como beneficio inmediato el pronto escurrimiento de las aguas pluviales por sus calles sobre todo de oriente a poniente y viceversa, además de no tener una amplia superficie de pendientes suaves

que pudieran provocar la acumulación y lento drenaje de agua de lluvia con las consecuencias previstas de inmediato: inundaciones. Asimismo, los montes y cerros más cercanos distan de la ciudad hasta 10 km mínimo, por lo que el factor orográfico no participa en absoluto para generar una polarización de crecimiento urbano.

Geotécnicos

Es la zona oriente de la ciudad y sobre todo la zona sur, donde se encuentra el suelo que coloquialmente los tepatitlenses llamamos "chaute" y que no es otra cosa que arcilla de alta plasticidad con un color de parduzco hasta negro. Dicho suelo presenta las características de comportarse de manera diferente según el contenido de humedad: a poca o nula, es compacto y duro, en cambio en cuanto cierta cantidad de agua se agrega a su estructura, el lodo es altamente viscoso y totalmente inestable. De tal manera que, las construcciones que se cimientan sobre este suelo, aparte de costosas pues hay que profundizarse para poder garantizar el asentarse sobre suelo de mayor capacidad de carga, con el tiempo se manifiestan los daños a la estructura provocado por el esfuerzo que genera el cambio de humedad y por consecuencia el cambio de volumen del suelo y su baja en la capacidad de carga.

En cambio la zona norte y poniente, el suelo se compone de arcillas francas de color (que es una característica de la tierra del sur de Los Altos) y cuyo comportamiento no difiere con la incorporación de humedad, además de tener valores de capacidad de carga de buen rango (entre 15 y 20 toneladas/m²). A dicho suelo los alteños lo llamamos "almagre" y aunque no es maravilla en el campo de la agricultura, si lo es en el campo de la Geotecnia.

Aunque no parece ser un factor determinante, las características del suelo de cimentación definitivamente generan una cierta preferencia al momento de edificar y por supuesto las zonas

donde existe el mencionado “chaute” son más demeritadas y poco atractivas.

Construcción de estructuras viales

Por ser el río Tepatitlán un obstáculo inmediato para el crecimiento hacia el lado oriente, una de las maneras de salvarlo es la construcción de puentes. La edificación de puentes sobre el río Tepatitlán, inició en el siglo XIX con el Puente de palos (actualmente en dirección de la calle Nicolás Bravo) y el de Córdoba (en el cruce de la calle del mismo nombre). Asimismo, se tienen registros históricos de la construcción de los puentes Constitución (actualmente Ave. Dr. Arturo Bayardo) e Hidalgo en 1889, ambos en los cruces de las calles del mismo nombre. Sin embargo, sólo estos dos últimos puentes, parecen haber polarizado un desarrollo en los puntos donde fueron construidos, pues el Córdoba y el Puente de palos, a la fecha se encuentran en zonas de escaso o nulo desarrollo urbano. Cabe mencionar que este último, era una punta de salida hacia San Juan en los siglos XVIII y XIX.

Es ya en las décadas de los años ochenta y noventa del siglo XX, cuando los puentes generaron desarrollo al provocar el “brinco” al lado oriente del río Tepatitlán, sobre todo los puentes: Matamoros, Sol-Aztecas, Santos Romo y Tomás González-Arroyo “El Tecolote”.

El río Tepatitlán, sigue siendo, “la frontera” entre la zona de construcciones de mejor calidad y de mayor valor y la zona de desarrollo más popular y económica que es la margen izquierda, que aunado a lo anterior, se agrega la barrera artificial del “libramiento” o continuación de la carretera federal 80, y que el municipio ha tomado bajo su administración como el Boulevard Anacleto González Flores.

Construcción de vialidades

Es el valor tangible artificial que más parece incidir en la promoción del crecimiento. Dejando la inmediata percepción de que las primeras vialidades del centro generaron crecimiento y proporcionaron la pauta de dirección de las calles futuras, hay vialidades cuyo impacto en el crecimiento fue inmediato. La primera de ellas fue la “desviación a las Colonias” que no era otra cosa que una vialidad estatal que conectaba con la carretera federal 80 de Yahualica y que fue ampliada a 4 carriles en 1993 y se llama Avenida José González “Carnicerito” al poniente. Le siguieron la Avenida Matamoros al sur de la ciudad, además de la avenida Las Torres hoy llamada Manuel G. Morín, que fue conectada con la avenida principal del fraccionamiento Jardines de la Rivera y que se pretende convertir en un circuito periférico interno. Destacan últimamente la pavimentación con concreto hidráulico de las calles Gral. Anaya-Tomás González, que de inmediato provocaron la eclosión de desarrollos al noreste.

De manera análoga, la participación de una vialidad como barrera de crecimiento es mostrado en la construcción de la “desviación” de la carretera federal 80, actualmente Blvd. Anacleto González Flores. Es irónico cómo una vialidad puede ser freno y promotor de desarrollo, el cual es el caso de la desviación o Boulevard A. G. F., pues dicha carretera promovida en su tiempo por el gobernador de Jalisco Silvano Barba González en 1940, originó en general un desarrollo inusitado para la ciudad y una barrera artificial de crecimiento urbano en particular. Cabe mencionar que actualmente, dicho Boulevard, es un corredor de usos mixtos con mucho éxito en la generación de inmuebles, lo que manifiesta también que está prácticamente siendo absorbido por la mancha urbana.

Construcción de inmuebles

Es imposible hablar de una ciudad sin pensar de inmediato en los edificios ya sea civiles o religiosos que la caracterizan, y que por supuesto, son casi siempre los primeros construidos. Es alrededor de estos primeros edificios en donde inicia la ciudad con una personalidad propia. El que por iniciativa privada o pública se hayan generado edificaciones, no parece haber conducido el crecimiento inmediato a su alrededor, salvo el caso de la Planta Potabilizadora de Agua, construida en 1963 y que generó asentamientos irregulares en las zonas conocidas como "Pozo del Monte", pero esto se inició hasta 1972 en adelante, periodo del inicio del mayor crecimiento urbano en Tepatitlán.

Iniciativa privada

Uno de los factores de mayor incidencia en el crecimiento urbano tepatitlanense es el que ha generado la iniciativa privada. Iniciando la década de los setenta, se generó un desarrollo al sur de la ciudad llamado Las aguillillas, el cual pretendió adherirse a las leyes de fraccionamientos de la época. Sin embargo, aunque dicho fraccionamiento tuvo las ventajas definitivas de ser el primero y de estar a la orilla de la desviación o carretera federal 80; el hecho de iniciar la venta indiscriminada de lotes con un proyecto en papel pero sin realizar los trámites legales y administrativos así como las obras de infraestructura urbana necesarias; lo anterior dio como consecuencia el que Las Aguillillas se haya convertido más que un fraccionamiento con todas las de la ley, en un asentamiento irregular que fue regularizado hasta el año 1997, casi treinta años después de iniciado.

El otro desarrollo que se inició en 1973, fue Jardines de Tega, el cual se convirtió en un desarrollo en forma debido a que contenía todos los elementos legales administrativos y técnicos para legitimar

la propiedad de los lotes. Aunado a lo anterior, las obras de pavimentación se realizaron con concreto hidráulico y se aprovechó la coyuntura técnica y se construyó vivienda, dando un paso definitivo a la consolidación como polo de desarrollo en la zona poniente.

Definitivamente el proyecto Jardines de Tega, no hubiera sido concretado sin haber hecho concurrir las corrientes pública y privada, ya que el promotor en su momento era socio del presidente municipal de Tepatitlán en ese momento, el cual, aprovechando que gran parte de los terrenos eran de su propiedad y la amistad con el gobernador del estado Lic. Alberto Orozco Romero quien autorizó los recursos para la construcción de una vialidad estatal, con lo cual se cerraba el círculo: un desarrollo lejos del centro urbano pero con todos los procedimientos tramitados, con urbanización de buena calidad concluida y con una vialidad totalmente pavimentada y conectado a una carretera.

A inicio de la década de los años ochenta, un movimiento social enfocado a la obtención de tierra para edificación fue concretado por la Sociedad Cooperativa para el Consumo de Vivienda: Luz de la Tarde, dicha cooperativa iniciada por el cura de la Parroquia de la Sagrada Familia Pbro. Manuel Rivera. Tal iniciativa se concretó en tres fraccionamientos: La sección "A" o Jardines de Tega y los otros dos en el lado oriente. Dicho sea de paso (como podemos ver en el plano de isovalores) la plusvalía de la zona poniente favoreció a Jardines de la Rivera aunque su pavimento sea de concreto asfáltico, y las secciones de Sierra Hermosa, no han logrado aún llegar al 100% de la edificación a pesar de tener veinticinco años de concluidas.

Especulación

Con el *boom* de urbanización generado en los años ochenta, hubo gran oferta de suelo que en su momento no fue tomada por los

necesitados de un lote para construir su vivienda, sino por personas que en su momento vieron el proceso como negocio. De ahí que haya habido fraccionamientos como Jardines del Rosal que caminando de la mano con los éxitos de los desarrollos urbanos de la Sociedad Cooperativa Luz de la tarde, fueron adquiridos la gran mayoría de los lotes con el fin de especular.

Asimismo, el factor especulación ha provocado la existencia de “huecos” dentro del proceso natural del crecimiento de la mancha urbana, pues dichos predios son ofertados a precios que difícilmente puede adquirir el trabajador común, y las promotoras de vivienda buscan obtener terrenos más baratos en las orillas de la ciudad, de tal manera que, como mencionamos antes, el crecimiento hacia el poniente genera mayores costos por lo que los desarrollos de habitación popular se han dado en su mayoría en el lado oriente y lado norte de la ciudad.

Detectamos un factor que se pudiera considerar la fuerza opuesta a la especulación y que ha generado enormes lunares no urbanizados en la mancha urbana y un freno al crecimiento llamémosle “natural” de la ciudad. Uno de esos terrenos se encuentra enclavado en lado oriente cercano a la zona centro y precisamente en la margen izquierda del río Tepatitlán y también en la zona norte al lado poniente de la planta potabilizadora. Dichos terrenos tienen como factor común los propietarios: son mujeres, sus padres y maridos son originarios de Tepatitlán pero ellas nacieron y crecieron en Guadalajara, así que podemos hablar de un factor social que llamaremos “desarraigo”.

Políticas de regulación urbana

Fue el año de 1991 cuando la administración municipal en su momento, decidió crear un departamento que regulara las acciones de crecimiento urbano, regularizara los fraccionamientos existentes

y diera las directrices para los nuevos desarrollos. Posteriormente en la administración de 1992-1995, se generó el Plan General de Desarrollo Urbano de Centro de Población de Tepatitlán en el cual a la fecha, otorga la información sobre las políticas de crecimiento, muestra las futuras vialidades e informa los usos destinados para cada zona.

Es palpable que en la actualidad ya ninguna empresa o constructor trate de generar un desarrollo sin antes consultar y obtener los documentos legales que permiten continuar con el trámite ante la Dependencia de Planeación del Ayuntamiento. Dicho también como un factor de relevancia, en la actualidad las vialidades planeadas (específicamente los anillos periféricos) son motivo de constante fricción entre esta dependencia y los posibles desarrolladores, pues determina la manera en que se genera el proyecto del desarrollo y más aún, desmotiva al crecimiento anárquico.

No pudimos detectar si cualquiera de las políticas del desarrollo tomadas por el ayuntamiento y plasmadas en el Plan de Desarrollo Urbano, incidieron sobre la dirección del crecimiento de la ciudad, al contrario, muestra dicho Plan un respeto por las zonas ya generadas y un equilibrio para promover el crecimiento en las direcciones posibles.

La dirección del crecimiento y los valores de inmuebles

Una de las consecuencias definitivas que ha otorgado el crecimiento hacia una dirección de la ciudad, es el otorgarle plusvalía a los terrenos tal como se manifiesta en el plano de isovalores (cuya magnitud se encuentra en unidades y decenas por razones obvias), el centro tiene los valores más altos y mientras se verifica la traza urbana hacia el poniente también los precios por unidad de área de los predios son mayores. Como contraste, en el oriente de la ciudad se verifican valores más bajos.

Conclusiones

El crecimiento de la ciudad se disparó en las décadas de los setenta y ochenta aunque no de manera ordenada ni legal. El crecimiento urbano se dio por razones estratégicas de la Corona Española en generar puntos de avanzada y defensa contra los Chichimecas, posteriormente, la continua migración del campo a la ciudad (fenómeno de carácter mundial) además del crecimiento de población. Todos los anteriores factores demandan espacios y de alguna manera se quisieron generar a través de suelo barato, asunto que resultó contraproducente tanto para los colonos como para la ciudad y sus autoridades.

Hay varias obras que pudieron haber atraído el crecimiento hacia alguna zona, pero se perfilan de esa manera. Tal es el caso de la planta potabilizadora, el cementerio municipal o el desarrollo de Plaza Tepatitlán.

Los factores físicos naturales, no manifiestan ser relevantes para determinar el crecimiento hacia un sentido de la ciudad, ya que enumerando cada uno: el factor hidrológico se ha solventado con la construcción de infraestructura y aunque sí ha apoyado el crecimiento hacia la margen izquierda, éste ha sido en años recientes, como lo demuestran los desarrollos de San Pablo y la zona cercana a la Alameda, calle Pedro Medina y el desarrollo Plaza Los Altos.

La topografía en el lado poniente tiene pendientes más regulares y superficies de mayor extensión y el lado oriente (al margen izquierdo del río), que tiene zonas de menor extensión y pendientes más abruptas es probable que hayan influido para no buscar el promover o crear espacios urbanos.

La geotecnia también mostró su influencia negativa en el lado oriente, ya que es en esta zona donde existen extensiones de tierra con roca superficial y arcilla de alta plasticidad, mismos materiales

que provocan dificultades en la urbanización al sur de la ciudad (como el Fraccionamiento Las Águilas).

Sin embargo, el verdadero hito que marcó el ritmo del crecimiento y su tendencia hacia el poniente, fue el desarrollo de Jardines de Tepa, que montado en la construcción vial de la actual Avenida J. G. "Carnicerito", logró cuajar de inmediato y provocar el mayor ritmo de crecimiento hacia el lado poniente. Aunque, en realidad, el primer antecedente de crecimiento hacia el poniente lo dan las construcciones "campestres" en la zona llamada hoy Las colonias.

Hemos verificado asimismo, que la dirección de crecimiento le ha otorgado plusvalía al poniente de la ciudad, lo que pone de manifiesto que el atractivo del rumbo y por ello, las mayores probabilidades de que un desarrollo tenga mayor éxito en el lado poniente, es factor de aumento de valor en los predios.

Recomendaciones

Es necesario que los "huecos urbanos" sean ocupados con desarrollos adecuados para el crecimiento armónico de la ciudad, pero también es imposible que las autoridades obliguen a los propietarios a una de dos: desarrollar ellos mismos o a ofertar sus propiedades a un precio accesible.

Sin embargo, no se puede seguir con los lastres de la especulación y del desinterés provocado por el desarraigo. Definitivamente el Ayuntamiento puede generar reservas territoriales a través del instrumento legal que genera la utilidad pública: la expropiación.

Es necesario ir concretando aquellos requisitos para lograr dicho objetivo y es empezando por generar los planes parciales de cada zona en específico y con mayor premura, aquellas que no

han sido desarrolladas. Pero lo mencionado anteriormente, deberá ser la culminación a una serie de acciones previas que son:

- Concluir la homologación del Plan General Urbano de Centro de Población de Tepatitlán.
- Promover la participación de los grupos organizados de la sociedad civil en la regulación urbana.
- Dar amplia y continua difusión a la regulación urbana.
- Crear certidumbre respecto a las políticas del desarrollo urbano.
- Iniciar trazos físicos de vialidades periféricas y pactar con los propietarios de los predios por donde se tienen proyectados.
- Generar estructuras viales para salvar barreras naturales o artificiales.

El desarrollo urbano de Tepatitlán de Morelos
se terminó de imprimir en noviembre de 2003
en los talleres de Cárdenas y Asociados
Guadalajara, Jalisco, México.

Tiro: 500 ejemplares.

Cuidado de la edición:
Verónica Rivas y Adriana Valadez

Coadyuvar a saber más para hacer mejor, es lo que inspiró a reunir en la Casa de la Cultura de Tepatitlán, el 5 de julio de 2002, a cinco destacados estudiosos de la realidad jalisciense y, en especial, de Los Altos de Jalisco: el antropólogo chiapaneco Andrés Fábregas Puig (a la sazón investigador de El Colegio de Jalisco), el arquitecto Esteban Wario Hernández, (Secretaría de Desarrollo Urbano del gobierno de Jalisco), el doctor Luis Felipe Cabrales Barajas (Departamento de Geografía y Ordenación Territorial de la Universidad de Guadalajara), el maestro Miguel Ángel Casillas Báez (El Colegio de Jalisco) y el ingeniero Fernando Navarro Ibarra (presidente del Colegio de Ingenieros Civiles de Tepatitlán de Morelos).

Los resultados de los trabajos que presentó cada uno de ellos, después de haber sido ampliamente discutidos y de la reflexión y correcciones finales que tuvieron lugar, es lo que se reúne aquí, a manera de cinco caras diferentes de un mismo tema: Tepatitlán de Morelos.

